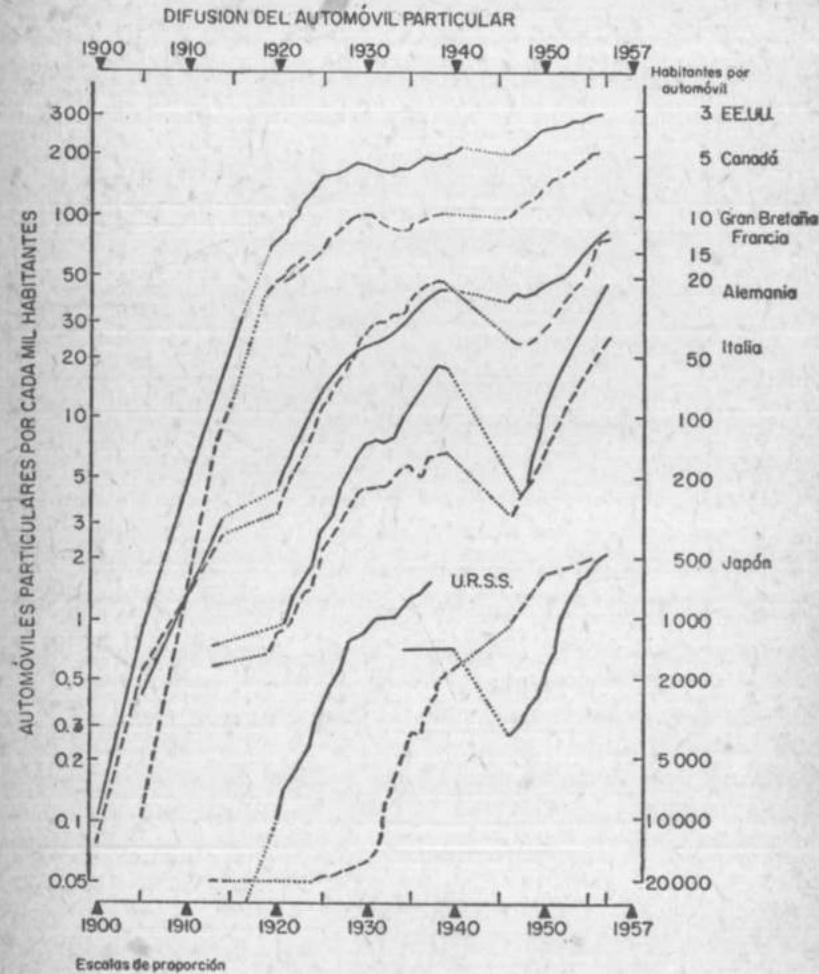
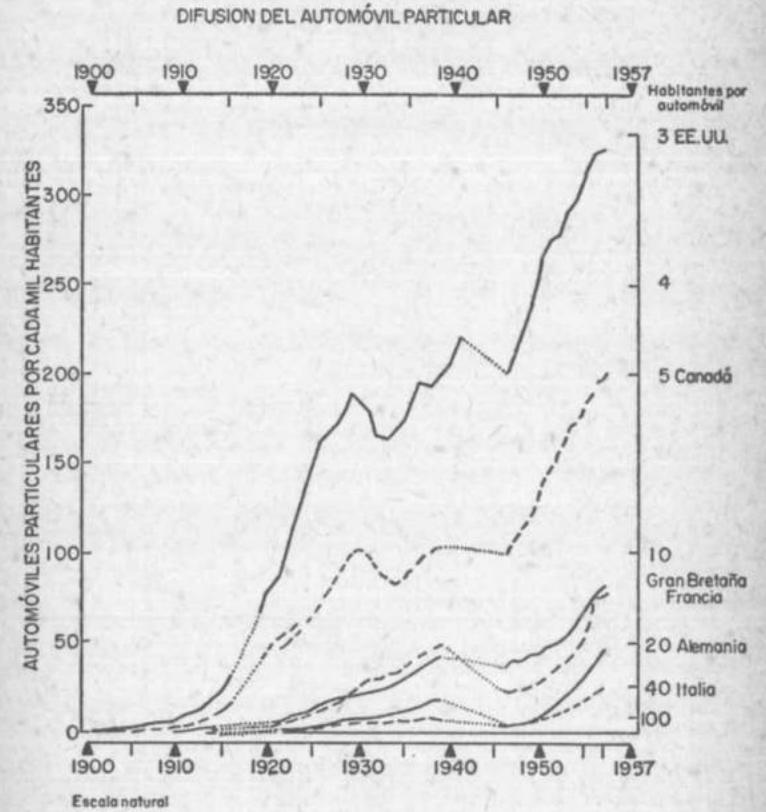


desarrollándose entre 1929 y 1938, tanto en Europa occidental como en los Estados Unidos. Calcula Svernilson que en 1929 las cuatro principales naciones europeas produjeron 702 000 vehículos de uso particular y comercial, en tanto que, en ese mismo año, los Estados Unidos producían 5.4 millones de unidades. Tras una década de prolongada depresión en los Estados Unidos, y de un grado considerablemente mayor de recuperación europea, fueron totalmente distintas las cifras



GRÁFICA 1

correspondientes a 1938. Para Europa, 1.1 millones; para los Estados Unidos, 2.5 millones. Esta diferencia se redujo, de una cifra europea correspondiente al 13% de la norteamericana en 1929 a una que corresponde al 44% de la norteamericana en vísperas de la segunda Guerra Mundial.⁶

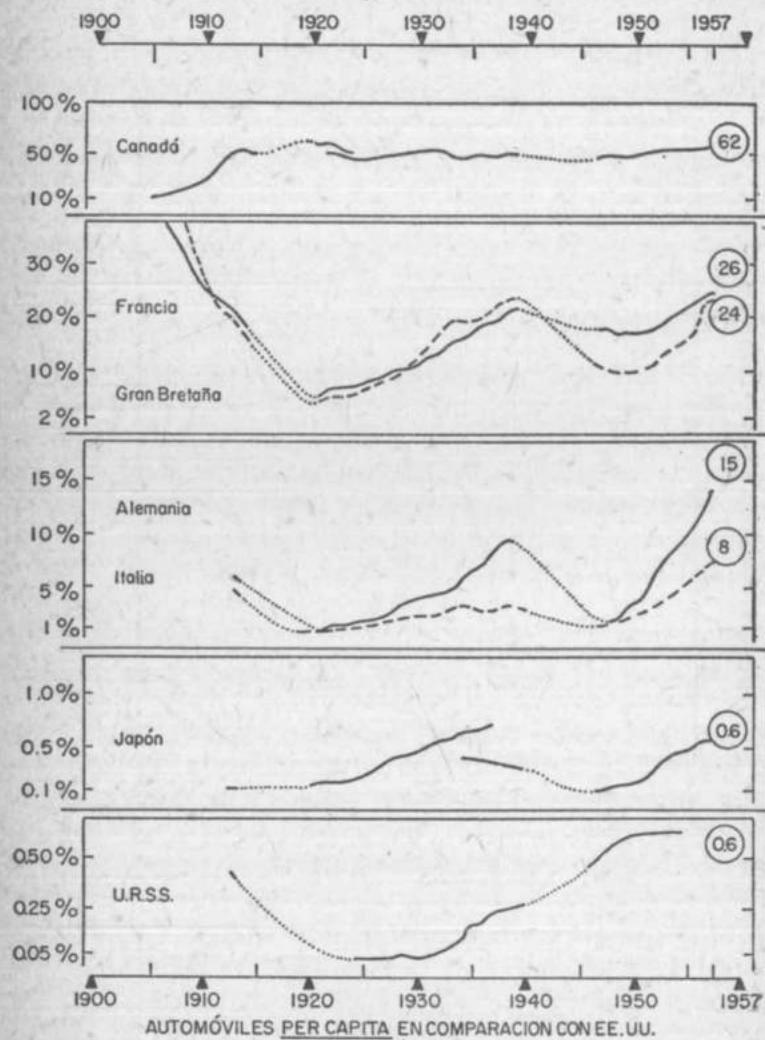


GRÁFICA 2

Las gráficas 1, 2 y 3 indican la difusión relativa, durante un periodo más largo, del automóvil particular en las sociedades que se encuentran en la etapa posterior a la madurez.

⁶ Ingvar Svernilson, *Growth and Stagnation in the European Economy* (N. U., C. E. E., Ginebra, 1954), pp. 144-52.

Cierto número de factores técnicos y geográficos influyen en el desarrollo, relativamente más lento, de los caminos en Europa: la necesidad de grandes capitales para la construcción de caminos; el poder monopolístico de los ferrocarriles y de los gobiernos que se encuentran tras ellos; la iniciación más antigua de los Estados Unidos en el con-



GRÁFICA 3

cepto de la producción en masa del automóvil para cubrir las necesidades de un mercado voluminoso; las distancias, que en los Estados Unidos son más grandes, y la mayor disponibilidad de terrenos suburbanos baratos para el desarrollo de la urbanización. Sin embargo, debe agregarse, al fin, que la sociedad norteamericana, con su inclinación igualitaria, sus salarios tradicionalmente grandes y sus altos niveles de vida para los trabajadores, se adaptó más fácilmente al concepto del alto consumo en masa que las sociedades europeas de tendencias más jerárquicas. El trabajador europeo ha necesitado de algún tiempo para admitir la idea de que los artefactos de la edad de las máquinas, los viajes y los demás servicios que puede ofrecer una economía madura son realmente accesibles para él y para su familia. Y este hecho sirve, en parte, para explicar el estancamiento relativo de la economía europea durante los años transcurridos entre las dos guerras.

Pero, por supuesto, existe también otro factor que ayudó a determinar este resultado. Después de 1929 la gran depresión interrumpió el dominio de una generación de dirigentes políticos en casi todas las sociedades maduras, cuyas perspectivas habían estado dominadas por un anhelo de volver a crear una especie de normalidad como la que existía antes de 1914. En los Estados Unidos la depresión dio por resultado que ascendiera al poder un partido de oposición, el cual implantó una versión norteamericana del Estado benefactor. En Inglaterra, condujo a la creación de un gobierno nacional, y luego a uno de tipo conservador que fincó una especie de prosperidad con base en la urbanización, la devaluación y la preferencia por los intereses del Imperio; en Francia, llevó a la formación de un gobierno de frente popular. Pero en Alemania y el Japón, la desintegración —económica, diplomática, militar y psicológica— del sistema implícito en el Tratado de Versalles llevó hacia la creación de regímenes que optaron por un empleo totalmente distinto de las potencialidades de las economías maduras: la expansión militar. Y una vez que Hitler y los militaristas japoneses estuvieron en el gobierno, la competencia surgida en la lucha por el poder impuso un conjunto de imperativos, absolutamente diferentes, a todas las demás sociedades. En el periodo corto el rearme se convirtió en uno de los factores de la recuperación europea durante la década de los treinta, y distrajo recursos de la expansión del consumo en masa; y en un plazo no tan largo, estalló una gran guerra.

Después de 1945

En los años de la posguerra siguió un intervalo de reconstrucción. Pero, en esta ocasión, Europa occidental irrumpió en la fase de bienes y servicios duraderos de consumo. A medida que los Estados Unidos impulsaban la era de alto consumo hacia una especie de lógica conclusión, y comenzaban a modificar sus perfiles optando por familias más numerosas, Europa occidental y el Japón principiaron a difundir en sus poblaciones, en distinto grado, las clases de bienes y servicios que puede ofrecer un sistema industrial maduro. Entre los años de 1950 y 1955 comenzó a reducirse la diferencia existente entre los gastos proporcionales de Norteamérica y Europa occidental en bienes duraderos de consumo; y el estudio realizado por Gilbert nos enseña que en los años de la posguerra las diferencias en gastos de consumo entre los Estados Unidos y Europa occidental, así como entre los mismos países de Europa occidental, pueden explicarse casi en su totalidad en términos de ingresos y precios relativos. Se reduce notablemente la zona que explica lo que los economistas denominan "diferencias en gustos".

Salvo los norteamericanos, todas las sociedades occidentales maduras de la posguerra, y el Japón, se están conduciendo en forma extraordinariamente "norteamericana", con su curiosa y nueva obsesión respecto a la vida familiar, a la intimidad, a la autosuficiencia, por sus excursiones en remolques y en lanchas de motor, por sus impíos escritos acerca del hombre organización.

Naturalmente que el nivel de ingreso real y el consumo *per capita* son más bajos en el Japón que en la mayoría de los países europeos occidentales. No obstante, el notable aumento de la industria terciaria en la posguerra, y las pruebas que existen de la difusión de bienes y servicios de consumo en una nueva escala, haciéndolos extensivos a la clase campesina, indican que, con las modificaciones adecuadas, los japoneses también están experimentando un clásico auge de la posmadurez en su crecimiento, basado en gran parte en la expansión de los niveles del consumo en masa.⁷ Tanto Europa occidental como el Japón han entrado de lleno —de acuerdo con sus propios métodos— en el periodo que corresponde a la década de los veinte en Norteamérica; sin

⁷ Véase, principalmente, K. Ohkawa, *The Growth Rate of the Japanese Economy since 1878*, pp. 231-43.

incurrir en la aberración, peculiarmente norteamericana, de la prohibición.

Es importante aclarar que por lo que atañe a Europa occidental este desplazamiento de los sectores principales hacia las zonas de alto consumo en masa no es un acontecimiento estrictamente posbélico. La gran carretera occidental, la reconstrucción de Coventry y las fábricas Morris en Oxford constituyen fenómenos anteriores; y el automóvil Volkswagen —como concepto— representa un producto de la Alemania de Hitler y de la urgencia de cierta clase de consumo a la que se sintió en la necesidad de corresponder, aunque sólo fuese en forma simbólica, el gobierno alemán de los últimos años de la década de los treinta. Pero es únicamente en los años de la posguerra cuando fueron eliminados los obstáculos —técnicos, políticos y sociológicos—. No cabe duda alguna de que el ímpetu alcanzado por las economías occidentales en el periodo de la posguerra debe explicarse, en esencia, como un auge sumamente difundido de los bienes y servicios de consumo: acatamiento y asimilación de la época de alto consumo en masa.

La relación de intercambio después de dos guerras

Pero todavía queda un problema por explicar. Al considerar a los Estados Unidos durante la década de los treinta, se recordará la importancia que se concedió al papel de la ocupación plena como una fuerza inicial —casi una condición previa necesaria— en la puesta en marcha del organismo de la difusión. En términos generales el dictamen fue que, para que el alto consumo sirva como factor principal, debe lograrse la ocupación plena, de tal manera que se pudiera experimentar la urgencia de expansionar la inversión en los sectores de consumo.

Debemos explicar aquí cómo es que las sociedades de Europa occidental tuvieron tantas dificultades para lograr la ocupación plena después de la primera Guerra Mundial, y por qué razón esto fue, relativamente, tan fácil después de la segunda.

Con todo el respeto que me merece la revolución keynesiana, debo decir que la transformación de la política democrática no constituye una explicación suficiente en relación con la ocupación plena; pues, aun cuando los políticos habrían sido apremiados inexorablemente a crear condiciones de ocupación plena si la desocupación hubiera resultado ser el principal problema en el periodo posterior a 1945, no era ésa su situación hasta 1956. Su dilema se ha concentrado en la

inflación y en dificultades en la balanza de pagos. Su problema central ha sido buscar la forma de movilizar recursos suficientes para otras finalidades esenciales —política militar y exterior, exportaciones e inversión— frente a una poderosa campaña tendiente a expandir la zona y el volumen del consumo en masa.

La razón del resultado estriba, en gran parte, en una diferencia radical entre la situación del mundo después de 1920 y después de 1945. En 1920 bajaron bruscamente los precios de artículos alimenticios y materias primas en relación con los productos industriales, por lo que contribuyeron a crear relaciones de intercambio en extremo favorables para las regiones urbanas del mundo, pero debilitaron la demanda rural de productos manufacturados. Por tal motivo padecieron los mercados exportadores de Europa.⁸ En Inglaterra, y en otras partes en menor grado, las ventajas de las relaciones favorables de intercambio se esfumaron principalmente durante los años de la guerra, en forma de desocupación crónica en los sectores de exportación y en las industrias que dependen de ellos, tales como la del carbón de piedra. Diez años después de la segunda Guerra Mundial la situación se había invertido exactamente. Las ciudades —y naciones similares a Inglaterra— se encontraban agobiadas por relaciones desfavorables de intercambio; pero era alta la demanda de exportaciones y relativamente fácil obtener la ocupación plena. Y si a la ocupación plena crónica se le agregan cambios estructurales semejantes al estímulo dado por la segunda Guerra Mundial a las industrias de maquinaria ligera —que podían convertirse eficientemente para fabricar muchos renglones de bienes de capital y duraderos de consumo—, la determinación adoptada en la época de la guerra por las poblaciones de Europa de hacer valer sus derechos, política y socialmente, el efecto demostrativo del soldado norteamericano con su consumo de cigarros puros y la distribución a las jóvenes locales de las larguezas de los P.X.,* ya tenemos la base de la nueva era en la historia política, social y económica del Japón y de Europa occidental, tal como la observamos actualmente.

⁸ Inglaterra, y otros grandes exportadores a las regiones productoras de artículos alimenticios y materias primas, han experimentado una versión moderada, en 1958-9, del dilema de la relación de intercambio. Sin embargo, en el mundo contemporáneo las exigencias para mantener los ingresos de los importadores de productos manufacturados —*via* exportaciones de capital— son muchísimo más poderosas que en la década de 1920.

* *Post Exchanges*. Puesto militar para el aprovisionamiento de artículos varios de las tropas en campaña: dulces, cigarrillos, artículos de aseo, etc., y para encargarse del servicio postal. [T.]

Más allá del alto consumo en masa

Ahora bien, retrocedamos un poco y busquemos una perspectiva más amplia.

Ha sido el tema de este libro que, una vez que el hombre comprendió a su medio ambiente físico como sujeto a leyes fijas conocibles, comenzó a utilizarlo para su provecho económico; y cuando se hubo demostrado que era posible el crecimiento, las consecuencias del crecimiento y la modernización, principalmente sus consecuencias militares, desequilibraron a una tras otra de las sociedades tradicionales haciéndolas entrar en el traicionero periodo de las condiciones previas, del que muchas, aunque no todas las sociedades mundiales, han salido actualmente para ingresar a un crecimiento que se sostiene por sí mismo, a través del mecanismo del impulso inicial descrito en el capítulo iv.

Este estado revolucionario de cosas no determinó una norma única de evolución a la que se haya conformado cada sociedad, sino que propuso un conjunto similar de elecciones en cada etapa y para cada sociedad, enmarcadas por los problemas y posibilidades del mismo proceso del crecimiento.

En capítulos sucesivos hemos examinado los problemas, posibilidades y elecciones del periodo de las condiciones previas, del impulso inicial, de la madurez y de la época del alto consumo en masa.

No ha llegado aún a su fin la época del alto consumo en masa, ni siquiera en los Estados Unidos; y todavía se encuentra adquiriendo impulso en muchas partes de Europa occidental así como en el Japón. Podemos tener la certeza de que habrá variedad en las normas de consumo que se presentarán a medida que actúe el interés compuesto y se pongan de manifiesto las elasticidades-ingreso de la demanda, en su sentido más amplio, en distintas sociedades. Por ejemplo, para otras sociedades no existe tanto la necesidad de invertir en automóviles como en los Estados Unidos, de establecer suburbios lejanos de los centros ciudadanos y de imponerse las clases de problemas que tienen que encarar actualmente los Estados Unidos con la reconstrucción de los antiguos centros de las ciudades, la construcción de nuevas redes de carreteras continentales y metropolitanas, y la provisión de espacio para estacionamientos. Existen, en verdad, serias limitaciones geográficas y físicas para que otras naciones puedan copiar esta norma excepto, tal vez, Rusia. Sin embargo, podemos tener confianza en que, de acuerdo

con el grado de respeto a la soberanía del consumidor y el aumento de los ingresos reales, veremos similares elasticidades-ingreso de la demanda —aunque no idénticas—, y por tanto normas semejantes de evolución estructural, en distintas sociedades conforme pasen por la fase de alto consumo en masa.

Hagamos ahora a un lado la carrera armamentista y la amenaza de guerra y consideremos este interrogante: ¿qué viene después? ¿Qué acontecerá en las sociedades cuando el ingreso pueda proporcionar a todo el mundo tan buenos alimentos que por su propia gran calidad susciten controversias sobre salubridad pública, alojamientos de tal categoría que la gente no se sienta inclinada a esforzarse mucho por mejorarlos, ropas igualmente adecuadas y, prácticamente al alcance de todos, una Lambretta o un Volkswagen —aun cuando no necesariamente un enorme auto norteamericano de doble cola—? No se ha llegado a alcanzar plenamente esta etapa; pero ha sido lograda por una buena parte de la población norteamericana y del norte de Europa, suficiente para plantear, como grave y significativo problema, la naturaleza de la etapa siguiente.

Después de todo, desde el principio de los tiempos la vida de la mayor parte de los seres humanos ha estado consagrada principalmente a la consecución de alimento, refugio y vestido para ellos y sus familias. ¿Qué sucederá cuando avance un paso más, según la dinámica de Buddenbrook, hacia el ingreso real por sí mismo, al mismo tiempo que se establece una utilidad marginal relativa decreciente?

¿Caerá el hombre en un estancamiento secular del espíritu, sin hallar una salida digna a la expresión de sus energías, aptitudes e instintos hacia la inmortalidad? ¿Seguirá, acaso, el ejemplo de los norteamericanos y reimpondrá la vida activa elevando el índice de natalidad? ¿Crearán el diablo trabajo para los desocupados? ¿Llegarán los hombres a conducir las guerras con la sola violencia necesaria para convertirlas en un buen deporte —y para acelerar la depreciación del capital— sin llegar a hacer volar en pedazos el planeta? ¿Acaso la exploración del espacio exterior brindará una válvula de escape, adecuadamente interesante y dispendiosa, para las ambiciones y los recursos? O bien, el hombre, convertido *en masse* en una versión suburbana del caballero provinciano del siglo XVIII, encontrará horizontes suficientes para conservar su esencia de por vida en una mezcla equivalente a la caza, el tiro y la pesca, la vida misma del intelecto y del espíritu y la mínima tragedia que representa la perpetuación de la

especie humana. (Entre paréntesis, dudamos que la mitad de la raza humana —es decir, las mujeres— reconozca la realidad del problema, pues, en una sociedad en la que prácticamente ha desaparecido la servidumbre personal, la crianza de los hijos constituye un programa humano sumamente amplio, con o sin bienes duraderos de consumo. El problema del tedio concierne al hombre, cuando menos hasta que crezcan los hijos.)

No obstante, éste es un asunto bastante real. Salvador de Madariaga, al escribir sobre las democracias anglosajonas y escandinavas, ha expuesto recientemente la cuestión de esta manera.⁹

Todos estos países disfrutan de dos ventajas que les dan cierto prestigio: el nivel de vida de sus poblaciones es relativamente alto y su ambiente político no se encuentra perturbado por ningún incidente grave. Son tan patentes los beneficios de su paz y prosperidad internas que, al contemplarlas, otros pueblos quizá se dejasen llevar por la admiración y la envidia, al grado de dejar pasar inadvertidos ciertos aspectos contradictorios de la vida de los anglosajones y escandinavos.

Sin duda alguna que el más sorprendente de éstos es el tedio. Un pueblo que está bien gobernado y bien administrado es un pueblo que se muere de aburrimiento.

No nos encontramos preparados para aceptar este juicio en su totalidad; pero, no obstante, plantea la siguiente pregunta: ¿la pobreza y la contienda civil constituyen, acaso, una condición necesaria para una enérgica y activa existencia humana?

En el capítulo final volveremos a este tema al establecer la comparación del paraíso comunista de Marx con nuestro propio punto de vista respecto a las implicaciones a largo plazo del interés compuesto. Pero no es necesario que cavilemos excesivamente sobre este asunto. Por el momento —para esta generación y probablemente para la siguiente— nos encontramos con un par de fieras formidables en el camino. La primera, la existencia de armas modernas para la destrucción en masa, las que si no se someten y controlan podrían, de una vez por todas, resolver este y todos los demás problemas de la raza humana. La segunda está representada por el hecho de que la totalidad del hemisferio sur, además de China, está poniéndose al día activamente en lo que respecta a la etapa de las condiciones previas para el impulso inicial o al propio impulso inicial. Todavía tienen un tra-

⁹ S. de Madariaga, *Democracy versus Liberty?* (Londres, 1958), p. 17.

yecto bastante largo a recorrer, pero su previsible madurez obliga a preguntarnos: ¿veremos, dentro de poco, una nueva serie de dirigentes políticos cuya recién hallada madurez técnica los incite a la agresión o contemplaremos la reconciliación integral de la estirpe humana? Entre ellos, estos dos problemas —el de la carrera armamentista y el de las nuevas naciones ambiciosas, relacionadas íntimamente en el mundo de la diplomacia contemporánea— plantean a las sociedades del Norte, de mayor madurez técnica, un programa más inquisitivo al cual debería prestársele la máxima atención si la oportunidad de llegar a dominar el estancamiento secular del espíritu —o el hastío— nos ha de ser librada, a pesar de los halagos de los bienes y servicios duraderos de consumo y a pesar del engrandecimiento de la familia.

CRECIMIENTO RUSO Y NORTEAMERICANO

Un sorprendente paralelo

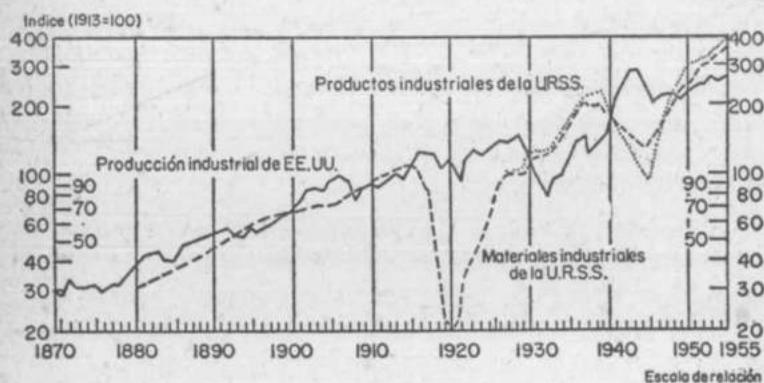
Antes de volver a tratar, en los capítulos VIII y IX, la pertinencia del estudio de las etapas de crecimiento en los problemas de la guerra y la paz, quizá sea útil examinar brevemente un asunto de interés, tanto histórico como contemporáneo: la índole y significado de las trayectorias relativas de crecimiento de Rusia y los Estados Unidos.

Cuando, desde el punto de vista periodístico, pensamos en el desarrollo económico ruso pueden surgir en la mente cierto número de imágenes: la de una nación que surge bajo el régimen comunista, dentro de un *status* largamente diferido, como potencia industrial de primer orden —simbolizada por el buen éxito obtenido por Rusia al lanzar los primeros satélites terrestres y solares—; la imagen de un ritmo de crecimiento industrial único en la práctica de la vida moderna, sostenido a marchas forzadas por medio de un sistema de controles del Estado que restringen el consumo, mantienen tasas de inversión sin paralelo y evitan descensos de la ocupación plena; la imagen de una economía dirigida distinta en métodos e instituciones, por lo que requiere otras formas de análisis de las aplicables al mundo occidental. En resumen, la imagen convencional de una historia aparte.

Por razón natural, existen profundos elementos especiales en la historia de la evolución de la sociedad rusa moderna y de su economía; y, antes de terminar, trataremos de identificar la naturaleza de su carácter exclusivo. Pero el primer punto que hay que comprender es que el desarrollo económico ruso durante el siglo pasado es sorprendentemente similar al de los Estados Unidos, con un retraso aproximado de treinta y cinco años en el nivel de producción industrial y uno de cerca de medio siglo en la producción *per capita* de la industria. Además, el caso ruso, que vincula las experiencias de la época zarista y de la comunista, así como el de los Estados Unidos, encaja bien dentro de la amplia estructura del análisis de las etapas de crecimiento.

Ahora bien, consideremos en primer lugar la gráfica 4, reprodu-

cida del estudio de G. Warren Nutter, que muestra la producción industrial por unidad de población de Rusia, de 1880 a 1955, y de los Estados Unidos, desde 1870 hasta 1955.¹ Obsérvese, particularmente, que la gráfica de Nutter convierte a la producción industrial *per capita* en un índice, haciendo al año de 1913 igual a 100. Indica, por lo tanto, tasas comparativas del crecimiento en la producción por persona, no cifras absolutas; y deben interpretarse con el conocimiento de que, para el total de las treinta y siete industrias que encierra, el retraso medio en 1955 corresponde al crecimiento de cincuenta y seis años: en suma, la curva total soviética se encuentra por abajo de la norteamericana en cantidades que, en relación con el retraso, no varían mucho.



GRÁFICA 4

Como resultado, entre 1880 y la primera Guerra Mundial, Rusia se puso adelante, relativamente, durante su impulso inicial; se retrasó en la década de los veinte, cuando los Estados Unidos disfrutaban de un periodo de auge y Rusia se reorganizaba lentamente después de la guerra

¹ G. Warren Nutter, "Soviet Economic Development: Some Observations on Soviet Industrial Growth", en *The American Economic Review*, mayo de 1957. Véase también "Measuring Production in the U. S. S. R.: Industrial Growth in the Soviet Union", *A. E. R.*, mayo de 1958. Un análisis similar del crecimiento económico ruso y norteamericano, con conclusiones semejantes, es el de Oscar Honkalehto, *Some Sectoral Growth Patterns in Russian Economic Development*, tesis presentada para obtener el grado de Maestro en Ciencias, en el I. T. M., Cambridge, Mass., febrero de 1955. Es evidente que las investigaciones estadísticas más voluminosas de Nutter son totalmente independientes del esfuerzo precursor, más limitado, de Honkalehto. Véase también el artículo de Gregory Grossman, "Thirty Years of Soviet Industrialization", *Soviet Survey*, n.º 26 (octubre-diciembre de 1958).

y la Revolución; se adelantó relativamente durante el primero de los planes quinquenales de la década de 1930, en el momento en que los Estados Unidos se encontraban en las garras de una depresión; y en su fase del periodo posterior a 1945, Rusia se adelantó, en cierto modo, en una época en que la producción rusa se estaba concentrando más intensamente en la industria y la norteamericana se desplazaba estructuralmente a la construcción de casas y a la prestación de servicios no manufacturados.

Consideremos ahora el cuadro 5, basado en los niveles absolutos de producción, y el 6, con base en la producción *per capita*. Hablando en forma general, la posición relativa, en términos de años de retraso, permanece en 1955 sorprendentemente similar a la de 1913. Naturalmente que los retrasos no son uniformes: en la producción son de menos de veinte años para el mineral de hierro, los fertilizantes químicos y los tintes; bastante más de cincuenta años en algunos bienes de consumo: por ejemplo, el jabón, las telas de lana y la cerveza. Pero si como base de comparación se toma el orden de sucesión del crecimiento, más bien que otros criterios posibles, Nutter está en lo justo en sus cuatro conclusiones:

La industria soviética todavía parece estar, aproximadamente, tres y media décadas atrás de los Estados Unidos en niveles de producción y cerca de cinco décadas y media en los niveles de producción *per capita*. . . Segundo. . . el desarrollo de la industria soviética equivale, poco más o menos, al que se realizó [en los Estados Unidos] en las cuatro décadas que abarcan el principio del siglo —por cuanto hace a la producción *per capita*, el periodo es aún más anterior, terminando a principios de siglo, más o menos—. Tercero, durante la era soviética como un todo, desde un punto de vista histórico, las industrias rusas generalmente han perdido terreno con relación a sus réplicas norteamericanas —por regla general, han aumentado los retrasos— tanto en términos de producción total como *per capita*. . . Cuarto, mientras que las industrias soviéticas en los últimos años han tratado de ganar terreno en términos de producción total, han continuado perdiéndolo en relación con la producción *per capita*.

En cierto sentido, todo esto representa una manera estadística de declarar que en la década de 1890 se encontraba en desarrollo el im-

NOTA AL CUADRO 5: Una primacía soviética se indica por un signo negativo en las tres primeras columnas. En los casos en que los datos de los Estados Unidos no alcanzan a cubrir suficientemente el periodo, para dar el retraso completo, el retraso calculable va seguido de un signo más. El guión (—) indica insuficiencia de datos. El asterisco (*) indica que la producción soviética excede a la de los Estados Unidos hasta la fecha. Tomado de: G. Warren Nutter.

CUADRO 5. Retraso en la producción de la Unión Soviética en relación con la de Estados Unidos, fechas de referencia para 37 industrias

Productos	Retraso (número de años)			Aumento (+) o disminución (-) en el retraso		
	1913	1937	1955	1913-37	1937-55	1913-55
Mineral de hierro	28	36	15	8	-21	-13
Hierro en lingotes	30	36	39	6	3	9
Acero en barras	21	32	29	11	-3	8
Acero laminado	27	35	29	8	-6	2
Cobre refinado	33	50	51	17	1	18
Plomo	94	60	52	-34	-8	-42
Zinc	46	43	46	-3	3	0
Fuerza eléctrica	13	21	16	8	-5	3
Carbón de piedra	45	49	47	4	-2	2
Coque	31	36	30	5	-6	-1
Petróleo crudo	14	26	34	12	8	20
Gas natural	32	51	52	19	1	20
Carbonato de sodio	22	31	24	9	-7	2
Fertilizantes minerales	43+	27	14	-16+	-13	-29+
Tintes sintéticos	2	15	12	13	-3	10
Sosa cáustica	17	25	24	8	-1	7
Papel	44	46	54	2	8	10
Madera aserrada	61	73	62	12	-11	1
Cemento	19	33	32	14	-1	13
Vidrio plano	13	0	*	-13	-	-13+
Rieles	42	57	54	15	-3	12
Carros de pasajeros para ferrocarril	21	46	53	25	7	32
Furgones de ferrocarril	33	51	69	18	18	36
Mantequilla	21	38	35	17	-3	14
Aceites vegetales	5	26	29	21	3	24
Embutidos	24+	36	38	-	2	-
Pesca (producto total)	-11	4	*	15	-4+	-
Jabón	34+	52	52	-	0	-
Azúcar	6	17	27	11	10	21
Alimentos enlatados	43+	45	45	-	0	-
Cerveza	42	66	73	24	7	31
Cigarrillos	-1	11	14	12	3	15
Zapatos y botas	23+	44	44	-	0	-
Calzado de hule	14+	19	*	-	-19+	-14+
Telas de algodón	28	44	48	16	4	20
Telas de seda y sintéticas	23	44	25	21	-19	2
Telas de lana y estambre	43+	67+	69	-	-	-
Mediana	28	36	35	11	-1	9

CUADRO 6. Retraso en la producción, per capita, de la Unión Soviética en relación con la de Estados Unidos, fechas de referencia para 37 industrias

Productos	Retraso (número de años)			Aumento (+) o disminución (-) en el retraso		
	1913	1937	1955	1913-37	1937-55	1913-55
Mineral de hierro	53+	52	54	-	2	-
Hierro en lingotes	48	52	56	4	4	8
Acero en barras	30	40	49	10	9	19
Acero laminado	24+	48+	52	-	-	-
Cobre refinado	53	58	66	5	8	13
Plomo	105+	109	76	-	-33	-29+
Zinc	53	57	59	4	2	6
Fuerza eléctrica	14	26	25	12	-1	11
Carbón de piedra	66	69	69	3	0	3
Coque	33+	49	56	-	7	-
Petróleo crudo	27	34	41	7	7	14
Gas natural	32+	52	70	-	18	-
Carbonato de sodio	27	43	45	16	2	18
Fertilizantes minerales	43+	40	30	-3+	-10	-13+
Tintes sintéticos	14+	20	22	-	2	-
Sosa cáustica	19	40	35	21	-5	16
Papel	54+	67	71	-	4	-
Madera aserrada	114+	102	111	-12+	9	-3+
Cemento	30	38	47	8	9	17
Vidrio plano	34+	-2	15	-36+	17	-19+
Rieles	46+	70	85	-	15	-
Carros de pasajeros para ferrocarril	27	57	69	30	12	42
Furgones de ferrocarril	33+	57+	75+	-	-	-
Mantequilla	30	50	58	20	8	28
Aceites vegetales	16	40	44	24	4	28
Embutidos	24+	48+	61	-	-	-
Pesca (producto total)	33+	57+	19	-	-38+	-14+
Jabón	34+	58+	76+	-	-	-
Azúcar	12	32	47	20	15	35
Alimentos enlatados	43+	62	60	-	-2	-
Cerveza	43+	67+	85+	-	-	-
Cigarrillos	0	15	19	15	4	19
Zapatos y botas	23+	47+	65+	-	-	-
Calzado de hule	14+	38+	56+	-	-	-
Telas de algodón	43+	67+	85+	-	-	-
Telas de seda y sintéticas	34	58	42	24	-16	8
Telas de lana y estambre	43+	67+	85+	-	-	-
Mediana	-	-	56	10	4	13

Nota: Véase el cuadro 5. Tomado de: G. Warren Nutter.

pulso inicial ruso, en tanto que el norteamericano se había completado en 1860. Después del periodo del impulso inicial ambas sociedades experimentaron graves vicisitudes: los Estados Unidos con la guerra civil y el prolongado periodo de depresión de la década de los treinta. Rusia con las dos guerras mundiales, que le produjeron devastaciones que no sufrieron los Estados Unidos. Pero después del impulso inicial, el progreso de la industria, en términos de producción, fue notablemente similar en ambos casos; y, en relación con la productividad por hombre, se mantuvo, poco más o menos, hasta 1955 la ventaja inicial norteamericana en su equilibrio población-recursos. Y en las semejanzas se incluye el hecho de que el impulso inicial ruso también tuvo por base el ferrocarril, que creó nuevas industrias modernas del carbón de piedra, el hierro y la maquinaria pesada; y estos impulsos iniciales ferroviarios también fueron seguidos, cada uno, por una etapa de predominio de la difusión de la tecnología en la fabricación del acero, en los productos químicos y en la electricidad.

Las principales diferencias

Una vez que hemos establecido esta estructuración imperfecta, aunque importante, de la uniformidad en los hechos prácticos experimentados, enumeremos algunas de las principales diferencias entre Rusia y los Estados Unidos.

Primera, la creación de las condiciones previas para el impulso inicial, de acuerdo con sus dimensiones no económicas, fue en Rusia un proceso totalmente distinto. Rusia se encontraba atrapada en su propia versión de una sociedad tradicional, con instituciones de la Iglesia y el Estado bien establecidas, así como con problemas intratables de posesión de tierras, una clase de siervos analfabetos, exceso de población en el territorio, falta de una clase media comercial de libre iniciativa, una cultura que, en un principio, concedió muy poca importancia a las actividades económicas productivas modernas. Los Estados Unidos, empleando nuevamente la frase de Hartz, habían "nacido libres" —con una vigorosa raza de agricultores independientes dueños de sus propias tierras, y una amplia provisión de comerciantes emprendedores, así como un sistema social y político que, salvo la región sur del país, se adaptó fácilmente a la industrialización—. Así, pues, en tanto que Rusia tenía que vencer a una sociedad tradicional, los Estados Unidos sólo tenían que superar los grandes alicientes de conti-

nuar siendo un abastecedor de productos alimenticios y materias primas —así como, si se quiere, el desalentador de un colonialismo moderado.

Segunda, en el curso de esta sucesión, en cada una de las etapas de crecimiento el consumo norteamericano, *per capita*, fue mayor que el de Rusia. Como en otros casos, encontramos un alto grado de uniformidad en la regulación temporal de la propagación de la tecnología, dentro de una expansión considerable del ingreso y el consumo *per capita*. Fundamentalmente, ésta es una cuestión de equilibrios recursos-población; pero, tanto en la Rusia de los zares como en la soviética, la tendencia fue reforzada por las restricciones impuestas por el Estado sobre el nivel del consumo en masa.

Tercera, la marcha hacia la madurez aconteció en los Estados Unidos, después de la guerra civil, en un ambiente de relativa libertad política —a excepción del sur— en una sociedad estrechamente vinculada con la economía internacional, en una época de paz y, por lo general, con crecientes niveles de consumo por persona. En Rusia acaeció durante las tres décadas posteriores a 1928, en una economía prácticamente cerrada, con un horizonte de guerra y de preparativos bélicos, que no disminuyó la difusión de la tecnología, pero que sí limitó el aumento del consumo; y ocurrió con algo más de 10 millones de miembros de las fuerzas de trabajo ocupados con regularidad en trabajos forzados hasta hace pocos años.

Cuarta, la marcha soviética hacia la madurez no sólo tuvo lugar con limitaciones en el consumo general, sino con fuertes restricciones en dos sectores principales de la economía, que no se han representado plenamente en estos índices de producción industrial: la agricultura y la construcción de alojamientos. Por cuanto a los alojamientos, la Unión Soviética vivió sustancialmente de la existencia de bienes de capital zarista hasta hace algunos años, con la reducción al mínimo de los gastos en la construcción de casas, y la limitación del espacio habitable por familia; realizó fuertes inversiones en la agricultura, pero dentro de un sistema de colectivización que mantuvo a la productividad patológicamente baja, cuando, en 1929, fue abandonada la "nueva política económica" de Lenin. Además, en realidad, Rusia ha invertido muy poco en un sistema moderno de caminos, cosa que ha atraído mucho capital norteamericano.

Así, pues, se ha logrado la igualdad en el ritmo histórico entre la industrialización soviética y la norteamericana por medio de una

proporción radicalmente mayor de inversión soviética en las industrias pesadas y de productos metálicos que en los Estados Unidos, concediéndole a Rusia una ventaja estadística mayor al hacer la comparación de los índices de crecimiento industrial. Y esta diferencia en el modelo de inversión fue robustecida por los dos factores técnicos adicionales siguientes, absolutamente reales, que puede aprovechar cualquier país recién llegado: durante la campaña por la industrialización la proporción de la inversión neta con la bruta y el conjunto de posibilidades técnicas no empleadas fueron más altos en Rusia que en los Estados Unidos.² Estas dos últimas ventajas son esencialmente transitorias; es decir, como Rusia ha llegado a la madurez debe asignar proporciones relativamente mayores de sus recursos para cubrir la depreciación y, a medida que vaya aplicando la técnica moderna a la escala total de sus recursos, como lo hacen los Estados Unidos y otras economías maduras, sólo puede disfrutar del aumento anual en la tecnología y muy poco de una gran reserva no empleada.

Pero en la estadística de la carrera del crecimiento queda una ventaja aparente a favor de la Unión Soviética, la que preferiríamos examinar algo más adelante; ella es la concentración de sus inversiones en la industria pesada que tiene relación con el potencial militar, a diferencia de la dispersión de las inversiones norteamericanas en las industrias ligera y pesada, en la producción de bienes de consumo y servicios. Fundamentalmente, esta diferencia en el modelo de gastos superiores al nivel del consumo es la que define, desde el punto de vista técnico, las principales divergencias entre las economías soviética y norteamericana, y la que, en cierto sentido, plantea el problema de si el futuro crecimiento soviético constituye un peligro para el mundo occidental.

Para enfocar este asunto en forma racional es preciso separar radicalmente dos problemas: el problema de los gastos militares y el que concierne al ritmo y al modelo de crecimiento económico soviético.

El problema militar

Veamos primeramente el problema militar. Durante los últimos años la Unión Soviética ha estado dedicando cerca del 20% de su PNB a finalidades militares. Las cifras más recientes del presupuesto sovié-

² Véase, especialmente, Norman M. Kaplan "Capital Formation and Allocation", en A. Bergson (ed.), *Soviet Economic Growth* (Evanston y Nueva York, 1953).

tico indican cierto descenso en la proporción, pero no en el nivel absoluto de la asignación hecha para objetivos militares. En los Estados Unidos se ha asignado aproximadamente el 10% del PNB para fines militares. Rectificando los niveles relativos del PNB en relación con los precios, probablemente es cierto que, expresado en términos reales, el esfuerzo militar soviético en su totalidad es casi equivalente al norteamericano. No obstante, es totalmente distinto en su composición. Rusia se ha colocado algo adelante en proyectiles balísticos de mediano y largo alcance, y se encuentra en una etapa de producción más que de investigación y desarrollo, lo que hace que tenga que utilizar, casi con seguridad, una gran proporción de su presupuesto y ha mantenido, además, un gran ejército. Por otra parte, los Estados Unidos tienen mayores asignaciones para la marina de guerra y la fuerza aérea.

La naturaleza de la amenaza militar soviética no estriba, entonces, en la magnitud de sus desembolsos militares en relación con los de los Estados Unidos, sino en la probabilidad de que sus especiales dispositivos militares produzcan una de las dos situaciones siguientes: primera, una supremacía en proyectiles dirigidos suficientemente grande como para poder eliminar de un solo golpe cualquier posibilidad represiva occidental. Si se llegara a alcanzar este resultado no sería consecuencia de la magnitud del esfuerzo soviético, sino de una concentración superior anticipada de sus mejores talentos científicos en la creación de un nuevo sistema de armas: tal como se perdió la batalla de Francia en 1940, debido a que la técnica de la *blitzkrieg* estaba basada en la movilidad de la guerra de tanques con el apoyo de los bombarderos en picada, y no a que la magnitud del esfuerzo alemán fuera superior al de Francia e Inglaterra. El segundo peligro consiste en que Rusia llegue a encontrar una coyuntura en la que pueda contrarrestar, por medio de la amenaza de sus proyectiles y de manera efectiva, el poderío aéreo y naval de los Estados Unidos y logre imponer la superioridad de sus fuerzas terrestres, en una afortunada acción de guerra limitada, en alguna región importante.

Existe también un tercer peligro, de naturaleza mixta: militar y diplomática, a saber, que a resultas de una demostración de fuerza en una región específica Moscú obligara al Occidente a una retirada diplomática, debido al temor de que el hecho de resistir entrañaría el riesgo de una guerra mayor.

Según la opinión personal del autor los esfuerzos militares norte-

americanos deben ser mayores de lo que lo han sido hasta ahora, pero el peligro no está en la magnitud de los gastos militares soviéticos en relación con los norteamericanos y occidentales, ni tampoco estriba en cierta superioridad soviética generalizada en la tasa de crecimiento del PNB; el peligro radica en la composición del esfuerzo militar soviético en relación con la de sus adversarios potenciales, y en la forma en que pudiera ingeniarse la dirección soviética para imponerla.

Concretaremos más este punto general por medio de un ejemplo. Tras el lanzamiento al espacio del primer Sputnik soviético, en los Estados Unidos se hicieron investigaciones a fondo, muy difundidas, con el fin de saber si se estaban adiestrando demasiado pocos técnicos y hombres de ciencia. El tema revistió en algunos sectores la forma de una especie de confusión numérica, en la que se trazaban gráficas del adiestramiento de técnicos en ambos países cuyas curvas se cruzaban fatalmente. Este enfoque era erróneo. El caso se reduce a que Rusia ha concentrado una proporción mucho más grande de sus técnicos disponibles, y especialmente de sus más renombrados hombres de ciencia, en los asuntos militares y, en mayor grado, los dedicó al problema de los proyectiles. Más que por el número, Rusia ha progresado por la colocación de sus elementos —en proyectiles y, generalmente, en poderío militar—.³ Ha llegado a crear un *status* militar de primera clase a partir de una base económica que, en escala y en productividad, se encuentra algo atrás de la de los Estados Unidos y mucho más atrás que la de los Estados Unidos y Europa occidental combinadas. Ha repetido, en este sentido, lo que Alemania y el Japón hicieron en la década de los treinta. Ni por un momento menospreciaríamos el significado o la amenaza que encierra este desempeño ruso. Mas esta acción selectiva y deliberada no debe confundirse con la cuestión de las tasas de crecimiento y su significación.

El problema económico

Nos queda por examinar el segundo problema: el peligro —o, más bien, el significado— de la mayor tasa de incremento actual en el PNB

³ Por supuesto, este argumento no significaría que no tuvieran importancia las dimensiones del conjunto de técnicos y hombres de ciencia en relación con las capacidades militares de una sociedad. Por ejemplo, Rusia y los Estados Unidos con sus "grandes batallones" pueden explorar simultáneamente cierto número de soluciones posibles a problemas de embotellamientos; en tanto que Inglaterra y Francia, por ejemplo, deben aventurarse a una selección *prima facie* entre soluciones posibles.

soviético. ¿Debemos ponernos a temblar porque el PNB de Rusia aumentada actualmente a algo menos del 6%, en tanto que sólo había llegado a un 3 ó 4% en el periodo posterior a 1945 en los Estados Unidos? Aunque el mundo occidental perdería, naturalmente, influencia y poder en muchos sentidos si su producción continuase estancándose, de acuerdo con las estadísticas globales soviéticas no hay razón alguna para que exista pánico. ¿Por qué no? ¿Acaso no se cruzarán pronto las curvas de producción? ¿No logrará Rusia, en breve, una superioridad económica mundial en forma bastante significativa?

En primer lugar, es preciso precaverse de las proyecciones lineales. Cierta variedad de fuerzas, puestas en acción en Rusia, evidentes ya en sus cifras de expansión proyectadas, tienden a la desaceleración. Por ejemplo, el *Survey of Europe in 1957* de la CEE (publicado en 1958) presentó las tasas de crecimiento proyectadas oficialmente en sectores claves de la industria rusa, como se indican en el cuadro 7.⁴

CUADRO 7. Tasas de crecimiento en la industria rusa (%)

Tasa media de incremento anual	Carbón	Aceite	Hierro en lingotes	Acero	Fuerza eléctrica	Cemento
1955-60	8.6	13.6	10.0	8.5	13.5	19.5
1957-72	2.8	9.4	5.3	5.3	4.7	8.6

Existen pocas dudas, por ejemplo, de que las cifras absolutas de la producción soviética de acero se acercarán al nivel de las estadounidenses. Como lo ha expresado Nutter: "Cada hijo alcanzará finalmente a su padre en altura, y hermanos de edades distintas diferirán cada vez menos en estatura a medida que tengan más edad." Pero en muchos sectores soviéticos está ya en marcha el retardo en el ritmo de crecimiento; y aun cuando lleguen a aproximarse las cifras absolutas de ambas naciones y, con el tiempo, disminuyan también las diferencias en la productividad histórica... ¿qué tiene que ver eso? ¿Si su población y sus equilibrios de población-recursos se lo permiten, por

⁴ Estas cifras a largo plazo no son señaladamente incompatibles con los objetivos presentados por Krushchev al XXI Congreso del Partido Comunista Soviético en enero de 1959.

qué no ha de tener Rusia una instalación industrial igual o mayor que la de los Estados Unidos? Segundo, si el Occidente tiene que hacer frente a la amenaza militar y de política exterior, representada por las ambiciones y dilemas de Rusia —junto a algunos lineamientos indicados en el capítulo IX— entonces poco nos debe preocupar la composición de la producción rusa.

Además, con toda seguridad ha de cambiar la composición de la producción rusa. La tasa soviética actual de mayor aumento en el PNB constituye, fundamentalmente, el resultado de una concentración especial de la inversión en determinados sectores. ¿Si no se ha de utilizar el acero con fines militares, en qué se empleará? Una enorme industria pesada, que crece a grandes pasos, no es en sí misma una finalidad; ni tampoco representa una ventaja intrínseca internacional. Esto se ha ido reflejando gradualmente en las asignaciones hechas por los soviéticos: por ejemplo, en la agricultura, en donde la urgencia para incrementar el abastecimiento de alimentos de mejor calidad constituye un objetivo nacional de primera categoría; hasta determinado punto, en la construcción de casas y, hasta cierto grado, en otras formas de bienes de consumo —por ejemplo, en la televisión—. Lenta, muy lentamente, se ha iniciado el deslizamiento hacia la fabricación de lavadoras eléctricas, refrigeradores, motocicletas, bicicletas y hasta automóviles —y se encuentra en construcción la primera ciudad satélite rusa—.⁵ A medida que aumentan estas exigencias, y que la estructura de la economía soviética se aproxima más a la de las economías occidentales de alto consumo, podemos asimismo esperar que se asemejen más las tasas de crecimiento. Pero el hecho fundamental es éste: que no debemos dejarnos sorprender por la falacia que representan los hechos concretos, cuando éstos están mal situados. Una economía constituye un instrumento que tiene una finalidad más grande. Cuando dicha economía se destina a objetivos que nos ponen en peligro —como los de la pauta y escala de los gastos militares soviéticos— debemos reaccionar, constantemente, en forma tal que no resulte atractiva la agresión. En otras circunstancias, la prueba de nuestras propias economías —y las de la totalidad del mundo no comunista— no estriba en las realizaciones económicas soviéticas, sino en nuestra propia idoneidad para cumplir las ambiciones de nuestros pueblos.

⁵ Véase, principalmente, *Economic Survey of Europe in 1957* (CEE, Ginebra, 1958), capítulo I, pp. 14 y 22.

El locus del desafío

He aquí, pues, el obstáculo y el desafío. Al comentar la exposición hecha por Nutter a fines de 1957, Hans Heymann Jr., dijo "...es difícil que pueda constituir una causa de júbilo por nuestra parte que haya ocurrido una disminución del crecimiento soviético, sobre todo si se la considera comparándola con la tendencia en la producción manufacturera de los Estados Unidos, que no ha crecido absolutamente durante estos dos últimos años".⁶ Si se estanca la producción norteamericana y de los países occidentales, no estaremos en posibilidad de llevar a cabo programas adecuados de defensa militar o de ayuda a regiones subdesarrolladas, y no podremos hacer frente a las presiones producidas por el aumento del consumo privado y del capital social fijo que provienen del crecimiento de nuestra población. Es obvio, por ejemplo, que las sociedades democráticas deben aprender a resolver el problema de la inflación por medios distintos de la restricción al nivel de ocupación y de producción. Aun cuando las tasas de crecimiento de Norteamérica y de Europa occidental no constituyen la cuestión clave por sí mismas, únicamente tomando como base tasas apropiadas de incremento, en la productividad y en la producción, es probable que el proceso democrático rinda una composición de la producción que, al mismo tiempo que protegerá nuestras sociedades, mantendrá sus cualidades inherentes.

Por lo tanto, la lección que todo esto nos ofrece es que no existe nada misterioso acerca de la evolución de la Rusia moderna. Es una gran nación, bien dotada por la naturaleza y la historia para poder crear una economía y sociedad modernas. En el curso de su impulso inicial fue azotada por una gran guerra, en la cual, frente a la derrota y el desorden, se derrumbó el equilibrio precario e inconstante que existía entre elementos políticos tradicionales y democráticos; y cierta forma particular de organización societaria moderna se hizo cargo de controlar una situación revolucionaria que ella no había creado. Sus imperativos nacionales y sus ambiciones exteriores han dado por resultado una versión de la práctica común del crecimiento, centrada, anormalmente, en la industria pesada y en el poderío militar. Al desalentar la expansión de la tasa de consumo, sus dirigentes políticos están tratando actualmente de explotar los márgenes de recursos accesibles gracias a su llegada a la madurez con el objeto de buscar una

⁶ *American Economic Review, Papers and Proceedings*, mayo de 1958, p. 424.

expansión radical del poder soviético en el panorama mundial. Pero ni en la escala, ni en la asignación, ni en el impulso las disposiciones rusas constituyen una amenaza que no sea susceptible de ser tratada por los recursos con que cuentan los norteamericanos y los países occidentales; ni, atisbando más adelante, existen razones para creer que el experimento ruso llegará a traspasar los límites conocidos.

El problema presentado por la Rusia contemporánea no consiste en la calidad *sui generis* de la historia de su modernización, sino en que los Estados Unidos y el Occidente, a fin de realizar las tareas indicadas, puedan movilizar sus vastos recursos —recursos del espíritu, la inteligencia, la voluntad y la comprensión, así como acero y artefactos electrónicos, y tareas que se harán extensivas a los arsenales de proyectiles, a una mayor difusión del bienestar en el país, a los planes quinquenales segundo y tercero de la India y a los más remotos accesos de Asia, el Mesorienté, África y América Latina.

Como se ve, el problema no radica en el Oriente misterioso, sino en el inescrutable mundo occidental.

LAS ETAPAS RELATIVAS DE CRECIMIENTO Y LA AGRESIÓN¹

La guerra en la historia moderna

En este capítulo nos ocuparemos del problema de la guerra. Éste no puede eludirse, efectivamente, en un conjunto de ideas que tiene por objeto establecer cierto orden en la transición de las sociedades tradicionales a las modernas. Puesto que la progresión que hemos considerado hasta ahora —de las sociedades tradicionales a las de alto consumo en masa—, como hecho histórico sencillo, ha pasado de una a otra etapa con violencia, organizada sobre una base nacional. Los hombres y las sociedades formadas por ellos no han ido ascendiendo con facilidad por las etapas de crecimiento, una vez que se comprendió y comenzó a aplicarse el mundo de la ciencia moderna. Ellos no crearon, desarrollaron y difundieron los estratos de la tecnología, ni permitieron que la soberanía del consumidor y sus elasticidades-ingreso y elasticidades-precio de la demanda determinaran los contornos del crecimiento. La guerra ha abierto recursos, ha destruido o modificado sociedades y ha cambiado las opciones brindadas a los hombres y a las sociedades de las que formaban parte.

Completamente aparte del hecho brutal histórico del conflicto armado, existen tres razones muy especiales para que este libro trate el problema de la guerra.

Primera, la teoría del periodo de las condiciones previas —la disolución de la sociedad tradicional y su sustitución por una u otra forma de sociedad moderna— depende, en esencia, del efecto demostrativo de la relación existente entre la modernización y el poder militar.

Segunda, si este sistema ha de retar y sustituir al marxismo como medio de considerar la historia moderna, debe resolver a su manera, el problema planteado bajo el título de “imperialismo” por el análisis marxista, tal como ha sido elaborado por los sucesores de Marx.

Y, por último, si este sistema ha de proporcionarnos una provechosa perspectiva parcial de los tiempos en que vivimos, debe arrojar al-

¹ Si se quiere examinar un análisis reciente e interesante de las causas de la guerra, que aunque distinto en su estructura al nuestro es similar en su esencia, véase Raymond Aron, *War and Industrial Society*, Oxford University Press, Londres, 1958.

guna luz sobre la naturaleza de nuestros peligros, en una época de empate nuclear incierto; y debe ayudar, en pequeña escala, a indicar cómo pueden suprimirse o eludirse, con seguridad, las fieras que están al acecho en nuestro camino —es decir, la carrera armamentista y la organización de un mundo con gran cantidad de nuevas naciones maduras.

El problema de la soberanía nacional

Comencemos con un hecho que no proviene directamente de este análisis. Que la transición total que estamos examinando se efectuó históricamente dentro de un sistema de estados naciones y de soberanía nacional. Soberanía nacional quiere decir que las naciones se reservan el derecho fundamental —sancionado por la ley, la costumbre y por lo que la gente honesta considera como un derecho legítimo— a matar gente de otras naciones en defensa o en persecución de lo que juzgan como de interés nacional. Así, pues, del mundo de las sociedades tradicionales se han heredado los conceptos de nacionalidad, soberanía nacional y legitimidad de la guerra como instrumento reservado de política nacional; estos conceptos anticipan el orden de sucesión de las etapas postradicionales que examinamos en este libro. No pueden explicarse mediante los procesos puestos en marcha por la transformación de las sociedades tradicionales en modernas; tampoco son explicables por exigencias o características especiales de una etapa particular de crecimiento.

No obstante, las guerras libradas por las naciones, desde que se puso en marcha el proceso de la modernización, poseen ciertas características distintivas. Y aun cuando el hecho mismo de la guerra no debe explicarse en relación con las etapas de crecimiento, la naturaleza de la guerra sí puede asociarse convenientemente con estas etapas.

Tres tipos de guerra

De manera específica, es posible distinguir, en forma algo rigurosa, tres tipos de guerra entre las que han sido liberadas en, digamos, los tres últimos siglos, desde que Europa occidental comenzó a desarrollar interiormente las condiciones previas para su impulso inicial.

Tenemos, en primer término, las guerras coloniales. Reunimos aquí los conflictos provenientes de la intromisión inicial de una potencia colonial en una sociedad tradicional, del esfuerzo para transferir el

poder de una a otra potencia colonial y de las pugnas que surgen como consecuencia del empeño de los pueblos coloniales por afirmar su independencia de la autoridad metropolitana.

Una segunda categoría de guerra puede definirse como agresión regional. Este tipo de guerra limitada se originó de la exuberancia y los dilemas que se presentaron a estados nacionales recién formados, al mirar retrospectivamente las humillaciones del pasado y las nuevas oportunidades que les brindaba el porvenir, al mismo tiempo que coqueteaban las opciones que se les ofrecían en las primeras etapas de la modernización.

Por último, las guerras en gran escala de este siglo concentradas en las luchas por lograr —o impedir que otros logren— el dominio definitivo del equilibrio del poder eurasiático: dominio que, en la primera mitad del siglo xx, equivalía a la dominación mundial.

Consideraremos ahora, por separado, cada uno de estos tipos de conflicto militar en la medida en que se relacionen con las etapas de crecimiento. Asimismo, debe tenerse presente que lo que tenemos que decir no puede ser una explicación amplia de la guerra, pues la hipótesis es que la guerra, en definitiva, se origina de la existencia y aceptación del concepto de soberanía nacional, y que la naturaleza y los orígenes del nacionalismo son ajenos a esta manera de ver las cosas. Simplemente, consideraremos cómo pueden relacionarse ciertos tipos de guerra con las etapas relativas de crecimiento entre naciones soberanas, en la medida en que éstas buscaron lo que conceptuaban como sus intereses en las circunstancias sumamente competitivas, pero también oligopólicas en exceso, en que se encontraban.

Colonialismo

Trataremos, primero, los conflictos provenientes del colonialismo. Surgió el colonialismo, en parte, naturalmente, a causa de que desde el siglo xv en adelante existió una contienda mundial por el poder, en la cual competían los estados naciones europeos por la primacía en el comercio en varias regiones de ultramar; por bases de ventaja militar estratégica, y por lo que entonces se conceptuaba como potencial militar: es decir, oro y plata en barras, depósitos navales y cosas por el estilo. Como lo indica Charles Wilson, en su ensayo *Mercantilism*, Josiah Child aconsejaba que, en tales circunstancias, "las utilidades y el poder deben considerarse conjuntamente".

Sin embargo, el elemento del poder era inicialmente, con frecuencia, remoto y derivado por lo que atañía a los asuntos cotidianos de las potencias principales de la época. El objetivo inmediato —por ejemplo, en la famosa competencia anglo-holandesa del siglo xvii— era el comercio; y, de manera especial, esa forma de comercio que era sumamente estimada por las principales naciones de los siglos xvii y xviii: el intercambio que permitía la importación de oro y plata en barras y materias primas y un saldo favorable en las exportaciones —y si fuere posible, la exportación de productos manufacturados—. Los saldos favorables que tenían por objeto estimular esta clase de comercio se vincularon, de acuerdo con las ideas de la época, con el relativo poderío nacional; pero su objetivo funcional era el comercio.

Entonces, ¿por qué razón no se llevó a cabo el comercio sin la creación de colonias? La respuesta a esta pregunta fundamental encierra dos elementos que necesitan distinguirse sutilmente, aunque ambos tienden a entremezclarse en el curso de la historia.

Primero, ocurrió la lucha por el comercio en un sistema en el que, por la naturaleza de la historia, las potencias principales se encontraban colocadas como competidoras. No es casual que las principales guerras del siglo xviii fueran guerras de sucesión. Por herencia histórica, por decirlo así, las naciones se vieron atrapadas en un sistema de poder inherentemente competitivo —no en un principio del poderío económico, sino del militar y político—. Y las guerras en las colonias se debieron, en parte, a esos apremios competitivos: la urgencia no sólo de promover positivamente un interés nacional, sino de promoverlo también en forma negativa, denegando una fuente de poderío a otra nación. Una manera de lograrlo consistió en la creación de un monopolio comercial en una región colonial, una vez descubiertas nuevas regiones o redescubiertas las antiguas.

Pero también había una segunda razón para el empleo de la fuerza militar en las colonias, y esta segunda causa no se relaciona con la estructura del poderío de Europa, sino con la condición societaria de las propias zonas coloniales. Frecuentemente las colonias fueron establecidas, en un principio, para llenar un vacío y no con el fin de realizar un objetivo principal de política nacional, ni siquiera para excluir a una potencia económica rival, es decir, con el objeto de organizar una sociedad tradicional incapaz de organizarse por sí misma (o no dispuesta a hacerlo) para dedicarla a las modernas actividades de la importación y la exportación, incluyendo la producción con miras a la

exportación. El intercambio normal entre iguales habría cumplido, a menudo, el motivo inicial de la potencia intrusa y gran parte de sus razones para continuar, ya que la sociedad tradicional no tenía más que materias primas para la exportación. Y en muchos casos, el intercambio normal habría sido más limpio, más racional y hasta menos costoso. Empero, en los cuatro siglos anteriores a 1900, las sociedades aborígenes de América, Asia, África y el Mesoriente, en diversas etapas, no estaban estructuradas ni tenían motivos para efectuar negocios con Europa occidental, ni eran capaces de protegerse contra las armas europeas occidentales, por lo que fueron conquistadas y organizadas.

Entonces se fundaron colonias, principalmente por dos razones más solapadas que una simple meta deliberada de política nacional para alcanzar el poder. Primera, como reflejo de la lucha por el poder escenificada en la palestra europea. Segunda, las colonias fueron fundadas debido a la siguiente serie de causas: porque algún grupo económico deseaba expandir sus compras o sus ventas; encontró dificultad para arreglar las condiciones necesarias para un negocio próspero; halló también gran debilidad militar, y persuadió a un gobierno, que correspondió amablemente a sus esfuerzos, para asumir la responsabilidad de organizar un sistema político conveniente para asegurarse, a poco costo, los beneficios de un comercio difundido.

Sin embargo, una vez que la nación interesada aceptaba la responsabilidad colonial, se transformaba todo el asunto. Ocurría un desplazamiento del terreno esencialmente pacífico de los negocios al ámbito del prestigio y del poder nacionales, donde predominaban intereses y motivos más generales y primordiales.

Dos consecuencias específicas dimanaron de esta transferencia desde el mundo de la contabilidad al de la bandera nacional. Primera, ciertas potencias de tendencias no colonialistas, por cuestión de prestigio y categoría, llegaron a desear posesiones coloniales como un símbolo de haber llegado a la mayoría de edad. Por ejemplo, sobre fundamentos estrictamente económicos, nada justificó en los mercados de capital del mundo del Atlántico, o en sus normas comerciales, todo este tráfico en relación con las colonias desde, digamos, 1873 a 1914.² Podría

² Incidentalmente, existía una causa económica algo más racional para la formación de colonias en los siglos xvii y xviii, antes de que tomara arraigo la revolución industrial en Europa, que en las postrimerías del siglo xix. Antes de la revolución industrial la oferta total de víveres y materias primas (o la oferta total de las colonias) podía considerarse, en cierto sentido, como fija y finita; es decir, que lo que tenía una nación se había negado intrínsecamente a las demás. Una vez que se puso en movimiento la

decirse algo más respecto a ciertas posiciones coloniales en el siglo XIX basadas en razones militares o estratégicas. Pero la competencia por las colonias se llevó a cabo por razones unilateralmente racionales y sin base económica ni militar: la competencia se produjo a causa de que el nacionalismo competitivo constituía la regla de la palestra mundial y las colonias representaban en ella un símbolo de fuerza y un *status* legal.

Como lo descubrieron los Estados Unidos, por ejemplo, cuando se encontraron, con sorpresa y desconcierto, dueños de las Filipinas después de la guerra hispano-norteamericana, pues no había manera de renunciar a una colonia que no había modernizado su sociedad sin dejarla a merced de otra potencia colonialista. Así, pues, el juego de las colonias se había convertido en un reflejo de soberanías inherentemente competitivas y no de imperativos económicos. Esta mezcla de utilidades y poder —la que, probablemente, tenía presente Josiah Child— se mantiene en el periodo de competencia imperialista anterior a 1914 tal como lo hizo en los siglos XVII y XVIII.

Pero hubo una segunda clase de mixtura de utilidades y poderío que no pudo haber advertido Child, porque sólo se hizo plenamente aparente en épocas posteriores. La segunda consecuencia, derivada de la sustitución de la posición de las colonias de una de tipo económico limitado a una de mayor categoría simbólica, dentro de una pugna oligopólica por el poder, consistió en que retirarse de una colonia fue cuestión de prestigio nacional y, por tanto, sumamente difícil. Casi sin excepción, las posiciones coloniales fueron adquiridas a un costo relativamente pequeño, a requerimiento de intereses limitados que no habrían obtenido el apoyo nacional si, en un principio, se hubiesen necesitado muchas vidas y dinero para llevar a cabo la empresa. Aun en los casos en que las guerras se hicieron para transferir el control de la soberanía sobre las colonias, éstas fueron, por lo general, contiendas limitadas. Pero, con raras excepciones, la muerte del *status* imperial revistió la forma de guerras crueles y sangrientas o estuvo acompañada de graves crisis diplomáticas y políticas en la metrópoli. La experiencia de la administración colonial no solamente creó lazos de

corriente de la tecnología moderna, de acuerdo con las condiciones existentes en el siglo XIX, en los casos en que podían obtenerse abastecimientos por medio del intercambio con naciones soberanas (por ejemplo, los Estados Unidos), existía la posibilidad de emplear la tecnología aplicada para sustituir los productos importados (por ejemplo, fertilizantes químicos) o para crear exportaciones de adquisición económica en mercados extranjeros accesibles.

provecho económico, sino recuerdos humanos de esfuerzos acumulativos, de realizaciones y de situación legal —así como el poderío y prestigio nacionales— de los que es extraordinariamente difícil desprenderse: tal como lo han podido comprobar, desde 1945, Inglaterra, Francia y los Países Bajos.

Así, pues, por cuanto respecta a las guerras coloniales, las etapas de crecimiento únicamente ofrecen una percepción parcial y limitada. Fueron, por una parte, reflejo limitado de un nacionalismo competitivo que condujo a las naciones a inmiscuirse en las colonias como parte de una competencia dinástica o de otro tipo de autoridad; y este vínculo del colonialismo con la magnitud no económica del nacionalismo ayuda a explicar la aflicción psicológica de tener que retirarse de ellas. Sin embargo, se necesitó un tipo de administración que no podía ofrecer la sociedad tradicional, en parte por la índole de las relaciones iniciales entre una sociedad tradicional y otra más adelantada y, en parte, para poder realizar negocios en forma eficiente. Pero una vez cumplida la comisión de administrar, toda una multitud de motivos de naturaleza no económica se vieron envueltos en el asunto, por lo que, de nuevo, se hizo difícil la retirada.

No obstante, la capacidad de los pueblos coloniales para obligar a retirarse a la potencia extranjera está relacionada en forma más directa con las etapas de crecimiento. Como se indicó en el capítulo III, aun cuando las potencias imperialistas establecen administraciones y siguen políticas que no producen el ambiente óptimo para la creación de condiciones previas para el impulso inicial, no pueden evitar que se ocasionen transformaciones en la manera de pensar, en los conocimientos y en las instituciones —así como en el comercio y en la oferta de capital social fijo— que hagan avanzar a la sociedad colonial hacia la ruta del impulso inicial y, como objetivo de política colonial, las potencias colonialistas incluyen con frecuencia cierto tipo de modernización. Por medio de efectos demostrativos, positivos y negativos, una versión del periodo de condiciones previas se puso en marcha. Y, sobre todas las cosas, un concepto del nacionalismo que superaba los viejos vínculos regionales y de clan cristalizó inevitablemente en un resentimiento en contra del gobierno colonial.

En fin, aparte de estos escenarios semimodernizados, surgieron coaliciones locales que crearon una presión política y en algunos casos militar, capaz de obligar a la retirada. Las guerras de independencia que, desde 1776 en América hasta 1959 en Argelia, ponen punto final

a la historia colonial están, por tanto, relacionadas en cierto grado con las etapas de crecimiento. Se encuentran ligadas, de manera específica, con la dinámica del periodo de condiciones previas.

Agresión regional

Un segundo tipo de guerra ha surgido directamente de la dinámica del periodo de condiciones previas: la agresión regional; ya que las coaliciones y políticas adecuadas para lograr la independencia rara vez se adaptan a las necesidades subsecuentes para completar las condiciones previas y dar principio al impulso inicial. Este segundo tipo de guerra tiende a ocurrir como consecuencia de los dilemas y oportunidades que se presentan a los hombres en el poder al amparo de la bandera de la independencia, y muy hábiles como políticos y soldados, pero que ahora tienen que hacer frente a la responsabilidad de gobernar una turbulenta sociedad en periodo de transición.

Recordemos nuevamente uno de los temas centrales del capítulo III. En él se discute la probabilidad de que un nacionalismo reactivado fuese un elemento inicial de unificación, tendiente a un esfuerzo deliberado para sustituir la sociedad tradicional, mediante una amalgama de elementos absolutamente disímiles en una coalición *ad hoc*. Una vez que la nueva coalición hubo alcanzado el poder en contra de los grupos tradicionalistas más antiguos, la potencia colonial, o ésta y la coalición, tuvo que elegir entre tres líneas de política; o, expresado con mayor exactitud, encarar el problema de hacer un cotejo entre las tres. De manera más específica, los nuevos dirigentes se vieron en la necesidad de hacer frente a estas preguntas: ¿debe erigirse el nacionalismo en una afirmación de fuerza y dignidad en el panorama mundial? ¿Ha de realizarse un esfuerzo tendiente a consolidar la autoridad del gobierno central sobre las fuerzas tradicionales que quedan aún en las regiones? ¿Es preciso hacer de la modernización económica y social el objetivo fundamental? De la situación que guardaba el continente americano a fines del siglo XVIII al panorama contemporáneo que ofrecen Asia, el Mesorienté y África, puede determinarse la universalidad de este problema de elección y equilibrio entre las tres posibles trayectorias del empeño nacionalista.

De acuerdo con la historia, ha resultado sumamente tentador para una parte del nuevo nacionalismo desviarse hacia objetivos exteriores, principalmente si estos objetivos parecen ser accesibles a un costo, o

a un riesgo, verdaderamente pequeño. Estas primitivas prácticas de agresión fueron, por lo general, limitadas en su objetivo, pues aspiraban a la anexión de territorios próximos a las propias fronteras de la nueva nación —dentro de su región geográfica— más que directamente al equilibrio del poder eurasiático: por ejemplo, el esfuerzo norteamericano para hurtarse al Canadá durante las guerras francesas; las operaciones francamente militares de Bismarck contra Dinamarca, Austria y Francia de 1864 a 1871; la adquisición de la supremacía japonesa en Corea en 1895, y la marcha rusa a través de la Manchuria hacia Vladivostok, que condujo a una demostración de fuerza contra el resurgente Japón durante los años de 1904 a 1905. Y, partiendo de esta perspectiva, las guerras de la Revolución francesa resultaron los ejemplos más grandes de agresión regional, surgidos de un proceso de transición no resuelto, durante el periodo de las condiciones previas.

Estas aventuras de la agresión regional tienen, con frecuencia, considerable apoyo político, en parte debido a una amplia difusión de un nacionalismo efervescente y, en parte, a causa de que existen ciertos intereses especiales que se creen directamente beneficiados con las nuevas adquisiciones territoriales. Pero, sobre todo, la agresión regional basada en una política "sanguinaria" que recuerda las humillaciones sufridas en el pasado puede ayudar a mantener la cohesión en una sociedad en donde las tareas de la modernización suscitan difíciles y sistemáticas controversias internas, que el dirigente de la coalición quería evitar, en lo posible. Los tanteos en pro de una política de unificación nacional de Nasser y Sukarno, por ejemplo, durante el periodo de 1955 a 1958, representa una versión de un antiguo problema y de una reacción conocida. No deben sorprendernos las voces de guerra que se localizan en Irán occidental, Cachemira e Israel, ni la tendencia de políticos endemoniados de sociedades en transición a adherirse al partido anticolonial. Debemos considerar con ánimo bien dispuesto esta fase. Pues estas primeras aventuras externas limitadas, relacionadas con el final del periodo de condiciones previas o con el principio del impulso inicial, parecen haber dado paso a una etapa de asimilación en la contingencia que significa la modernización de la economía y la sociedad en su totalidad. Norteamérica en la posguerra civil, Alemania en el periodo posterior a 1873, el Japón después de 1905 y Rusia después de 1920, estuvieron tan ocupados, por lo menos durante varias décadas, en la expansión dentro de sus respectivos países de las técnicas modernas que no pudieron hacerse sentir peligrosamente en el

panorama mundial. Desde el punto de vista histórico, la siguiente época peligrosa se presenta con la aproximación de la madurez económica, en el momento en que se presenta la opción de reconcentrar los recursos de la economía madura en una expansión más ambiciosa de poderío exterior.

Luchas por el equilibrio del poder eurasiático

La sincronización diferencial del acercamiento a la madurez económica sirve, de modo específico, para esclarecer las tres grandes contiendas militares del siglo xx: la primera Guerra Mundial, la segunda Guerra Mundial y la guerra fría, a la que fijaremos un límite arbitrario: junio de 1951, fecha en que coincide con el principio de las negociaciones para la tregua en la guerra de Corea.

Mas para comprender el problema del poder y de las grandes pugnas ocurridas durante la primera mitad del siglo xx debemos, ante todo, mirar retrospectivamente y preguntarnos por qué razón no surgieron grandes guerras internacionales en el siglo xix, después de la derrota de Napoleón.

Inglaterra salió victoriosa de las guerras napoleónicas debido, en parte, a que su impulso inicial en la industrialización, basada en gran medida en los tejidos de algodón, ayudó (junto con el monopolio en el comercio de las Antillas) a proporcionar las divisas extranjeras necesarias para sostener sus alianzas y para reducir al mínimo el bloqueo continental de Napoleón. Sea como fuere, si se considera desde el punto de vista de las etapas de crecimiento, la posición económica que mantenía Inglaterra en la época de la derrota de Napoleón, era de naturaleza exclusiva; y era inatacable su poderío militar —centralizado en la marina de guerra— en la pugna por el poder entonces existente.

¿Por qué razón el convenio de 1815 produjo este resultado relativamente afortunado? El éxito de este convenio reside en que, en uno de los extremos de Eurasia, ni Alemania ni Rusia se sentían capaces (o se les permitía) de adquirir los territorios que se conservaban dentro del Imperio austro-húngaro; y en que, en el otro extremo de Eurasia, el Japón y China, así como todo el conjunto de pueblos de África, el Mesoriente y el sureste de Asia, se encontraban, esencialmente, fuera de la competencia por el poder.

El mundo que la Gran Bretaña mantenía en equilibrio, estaba formado principalmente por Europa central y occidental y por las regio-

nes costeras de Asia, Mesoriente y África. Ciertamente que Rusia se sacudía de uno a otro extremo de su prisión euroasiática, primero hacia el Occidente, luego hacia el Oriente; pero, como lo demostraron las guerras de Crimea y ruso-japonesa, pudo ser detenida dentro de los límites de su cárcel con razonable economía de fuerzas anfibia. Y el hemisferio occidental surgió como una esfera especial, estrechamente ligado —pero todavía separado— a la competencia mayor por el poder, por medio de la Doctrina Monroe y por el complejo entendimiento implícito con la Gran Bretaña, que le confirió vitalidad.

En las tres décadas que siguieron a la guerra civil norteamericana, las cuatro grandes regiones —Alemania, el Japón, Rusia y los Estados Unidos— cuyas entradas a la madurez habrían de determinar el equilibrio del poder en el mundo durante la primera mitad del siglo xx, se encontraban en etapas que no condujeron a agresiones mayores. El equilibrio del poder mundial surgido después de 1815 estaba siendo socavado con rapidez; pero este hecho pudo ocultarse en gran medida, salvo para aquellas personas que se ocupan profesionalmente del problema de la fuerza, activa y potencial. Tras la guerra franco-prusiana, Alemania, bajo el régimen de Bismarck, se estableció para consolidar su posición política y para desplazarse de un impulso inicial notable a su madurez económica; el Japón, después de la restauración de la dinastía Meiji, necesitó de una década para consolidar las condiciones previas para el impulso inicial y, aunque en forma menos dramática que Alemania, entró en las primeras etapas de un crecimiento económico sostenido. También Rusia completó lentamente su periodo de condiciones previas y, a partir del decenio de 1890, entró en un impulso inicial bastante parecido al de los Estados Unidos, anterior en medio siglo.

La liza del siglo xx, comenzada a formar claramente en las últimas décadas del siglo xix adoptó entonces la forma siguiente: extendiéndose al oriente de Inglaterra se habían desarrollado nuevas y grandes potencias industriales en Alemania, Rusia y el Japón, habiendo alcanzado Alemania su madurez en 1910 —la más adelantada de todas ellas—. En vista de este fenómeno, la Gran Bretaña y Francia, con gran incertidumbre, se aprestaban a formar una coalición, buscando con ello Inglaterra un apoyo mayor en el Occidente. Y, los Estados Unidos se encontraban colocados de manera insegura al margen de la pugna mundial, mientras trataban de definir una posición compatible con su tradición aislacionista y con su nuevo sentido de posición mundial,

derivada de los inicios de su madurez técnica, como en la propia Alemania.

Pero la marcha de la industrialización a través del norte eurasiático no fue uniforme. La región oriental de Europa y China no entraron al impulso inicial en las primeras décadas del siglo xx. Se encontraban todavía en las primeras fases transitorias, turbulentas, del periodo de las condiciones previas y habían de ofrecer dificultades peculiares.

¿Por qué habría de ser esto así? ¿Por qué razón Europa oriental y China fueron causa de tantos trastornos? Si cada una de estas dos regiones se hubiera unido a una gran potencia habrían tenido la posición geográfica, la población y la potencialidad a largo plazo susceptible de alterar radicalmente el equilibrio del poder eurasiático; pero al quedarse a la zaga de sus vecinos en el orden de sucesión de su crecimiento, carecieron de la cohesión política y de la fuerza económica para hacer sentir independientemente ese poderío, o para evitar, durante toda la primera mitad del siglo xx, un alto grado de dependencia.

Esta alteración diferencial en el equilibrio del poder, atribuible a diferencias en la sincronización de las etapas de crecimiento económico, había de proporcionar una terrible tentación a Alemania en Europa oriental y al Japón en China que serviría a Rusia, alternativamente, como causa de temor y de tentación en ambas regiones y que habría de constituir un peligro crónico para Francia, Inglaterra y los Estados Unidos, cuyas situaciones estratégicas fueron alteradas, en forma radical y permanente, por las dos consecuencias de la difusión de la industrialización —es decir, por la creación de una sola zona de influencia de acción recíproca en toda la mitad septentrional del mundo, y por la presencia, dentro de ella, de zonas débiles que, para Alemania, Rusia y el Japón, hicieron parecer factible y atrayente la persecución, en varias etapas, de la hegemonía eurasiática.

A la postre, la debilidad relativa de la zona oriental de Europa y de China —su vulnerabilidad a la intervención militar, política y económica en su retrasada etapa de condiciones previas— brindó la ocasión para las dos Guerras Mundiales y la guerra fría en su primera fase.

La ambigüedad respecto al control futuro de Europa oriental —y las grandes complicaciones que para el poder eurasiático y mundial tuvo quien ejerció dicho control— preparó el ambiente para la contienda de 1914 a 1918. Las posibilidades de unir la hegemonía del Japón en China con una victoria alemana en el Occidente, lo que pa-

recía concebible por el dominio alemán anterior sobre Europa oriental, determinaron las circunstancias para la lucha con el Eje de 1939 a 1945. La visión de Stalin (y, posteriormente, de Mao) de llevar más lejos las posiciones avanzadas adquiridas en Europa oriental y en China para alcanzar una victoria comunista definitiva, preparó el escenario para el duelo comunista con Truman. Esta tercera lucha eurasiática terminó en un empate interino, cuando menos, con el buen éxito logrado en Occidente con el puente aéreo de Berlín durante la primavera de 1949, y en el Oriente, con las victorias defensivas de las fuerzas reorganizadas de las Naciones Unidas en los meses de abril y mayo de 1951, que crearon el ambiente propicio para las negociaciones de la tregua, cuyo principio fue señalado en junio por Malik.

Así, pues, a medida que el mundo se extendió a través de Eurasia para sustituir al mundo de 1815 y posteriormente, surgieron nuevas grandes potencias. La antigua rivalidad entre Inglaterra y Francia fue reemplazada por una nueva conciencia de intereses comunes defensivos; y, compartiendo en cierto grado estos intereses comunes, los Estados Unidos se convirtieron en la reserva estratégica de Occidente. De acuerdo con esa misión, los Estados Unidos fueron llamados a intervenir dos veces para salvar al Occidente de la derrota militar; más temprano y con mayor poderío en la segunda que en la primera Guerra Mundial, aunque confiando todavía en el tiempo, la distancia y los aliados para presenciar su fin. De 1945 a 1946, los Estados Unidos dieron claras muestras de buscar nuevamente cierto grado de abstención para intervenir, aunque más limitados que de 1919 a 1920; pero la incapacidad de Inglaterra para apoyar a Grecia y Turquía, los perjuicios generales sufridos por la posición política y la economía de Occidente en 1947 y el desastre de China nacionalista, hicieron que de inmediato se aprestaran a soportar directamente los embates de la lucha sorda eurasiática, en la que Truman se batió diplomáticamente con buen éxito con Stalin y Mao para impedir la pérdida definitiva del equilibrio del poder eurasiático —duelo que se realizó esencialmente sin acciones de guerra en el Occidente, pero a costa de la guerra de Corea en el Oriente.

Por ello, afirmamos que existe una continuidad interna en las tres grandes contiendas observadas entre 1914 y 1951. Proviene esta continuidad de la tentación sucesiva de tres potencias —Alemania, el Japón y Rusia— de sacar el mejor partido de su madurez, recientemente lograda, y de la vulnerabilidad de las sociedades de Europa oriental

y de China que aún se encontraban en un periodo de transición, en un intento de apoderarse del control de la palestra eurasiática que hizo su aparición como consecuencia de la difusión de la industrialización durante el siglo anterior. Cada uno de estos intentos fracasó debido a que, simultáneamente, había llegado a la madurez una cuarta potencia —los Estados Unidos— que compartió con Europa occidental el interés de frustrar ese dominio unilateral de Eurasia, y que, a la postre, hizo causa común, con buen resultado, con las potencias maduras más antiguas, muy especialmente con la Gran Bretaña.

Decisión para agredir

Hasta ahora este tema ha pasado por alto las razones más íntimas de algunas sociedades para sucumbir a las tentaciones y los temores que, a medida que se aproximaban a la madurez, les ofrecía el estado de la zona eurasiática; y pasó también inadvertida la causa del fracaso de los Estados Unidos y el mundo occidental al no haber tomado, con la debida anticipación, las medidas necesarias tendientes a hacer inatractiva la decisión para agredir. El análisis de las etapas de crecimiento no pretende explicar toda la historia: existen factores en acción, relacionados con la iniciación de las grandes guerras y las luchas por el poder en el siglo xx, que son totalmente independientes del análisis presentado en este libro. No obstante, las etapas de crecimiento arrojan cierta luz sobre estas cuestiones de mayor profundidad.

Por lo que atañe a la primera Guerra Mundial hay una especie de tropiezo, que ocurre cuando los hombres entran a un conflicto cuya magnitud y consecuencias no pudieron ni medir ni comprender correctamente. Sin embargo, en su base se debió al hecho de que el Imperio austro-húngaro se hallaba en el principio de una etapa de condiciones previas, la disolución de una sociedad tradicional de base rural que no pudo competir o adaptarse constructivamente al nacionalismo que surgía en los pueblos de la región oriental de Europa perturbados por lo que acontecía en Rusia, Alemania y aun en lugares más remotos del Oeste. Ese nacionalismo hizo valer sus derechos de tal manera que en el Oriente determinó las amenazas y los atractivos del dominio ruso o del alemán. Así fue creado el medio propicio para la primera Guerra Mundial.

Pero, es justo preguntar, ¿por qué razón Alemania no se ocupó exclusivamente de la expansión del consumo a medida que pasaba

más allá de la madurez? La breve y categórica respuesta es que la garra del Kaiser, y de los que lo rodeaban, hicieron imposible una concentración inmediata de los recursos y la energía alemanes en la creación de una época de alto consumo en masa. ¿Por qué, pues, controlaban a Alemania ese tipo de hombres? Para poder dar contestación a esta pregunta debemos retroceder hasta los orígenes del nacionalismo alemán moderno y al concepto puntualizado en el capítulo III; o sea, que en muchos casos —en los que se incluye Alemania— en la raíz de la modernización yacía inicialmente un ambicioso nacionalismo reactivado, o constituía una fuerza muy poderosa dentro de él. La Alemania moderna había tenido que pasar por muchas penalidades antes que, por medio de la desviación y detención del movimiento de la Revolución liberal de 1848, fueran borradas esencialmente las huellas de su nacimiento como nación; y todavía no podemos estar absolutamente seguros del resultado. Una parte de la respuesta a la pregunta de por qué razón no pudo resistir Alemania las tentaciones del poder en 1914 —antes que hacer caso a los halagos del alto consumo en masa— estriba, por lo tanto, en la naturaleza de los motivos que lanzaron a Alemania por el sendero de la modernización.

Por lo que respecta a la segunda Guerra Mundial, si hemos de descubrir un nexo con las etapas de crecimiento, debemos examinar primero lo que aconteció, en el periodo comprendido entre las guerras, en los Estados Unidos y el Occidente. Los Estados Unidos se abatían en una época de depresión que, si estamos en lo justo, era particularmente intratable a causa de la naturaleza del problema de la ocupación plena durante la era de alto consumo en masa; y con el periodo de depresión de la década de los treinta como argumento en poder de muchos demócratas liberales, así como republicanos tradicionalmente aislacionistas, los Estados Unidos se convirtieron, de hecho, en aislacionistas. Hasta la derrota de Francia, en 1940, existía una mayoría aislacionista en los Estados Unidos, en parte —sólo en parte—, debida a una obsesión en los asuntos internos relacionados con trastornos en la dinámica de las etapas de crecimiento.

Si nuestro punto de vista es correcto en cuanto al estancamiento existente entre las guerras, en Europa occidental, tanto Inglaterra como Francia no lograron mantener el impulso —ni la confianza interna— debido a que la naturaleza de sus sociedades y de sus políticas públicas no permitió un movimiento rápido y decisivo hacia la época de alto consumo en masa. Sus dirigentes —y, en cierto sentido, sus pue-

blos en conjunto— tenían fijos los ojos en un retorno a la normalidad, que definían en relación con los recuerdos del mundo existente antes de 1914. La lentitud resultante —cierta sensación de mengua en los poderes acompañada de problemas y conflictos internos perturbadores— contribuyó (nada más) al grave fracaso diplomático que representó no poder detener, con bastante anticipación, las agresiones alemana y japonesa.

En el Japón, como en Alemania, la más poderosa oposición no provenía de los políticos, relativamente pacifistas, con tendencias occidentales, de la década de los veinte, decididos a hacer entrar al Japón en la época de alto consumo en masa, sino de hombres cuyas raigambres y ambiciones políticas llegan hasta los orígenes de la modernización japonesa fundada en un nacionalismo reactivado, lleno de esperanzas y temores. Y así fue como tomaron la decisión y se lanzaron a la aventura bélica, cuando la depresión llegó derribando el endeble sistema internacional reconstruido por el Tratado de Versalles y dejando a cada nación atendida a sus propios recursos, líneas de política y herencias.

Algo por el estilo puede decirse en cuanto respecta a la decisión de Stalin, tomada en forma definitiva probablemente a fines de 1945 o principios de 1946. Al fin de la segunda Guerra Mundial existían muy grandes esperanzas, tanto dentro como fuera de la sociedad soviética, de que Rusia, al sobrevivir a la destrucción y surgir como una gran potencia —habiendo tenido, al fin, buen desempeño su pueblo y su gobierno en una gran tradición nacional— dedicaría sus recursos y su atención fundamentalmente a la reconstrucción y al bienestar de los pueblos rusos, acatando el concepto de la unidad de los Tres Grandes que, con evidente buena fe, le fue ofrecido durante la guerra e inmediatamente después de su terminación. Nuevamente, en este caso, las distracciones de los Estados Unidos y del Occidente en sus propios asuntos internos —que llevaron, por ejemplo, a un desarme hecho sin ton ni son y a la creación de un vacío en Europa oriental— combinadas con obvias oportunidades para el comunismo en China, resultaron ser una tentación demasiado grande. En los años inmediatos de la posguerra el mundo ofrecía un ambiente extraordinariamente atractivo para la expansión soviética.

¿Pero qué podemos decir acerca del lado de la demanda de la ecuación? ¿Por qué causa Stalin —como los alemanes y los japoneses antes que él— no decidió, como objetivo primordial, dedicarse a

la consecución del bienestar nacional? ¿Por qué no hizo a un lado la tentación a extender unilateralmente el poderío soviético? Debemos, de nuevo, observar retrospectivamente el nacionalismo reactivado que ayudó a crear la Rusia moderna, que se encontró entrelazado con imperativos particulares de ideología comunista y de política interna; problema que se considera en el capítulo x. Es evidente —como una sencilla realidad— que Stalin, durante los años de la posguerra, no estaba preparado para aceptar y hacer frente a las consecuencias internas de la época de alto consumo en masa. Concedió gran prioridad a la expansión del poderío soviético en el ámbito mundial.

Las etapas de crecimiento sí arrojan, entonces, cierta luz —aunque no pretenden explicarlas plenamente— sobre las luchas de las grandes potencias en el siglo xx. Pero, después de todo, ésa es una de las conclusiones principales de este libro, o sea, que las fuerzas y los motivos económicos no constituyen una determinante exclusiva y preponderante del curso de la historia.

Por tanto, nuestro interés aquí más bien es reducido. Trata de poner de manifiesto que, en el punto en que las grandes luchas por el poder del siglo xx tienen una base económica, dicho fundamento no estriba ni en el imperialismo ni en las exigencias provenientes de una supuesta fase monopólica del capitalismo; ni siquiera que dicha base radique en una competencia oligopólica automática por la posesión de colonias: depende de los contornos de la zona de influencia eurasiática, en la medida en que están determinados por las etapas relativas de crecimiento y de poderío militar. Y, de manera muy particular, estriba en las tentaciones y temores de ciertas nuevas potencias maduras respecto a sociedades en periodo de transición que se encuentran muy cerca de Europa oriental y de China, sociedades que fueron quedando rezagadas en la serie de impulsos iniciales que se pusieron en marcha, aproximadamente, en el tercer cuarto del siglo xix y que destruyeron el mundo existente en 1815 y en los años posteriores.

La fase siguiente: las armas nucleares y una nueva extensión de la industrialización

Puede parecer extraño que este análisis se interrumpa en 1951. Como lo puede revelar cualquier periódico cotidiano, la lucha entre el mundo comunista y el Occidente de ningún modo terminó con la tregua de Corea. No obstante, a principios de la década de los cincuenta hubo un

momento que hizo cambiar la naturaleza de la contienda debido, por una parte, al desarrollo y aparición de nuevos tipos de armas, especialmente la bomba H; y, por otra, al cúmulo de implicaciones consecuentes al proceso del crecimiento en muchas partes del mundo.

Así, pues, es probable que los historiadores reconozcan la existencia de un punto culminante en los primeros años de la década de los cincuenta que establece una división radical entre los primeros seis años de las posguerra y los problemas y acontecimientos que han seguido después.

Sea como fuere, en el capítulo IX volvemos a examinar los problemas y perspectivas que debemos encarar ahora que el hombre ha logrado ejercer control sobre su ambiente físico, al punto de que se considera técnicamente posible la destrucción de la vida organizada en el planeta, en un marco en el que las etapas de crecimiento no solamente avanzan en la mitad septentrional del globo terráqueo, cuyos hechos dominan la historia de los últimos dos siglos, sino también en la mitad austral del mismo, así como en China.

LAS ETAPAS RELATIVAS DE CRECIMIENTO Y EL PROBLEMA DE LA PAZ

Dejamos en este capítulo el mundo relativamente seguro de la historia para examinar las implicaciones que reserva para el futuro la marcha progresiva del interés compuesto en las diversas partes del mundo cuando se combina con un hecho no totalmente inconexo; es decir, a la existencia de armas modernas de destrucción en masa. Y como, en relación con las etapas de crecimiento, hemos expuesto en qué posición se encuentran las naciones y hacia dónde parecen dirigirse, indicaremos brevemente y en términos generales de qué manera podríamos tratar de resolver nuestro gran problema común —el problema de una paz segura y razonablemente estable.

La revolución de los armamentos

Veamos, en primer lugar, lo relativo a las armas, lo que han hecho y lo que están haciendo en la competencia por el poder mundial.

Hay un cuento en relación con una comunidad negra norteamericana, situada en una región agrícola del sur, que se encontraba acosada por la sequía. Finalmente, bajo la guía de su pastor, se entregaron a la oración. Rezaron por algún tiempo, pero el sol continuaba brillando con deslumbradora crueldad; los tallos de maíz no crecían y empezaban a marchitarse en los bordes, y se multiplicaban los crujidos de la tierra reseca. Y, entonces, por fin llovió. Al principio se maravillaron del milagro y se sentían agradecidos. Pero a medida que la lluvia persistía durante días y noches y comenzó a deslavar y arrastrar las plantas enanas, empezaron a intranquilizarse; hasta que el pastor, sintiendo cierta responsabilidad, reanudó su monólogo: "Señor —dijo—, sufríamos por la sequía; hemos rezado; y suplicamos que lloviera. Pero lo que nos has dado es completamente ridículo."

Para los Estados Unidos y sus aliados en la segunda Guerra Mundial, obsesionados desde 1939 por la certeza de que en algún lugar de Alemania se encontraban todas las claves científicas para la fabricación de armas atómicas, la realización común de las primeras armas atómicas fue, realmente, providencial. Mas esta expansión de la capacidad del hombre para manipular su medio ambiente —el logro

militar fundamental de la perspectiva de Newton, llevado a cabo por físicos no newtonianos— ha producido una situación militar que es, en verdad, completamente ridícula.

Por una parte, la Unión Soviética, los Estados Unidos y la Gran Bretaña, tienen en sus manos —y pronto estarán en las de Francia y otros países— instrumentos que en su poder destructivo sobrepasan, con mucho, a cualesquiera otros que se hayan hecho antes; pero ahora que el monopolio se ha roto, su empleo presenta el peligro de circunstancias críticas que destruirán tanto a los que los usen como a todos nosotros, si no hacemos algo en contra.

Desde un punto de vista técnico, en la actualidad, ha sido rota la proporcionalidad entre el potencial industrial y la fuerza militar utilizable —proporcionalidad que había existido aproximadamente durante siglo y medio—. Las capacidades destructivas de la ciencia y la tecnología han continuado aumentando a ritmo acelerado, pero la superficie del globo es fija en sus dimensiones y puede ser envuelta. De este modo, los poderes de la destrucción han pasado a la zona de la productividad marginal decreciente —o incluso, quizá a la de la productividad negativa—. Ciertamente es que las grandes potencias, o las que desean ejercer cierto grado de influencia en la silenciosa competencia estratégica de la carrera de las armas atómicas, continúan concentrando vastos recursos, en los que se incluyen una gran proporción de sus más escasos genios creadores, en la producción de armas, medios de ataque y medidas de defensa. Pero día a día son más reducidas las circunstancias en que pueden emplearse, racionalmente, estas armas. En efecto, a medida que se amplía el número de las potencias que poseen tales armas —al pasar del duopolio al oligopolio nuclear— aumenta la incertidumbre y el peligro provenientes de su misma existencia, completamente aparte del peligro de su utilización.

Como es natural, la delantera suficientemente grande de cualquier potencia para destruir, de un solo golpe, la capacidad de represalia de todas las demás haría del dominio del mundo —por lo que pudiera valer— un posible objetivo a corto plazo, si esa potencia decidiera comprometerse a correr los riesgos, ante Dios y ante los hombres, de iniciar un ataque de esa naturaleza (llamado con toda limpieza, en la literatura militar, un ataque de prioridad).¹ Se hacen grandes es-

¹ Hablando en rigor, en la literatura militar soviética, por ejemplo, se lanzará un ataque de prioridad únicamente cuando se juzgue que el bando contrario se prepara para iniciar una guerra mayor, pero todavía no ha asestado su golpe inicial. Pero cuando

fuerzos y se emplean muchos recursos en el mundo occidental para evitar brindarle esa terrible tentación a Moscú. Y este esfuerzo está justificado del todo: en mi opinión todavía no es suficientemente grande.

Pero, aparte de la lógica de la disuasión, casi parecería que se le ha jugado al hombre una broma cósmica: se le ha permitido crear armas que concentran un poder tremendo en manos de unas cuantas sociedades técnicamente maduras; pero el efecto neto es el de reducir, más bien que incrementar, la capacidad de estas sociedades favorecidas para emplear racionalmente la fuerza militar.

Cualquiera que sea la naturaleza y el origen de la paradoja, el hecho es que en la actualidad las políticas militares y exteriores de las potencias principales son dirigidas en dos niveles distintos y sólo ligeramente relacionados: uno es el nivel de la disuasión mutua, de la frustración recíproca por la posesión de armas de destrucción en masa; el otro es el nivel más sutil de la diplomacia, de la política económica y de las armas convencionales de categoría inferior, nivel en el que se incluyen los principales asuntos del mundo.² En esta pugna más delicada las potencias principales actúan día a día bajo grandes restricciones en vista a las potencias cuyo poderío militar no se aproxima en modo alguno al suyo.

Haciendo a un lado la carrera armamentista entre los gigantes industriales —la que llena nuestra imaginación con escenas de un mundo bipolar o simplemente oligopólico— la realidad es que el poder efectivo se ha ido difundiéndose rápidamente desde 1945. La paradoja de las armas atómicas ha permitido a las potencias menores ciertos grados de libertad de negociación, que no habrían tenido si el poderío militar no hubiera dado un salto técnico tan violento y discontinuo.

son dos potencias las que están emparejadas en las posibilidades de lanzar un ataque de prioridad, son bastante evidentes las probabilidades de que se desarrolle una tensión que llegue a culminar en la iniciación de una gran guerra. Además, los preparativos para un ataque de prioridad también servirían para que Moscú desencadenara un ataque, si se llegara a convencer de que era suficientemente grande su superioridad en armamentos, medios de ataque y medidas de defensa, para justificar racionalmente el principio de un golpe decisivo.

² Los dos niveles de actividad se encuentran unidos por el método del *chantage* nuclear, en el que se recuerda la amenaza nuclear a fin de reforzar una acción en la que se emplean armas de menor poder destructivo; por ejemplo, las amenazas soviéticas en el conflicto de las crisis del canal de Suez, el Líbano y Berlín durante el periodo de 1956 a 1959.

Tito comenzó a sacar buen partido de esta paradoja, en cierto sentido, con su afortunado reto a Stalin de 1948; pero en diferentes formas y en ocasión de distintas disputas Nehru, Nasser, Ben-Gurion, Adenauer y otros muchos han encontrado los medios de explotar esta paradoja dentro del mundo no comunista; y Mao, Gomulka y Tito lo han hecho dentro del boque comunista. Pero las potencias menores no siempre pueden salir bien libradas, como lo descubrieron los jóvenes húngaros en Budapest en los meses de octubre y noviembre de 1956; aunque no fueron derrotados con armas atómicas. Fueron vencidos en una acción de policía, por medio de un tipo de combate sumamente cruento, mediante tanques e infantería, en una victoria por la que tuvo que pagar Moscú un alto precio en el otro aspecto de la lucha; es decir, en la contienda no militar de la diplomacia y la ideología.

En resumen, sociedades que todavía están en el periodo de las condiciones previas, como Egipto, o en las primeras etapas del impulso inicial, como la India, China y Yugoslavia se han visto capaces de comportarse en la diplomacia mundial al parejo de las potencias principales en un número importante de puntos a discusión —no en todos, pero sí en un número importante—, y esto se debe a la índole paradójica de las nuevas armas y a la difusión del poder efectivo a que han dado lugar, en el escenario del empate nuclear.

La difusión del poder a largo plazo

Lo que podemos observar en la última década es anuncio de una tendencia a largo plazo, pues durante el periodo más largo, la difusión del poder adquirirá una base más firme aún que la repercusión paradójica de los nuevos armamentos.

Así como el progreso de las etapas de crecimiento en la segunda mitad del siglo XIX estructuró el panorama mundial de la primera mitad del siglo XX —haciendo intervenir al Japón, Rusia, Alemania, Francia y los Estados Unidos en la liza como potencias mayores—, así las sucesiones de cambio, hace tiempo en acción y haciendo acopio de ímpetus en los años posteriores a 1945, están determinando el panorama mundial, algo diferente, que ahora comienza a vivir.

El hecho central, pues, en relación con el porvenir del poder mundial consiste en la aceleración del periodo de condiciones previas o de los comienzos del impulso inicial en la mitad sur del mundo: la parte

suroriental de Asia, el Mesoriente, África y América Latina. Además, zonas de importancia básica en Europa oriental (principalmente Yugoslavia y Polonia) y, naturalmente, China, se están robusteciendo a medida que ocurren sus impulsos iniciales y, aun cuando todavía permanecen vulnerables a la conquista y ocupación militares (como, por ejemplo, la madura Dinamarca), han perdido o están perdiendo su antigua naturaleza absorbente de sociedades que, en torpe transición, pasan de una posición tradicional a una moderna de *status* en crecimiento normal. Ya no existe la palestra en la que se libraron la primera y segunda Guerras Mundiales, así como la primera fase de la guerra fría.

Expuesto en forma más precisa, puede decirse que han comenzado los impulsos iniciales de China e India. Y Pakistán, Egipto, Irak, Indonesia y otros estados, probablemente, se encuentran a menos de una década de atraso —o, cuando menos, a no mucho más, dadas las intensas presiones que para modernizarlos actúan dentro de sus sociedades.

Y en América Latina ha sido completado el impulso inicial en dos casos principales (México y la Argentina); y se encuentra en marcha en otros, por ejemplo, en el Brasil y Venezuela.

En suma, puede decirse con bastante confianza que dentro de unos sesenta años el mundo contendrá muchas naciones nuevas que habrán alcanzado la madurez. Probablemente no sean ricas en términos de consumo por persona, tal vez no estén preparadas todavía para fines de siglo a ingresar en la época de alto consumo en masa, pero tendrán la capacidad suficiente para aplicar a sus recursos todas las ventajas que les brinden la ciencia y la tecnología modernas de esa época.

A fin de presentar esta idea en forma aun más estricta y concreta, parece bastante razonable predecir que para el año 2000 ó 2010 —y puede no estar tan lejana— la India y China serán, con una población de cerca de dos mil millones de almas y, de acuerdo con nuestro sentir, potencias maduras. Es posible que no estén preparadas para la época del automóvil para todos, y de ninguna manera podría asegurarse que para entonces el comunismo dominará a China y la democracia a la India. En los años y décadas futuras China y la India tendrán que hacer frente a muchas vicisitudes y opciones difíciles. Pero es bastante evidente que el interés compuesto del desarrollo ha empezado a formar parte integrante de esas dos voluminosas sociedades y unas

tres generaciones de un ambiente de crecimiento deben producir la madurez —quizá en menor tiempo, si China mantiene la conscripción obligatoria y resuelve el problema de los alimentos.

Por supuesto, el interés compuesto seguirá obrando en las sociedades que ya han alcanzado o han pasado más allá de la madurez. Casi con seguridad aumentarán sus productos nacionales brutos —a menos que opten radicalmente por la ociosidad— y si continúa la carrera de armamentos, se incrementará su maestría en la producción de armas modernas. Pero mientras se mantenga la situación de empate militar, es probable que sea poco lo que este proceso pueda agregar a su capacidad para el empleo racional de su fuerza militar. Entretanto, a menos que se implante un sistema efectivo para el control de los armamentos, es probable que, en una u otra forma, las potencias más recientes adquieran capacidad suficiente en armas atómicas para que les permitan entrar a complicar la competencia estratégica de la carrera de armamentos y, dentro de las limitaciones impuestas por ésta, estarán en posición de hacer valer sus intereses con mayor efectividad.

Claro está que puede producirse cierto incremento en la fuerza a emplearse racionalmente, a medida que se desarrollan posibilidades de guerra limitada y que los adversarios tratan de encontrar reglas de derecho consuetudinario que permitan ciertos choques armados, sin que lleguen a degenerar en un indeseable intercambio de ataques nucleares globales. Pero es probable que el uso de la fuerza por las grandes potencias industriales sólo permanezca racional en corta escala mientras cada bando crea poder escudarse en una gran capacidad ofensiva contra un ataque nuclear súbito y decisivo. Y es posible que, fuera de las necesidades de la política de seguridad, se encauce hacia el consumo el volumen del incremento en la producción, aun en los estados que actualmente son comunistas.

Así, pues, la perspectiva más probable —descartando tanto una gran guerra como la organización de un sistema efectivo de control de armamentos— es que los estados industriales más recientes reduzcan la diferencia entre sus propias capacidades militares y las de las potencias industriales existentes.

El hecho esencial al que todas las naciones, en previsión, deben adaptar sus lineamientos políticos consiste en la probabilidad de que se ensanche la zona de influencia hasta llegar a convertirse, por primera vez en la historia, en verdaderamente global, y de que, dentro

de ella, aumentarán los centros de poder efectivo. La imagen de un mundo bipolar en el que, fuera de Washington y Moscú, todos son espectadores es inadecuada actualmente, y será más inexacta con el transcurso del tiempo. Aunque todavía estamos aprisionados en una carrera de armamentos esencialmente bilateral, nos acercamos en realidad a una época de poder difundido, en la cual perderá su realidad la imagen de la hegemonía eurasiática —seductora y terrible— y el dominio del mundo se convertirá, cada vez más, en un objetivo quimérico —suponiendo, siempre, el mantenimiento de una situación de empate nuclear.

El problema de la paz

He aquí el escenario en el cual debe confrontarse el problema de la paz. Desde el punto de vista técnico, el problema de la paz consiste en la implantación de un sistema de control e inspección de armas, de acuerdo con un convenio de nivel de armamentos, que ofrecería a todas las potencias mayor seguridad de la que actualmente les proporciona una carrera armamentista basada en la disuasión recíproca. Dada la naturaleza de las armas modernas y de las oportunidades para su ocultación, tal control exigiría que todas las sociedades fueran accesibles a los inspectores, los que, de hecho, gozarían de los privilegios de los auditores bancarios: es decir, que podrían ir a cualquier parte, en cualquier momento y sin previo aviso.

La presencia de un conjunto de inspectores móviles susceptibles de ser conocidos (respaldados por una sobrevigilancia aérea mutua, libre) de ninguna manera podría garantizar que no se retuviera arma atómica alguna, en contra de lo convenido, no podría garantizar en lo absoluto que no se pudiera preparar un ataque por sorpresa, pero sí podría producir una situación muchísimo menos peligrosa que la que vivimos ahora día tras día.

Además, a pesar de sus sinceras y bien fundadas dudas y preocupaciones, los gobiernos de los Estados Unidos y del mundo occidental en su totalidad aceptarían una alteración tan drástica de su soberanía nacional si estuvieran convencidos de que los privilegios de la inspección dentro del bloque comunista eran *bona fide*.

Por último, es bastante evidente que si la política soviética estuviera regida únicamente por criterios de interés nacional, similares a los que dirigen la política de los Estados Unidos y el Occidente, un convenio de esa naturaleza podría llevarse a cabo ahora.

El interés nacional ruso

¿Por qué razón debe ingresar Rusia a un sistema efectivo de control de armamentos, basado en motivos nacionales?

¿Cuál es la perspectiva de Rusia al no haber logrado, en la inmediata coyuntura posbélica, que el estado de confusión de Europa y Asia se convirtiera en una rápida hegemonía eurasiática para el comunismo dominado desde Moscú y al descartar un súbito y afortunado ataque nuclear, basado en el logro de capacidades técnicas radicalmente superiores? Para Rusia la perspectiva consiste en ver entrar en el panorama mundial a nuevas grandes naciones que no puede controlar. Además, a medida que se expanden las capacidades para adquirir armas atómicas, estas naciones nuevas estarán en situación de realizar actos que podrían precipitar una guerra desastrosa para los intereses rusos. El interés nacional ruso fundamental, con respecto a las nuevas armas y a la entrada en la madurez de nuevas naciones, es un interés defensivo, esencialmente similar al de los Estados Unidos, Europa occidental y el Japón.

La gran alternativa que se le presenta a Rusia, en este momento de la historia, cuando comparte con los Estados Unidos y la Gran Bretaña la categoría de gran potencia nuclear, entre las naciones más antiguas del Norte, es la de crear un sistema efectivo de control de armamentos y concentrar sus esfuerzos, junto con los de los demás, en hacer funcionar el sistema. El objetivo común consistiría en hacer firme y seguro el sistema de control de armamentos durante las próximas décadas, de modo que, a medida que estas sólidas naciones nuevas —China y las del Sur— lleguen a la madurez, se incorporen a un mundo de política ordenada y no a uno en el que persista la lucha por el poder mediante armas que produzcan la destrucción en grandes masas como uno de sus elementos. En vista de que una nueva serie de impulsos iniciales han causado la difusión del poder, el interés nacional ruso se acerca más al de los Estados Unidos y el Occidente. La vieja pugna eurasiática, basada en la vulnerabilidad a la invasión de la parte oriental de Europa y de China, durante sus periodos de condiciones previas, forma ya parte del pasado.

Es evidente que existe ya en Moscú cierta percepción de este problema. Se puede advertir, ciertamente, en el hincapié puesto en la necesidad de dar fin a las pruebas de la bomba H que, de hecho, congelarían la capacidad de las armas atómicas, dejándola, más o

menos, donde está. Mas no puede sostenerse este punto de vista a menos que vaya seguido de inmediato por algo efectivo: un sistema internacional para un verdadero control de los armamentos. Presentado en otra forma, podemos decir que no es probable que las potencias más recientes (China, por ejemplo) y algunas de las más antiguas (Francia, Alemania y el Japón) permitan que la capacidad de armamentos se limite a los Tres Grandes, en tanto que continúa la guerra fría con sus antiguas características, sólo que sin las pruebas de la bomba H.

En resumen, no representa una alternativa apegada a la realidad imaginar un mundo continuo, bilateral o trilateral, de potencias atómicas que bloquean a las demás, pero que siguen el juego competitivo de la guerra fría; ni tampoco constituye una opción práctica concebir un mundo controlado por Washington, Moscú o por ambos. Pero las grandes potencias actuales sí tienen una alternativa práctica: está a su alcance fijar las condiciones y preparar el medio en el que se difundirá el poder a medida que las naciones pasen de su impulso inicial a la madurez; mas éste es el límite histórico de su poder, salvo, por supuesto, el de hacer estallar a todo el mundo.

La difusión del poder puede hacerse relativamente segura o muy peligrosa; pero no puede evitarse. El proceso del crecimiento y las etapas por las que atraviesan actualmente varias naciones excluyen igualmente la idea de un siglo norteamericano, alemán, japonés o ruso.

La política racional para una Rusia nacionalista sería, por tanto, emplear esta oportunidad para unirse a los Estados Unidos en la imposición a uno y otro, y al mundo, de lo único que el mundo aceptaría de las dos grandes potencias, es decir, un sistema internacional para el control efectivo de los armamentos.

Consideraciones de esta índole deben haber dado forma a la peroración del presidente Eisenhower —evidentemente refiriéndose a Moscú— ante la Asamblea de las Naciones Unidas, durante el debate sobre el Mesoriental del 13 de agosto de 1958:

Cuando observo esta Asamblea, en donde muchos de ustedes representan nuevas naciones, hay un pensamiento que me impresiona sobre todos los demás. El mundo que se está reedificando en nuestro planeta va a ser un mundo de muchas naciones maduras. A medida que una tras otra de estas naciones cruzan el difícil periodo de transición hacia la modernización y aprenden los métodos de crecimiento, nuevos niveles de productividad y de prosperidad surgirán como consecuencia de estos afanes.

Este mundo de naciones individuales no va a ser controlado por una potencia cualquiera o por un grupo de potencias. No va a ser entregado a una ideología cualquiera. Les ruego que me crean cuando digo que el sueño de la dominación mundial por una potencia cualquiera, o la conformidad del mundo, es una quimera imposible. La naturaleza de las armas actuales, la índole de las comunicaciones modernas y el círculo cada vez más amplio de nuevas naciones pone de manifiesto que, a la postre, debemos ser una comunidad mundial de sociedades abiertas. Y el concepto de la sociedad abierta constituye la clave para la realización de un sistema de control de armamentos en el que todos podamos confiar.

Problemas de Moscú para la aceptación

Mas la aceptación de algunas de dichas proposiciones significa que Moscú tendría que abandonar la idea del dominio mundial y aceptar una posición legal expresa de gran Estado nación responsable en un mundo de estados naciones poderosos, de los que todos han abandonado, en gran parte, el derecho a matar a otros pueblos al perseguir el interés nacional.

Para Moscú es en extremo difícil obrar de acuerdo con esta percepción en cuanto a la difusión del poder —aunque es probable que esté propagándose entre los rusos— porque en dos aspectos fundamentales la política soviética no está determinada por los criterios convencionales del interés nacional.

Primero, el gobierno soviético, en lo exterior, está entregado a esforzarse en el sentido de lograr la hegemonía mundial para el comunismo. En efecto, desde poco después de la Revolución de Noviembre, esto se ha interpretado funcionalmente como un esfuerzo para elevar al máximo el poder efectivo ejercido desde Moscú, más que como simple término ideológico. No fue Tito el primer comunista en descubrir que cuando existiera antagonismo entre el grado de autoridad ejercido por Moscú y la propagación del comunismo como ideología, Moscú optaría por la primera.

Dicho de otro modo, si el problema fuera sencillamente de una entrega exterior de Moscú al comunismo, no sería demasiado difícil resolverlo por medio de la aceptación *de facto* del *status* nacional para la Unión Soviética acompañada por el mantenimiento de la retórica del culto antiguo de la dominación mundial. La retórica de una nación puede persistir durante mucho tiempo con sus características familiares, acogedoras, de música de fondo, después de haber perdido su nexos con la realidad.

Segundo, la magnitud nacional del problema es la que lo hace tan penetrante y grave para Rusia y para el mundo. La aceptación del *status* nacional convencional, dentro de un sistema efectivo de control de armamentos, no sólo exigiría un mero cambio en las relaciones de Rusia con el mundo, sino también modificaciones básicas y revolucionarias en la relación del Estado ruso con los pueblos rusos.

Desde hace cuarenta años a la fecha se les ha imbuido a los hombres en Rusia que por designio de las leyes inmutables de la historia, el mundo exterior les es implacablemente hostil y que, por tanto, debe ser definitivamente conquistado; se les ha dicho que esta lucha ineludible justifica y exige, en grado sumo, un control de policía secreta dentro de la Unión Soviética, y que esta inevitable contienda requiere asignaciones extraordinariamente grandes para la inversión y para las finalidades militares. En estas tres proposiciones —hostilidad exterior, control interno por medio de un Estado-policía y austeridad— se ha basado, durante dos generaciones, la totalidad de la política soviética, las instituciones del Estado soviético y, también, su economía política. Si se llegara a implantar dentro del bloque soviético un sistema efectivo en el control de los armamentos se destrozaría cada una de ellas.

¿Y por qué ha de ser así? Porque un sistema de control efectivo de las armas crearía, en realidad, una sociedad abierta en Rusia. ¿Cómo podría justificarse el Estado-policía —cuya razón de ser descansa hasta ahora en el supuesto de la existencia de espías y saboteadores extranjeros— cuando los pueblos rusos se enteraran de que la seguridad rusa se apoyaba en el intercambio de hombres que disfrutaban de privilegios de auditores bancarios y que los occidentales podían aparecer en cualquier momento, ir a cualquier parte, en toda la extensión de Rusia, sin previo aviso a los funcionarios rusos? ¿Y de qué manera podría evitar Rusia el advenimiento de la época de bienes y servicios duraderos de consumo si, más o menos, el 20% del PNB —que se invierte actualmente en el presupuesto militar soviético— fuera liberado de las erogaciones militares y se empleara en los gastos civiles? En resumen, se quebrantaría la causa de la hostilidad, la policía secreta y la austeridad y, si se instalara un sistema para el control efectivo de las armas, sería abrumadora la causa en pro de la democracia y el bienestar.

Esta serie de consecuencias convergentes revolucionarias para el gobierno interno soviético, es la que hace tan difícil el problema de la

paz, ya que, si las elasticidades-precio y las elasticidades-ingreso de la demanda rusa resultan similares a las de los Estados Unidos y Europa occidental, es evidente que la sociedad abierta y la época de alto consumo en masa, implícitas en el control efectivo de armamentos, exigirían modificaciones drásticas de tal naturaleza, en los conceptos e instituciones de la Unión Soviética, que los políticos en funciones harían todo lo posible por impedirlos.

En el momento actual la Unión Soviética es una sociedad técnicamente preparada para ingresar a la época del alto consumo en masa; estructuralmente lista en relación con las habilidades y educación de sus fuerzas de trabajo; dispuesta y ávida en el aspecto psicológico, como lo ponen de manifiesto la literatura, la política y, en realidad, las tendencias de la economía soviética, en la que ya comienzan a hacerse sentir las demandas de alojamientos y de bienes duraderos de consumo; pero el régimen se esfuerza por contener la represa de la demanda, a fin de controlar el volumen del incremento anual del ingreso para emplearlo en sus propósitos militares y de inversiones.

En relación con las etapas de crecimiento, Rusia es una nación que trata de convertir su madurez en primacía mundial, aplazando o desalentando el advenimiento de la época del alto consumo en masa. Pero lo hace así debido a que el comunismo constituye una forma curiosa de sociedad moderna sólo apropiada para el lado de la oferta del problema del crecimiento: quizá para el impulso inicial, aunque esto todavía está por demostrarse, dadas las dificultades inherentes del comunismo en la agricultura y no porque todas las perspectivas de una victoria transitoria sobre el Occidente sean halagüeñas, ni a causa de que no pudiera garantizarse la seguridad rusa con mayor efectividad y a menor costo, ni tampoco porque convenga al interés ruso continuar la carrera de armamentos —pues el caso es todo lo contrario—. Ciertamente, una vez afianzados sus controles sobre una sociedad, puede llevarla del impulso inicial hacia la madurez industrial —como lo demostró Stalin—. Mas es probable que en su esencia, el comunismo decaiga en la época del alto consumo en masa y, casi con seguridad, que tal cosa la comprendan bien en Moscú.

La gran tarea de la persuasión

¿Cómo vamos entonces a persuadir a los rusos para que se encaren al hecho de la difusión del poder en el escenario mundial? ¿Cómo

hacerlos aceptar las consecuencias de la paz y de la época de grandes consumos, para que puedan avanzar, junto con el resto de la raza humana, en la gran lucha por encontrar nuevos límites pacíficos a las experiencias de la humanidad? Los que pertenecemos al mundo no comunista debemos demostrar esencialmente tres cosas.

Debemos demostrarles que no les permitiremos que se adelanten lo suficiente para hacer racional una resolución militar transitoria.

Debemos demostrar que las naciones subdesarrolladas —que ahora constituyen el foco principal de las esperanzas comunistas— pueden pasar, con buen éxito, a través del periodo de condiciones previas a un impulso inicial bien establecido dentro de la órbita del mundo democrático, resistiendo a los halagos y tentaciones del comunismo. Yo creo que en el programa del mundo occidental éste es el renglón aislado de máxima importancia.

Y debemos demostrar a los rusos que existe en el ámbito mundial una alternativa interesante y vital, ya sea una carrera armamentista o la rendición incondicional.

Pero la gran tarea de la persuasión tiene una dimensión adicional: el tiempo. Pues, los rusos, por sí mismos, deben resolver este inquisitivo problema de la transformación y para ello necesitarán tiempo. El resto del mundo puede allanarles este problema, y no ponerles dificultades, mediante la creación de un ambiente que excluya la solución, aparentemente económica, de una victoria militar o política, y mediante la articulación convincente de una visión suficientemente exacta del punto al que deseáramos llegar todos, a fin de que los rusos puedan considerar con tranquilidad sus ventajas en contra del costo de un sistema de control de armamentos. Mas los rusos necesitarán tiempo para aceptar y asimilar las implicaciones de este mundo nuevo de poder difundido. Requerirá tiempo para que los rusos admitan que su único destino racional es el de unirse a las grandes potencias maduras del Norte, en un esfuerzo común para garantizar que no acontecerá un desastre mundial cuando lleguen a la madurez la zona sur del mundo y China, como sucedió en épocas anteriores cuando lograron su madurez el Japón, Alemania y Rusia; pues con las armas nucleares ya no podrá recurrirse, con seguridad, al antiguo desenfreno nacionalista —¿qué tan lejos se puede llegar, cuando se alcanza la madurez, para lograr el poder mundial?— del deporte practicado por el Kaiser, Hitler, los militaristas japoneses y Stalin.

De manera específica, es probable que funcionará en Rusia la di-

námica de Buddenbrook, si se le da tiempo y si el Occidente sigue una política vigorosa que haga irrealizables las irreales políticas expansionistas soviéticas—sean fuertes, suaves o una mezcla de ambas—. Recuérdese cómo creó y sostuvo Stalin una generación de técnicos modernos a fin de sustituir a los antiguos bolcheviques cuya habilidad en la dialéctica y en la política de la conspiración ya no se adaptaba a la época rusa del acero, las máquinas-herramienta y los ejércitos modernos. Los cuadros de la década de los treinta—segunda generación soviética—son actualmente, o pronto serán, los hombres que “decidan todo”; pero sus hijos—que dan por sentado un sistema industrial moderno—están tratando de obtener cosas que no puede ofrecer la sociedad madura creada por Stalin. ¿Qué podemos descubrir agitándose en el seno de la sociedad soviética? Una afirmación creciente del derecho individual a la dignidad y a la vida privada; una afirmación en aumento de la dignidad de Rusia—como nación y como cultura nacional—en el panorama mundial; una creciente afirmación en su disposición para disfrutar mayores niveles de consumo, no en algún tiempo futuro, sino ahora mismo; una mayor apreciación de la forma en que la ciencia moderna ha cambiado el problema del poder, incluyendo a ciertas antiguas máximas militares, conservadas como un tesoro, tanto de origen ruso como comunista.

Estas tendencias que, en términos generales, impulsan a Rusia a seguir las trayectorias de nacionalismo y bienestar que se necesitan para poner en marcha la gran tarea de la persuasión, todavía no han triunfado, ciertamente, ni en la sociedad ni en la política soviéticas. Además, no hay razón alguna para creer que estas propensiones subordinadas obrarán automáticamente por sí mismas, de una manera fácil y pacífica. Por otra parte, debemos estar al tanto de que la dinámica de las generaciones dentro de la sociedad soviética—y principalmente de las inclinaciones de la primera generación después de la madurez—, combinada con la difusión del poder en el ambiente mundial podrían resolver con el tiempo el problema de la paz si el Occidente cumple con su cometido.

Los tipos de argumentos actualmente en disputa, en la larga trayectoria del pasado, han llevado normalmente a la guerra; especialmente, a una confusión de problemas tanto ideológicos como de poder. Por lo general, los hombres siempre han preferido seguir tal y como se han acostumbrado, antes que cambiar su modo de pensar o de considerar el mundo. No existen razones para ver el porvenir

con halagüeño optimismo, pero cuando se combina con el funcionamiento de la dinámica de Buddenbrook, la existencia de nuevas armas y la sucesión de impulsos iniciales en Asia, Mesorienté, África y América Latina, nos puede permitir, al fin, el imponer a Rusia perspectivas que, a la postre, se juzguen aún más peligrosas que la aceptación de la época del automóvil para el pueblo, la casa suburbana para una sola familia y la libre inspección recíproca.

Así, pues, el concepto de las etapas de crecimiento clasifica algo el aspecto del futuro y el problema de la paz. Ayuda a prepararnos mentalmente—y deseáramos que orientara también las políticas de nuestras naciones—para el mundo del poder difundido en el que entraremos, y en el cual, hasta cierto punto, se nos ha empujado prematuramente por el hecho paradójico de las nuevas armas. Sirve para dar una dimensión cronológica aproximada de la entrada de China y de las naciones del Sur a la madurez; es decir, si se conviene en que muchas de las naciones nuevas que todavía no han ingresado en la fase inicial—excepto África—es probable que lo hagan dentro de una década, más o menos. Aclara, en cierto modo, la naturaleza del difícil problema que para Moscú representa la aceptación de la difusión del poder en el extranjero y de la admisión, dentro del país, de la primacía del bienestar y del fin del Estado-policía. Y ayuda a definir los ámbitos de la esperanza, en el sentido completamente técnico que se desarrolló en el capítulo VII; es decir, podemos ver una posibilidad de fuerzas dentro de la sociedad soviética que podrán escoger un cotejo distinto entre las tres trayectorias principales que las capacidades de una economía han de seguir durante el periodo de la posmadurez: en este caso, se alejaría de la persecución del poder y estaría orientado hacia el aumento del consumo y al bienestar humano en su más amplio sentido.

Más allá de la paz

Naturalmente que ni la historia ni el peligro para la paz terminarán por el hecho de que la Unión Soviética acepte la época de bienes duraderos de consumo, aun cuando vaya acompañada por la admisión de un sistema efectivo de inspección internacional. Es muy cierto que las sociedades que se encuentran en el proceso de convertir el potencial industrial en satisfacción de los deseos de los consumidores y en la difusión, en extensa base, de los nuevos bienes y servicios, for-

men probablemente poderosas barreras contra la agresión y tengan mayor disposición para tolerar cierta mengua de la soberanía con tal de conservar un *statu quo* razonablemente conveniente. Pero es contrario al espíritu total de este análisis hacer una simple relación mecánica de esta naturaleza entre la paz y el alto consumo en masa. Éste es un análisis que no presenta imperativos rigurosos, sino opciones para los hombres.

Además, hay mucha historia más allá de la línea divisoria que todos tratamos de alcanzar. Por ejemplo, mencionemos dos grandes puntos a discusión aparte del control de armamentos: existirá, con seguridad, el problema de las relaciones entre el Norte y el Sur sobre una base mundial cuando todas las sociedades se hayan modernizado, lo que en muchos aspectos constituye un problema racial; y habrá el problema, no tan sencillo, de mantener un sistema de control de armamentos durante largo tiempo, una vez que se haya establecido.

Significado para Europa occidental de la difusión del poder

Digamos ahora algunas palabras acerca de un aspecto particular de este análisis: especialmente, de sus consecuencias para el *status* y el papel actual y futuro de la Gran Bretaña y, en realidad, del total de Europa occidental, en la competencia por el poder mundial.

En marzo de 1958 *Punch* publicó un poema que contenía estas líneas (cuya versión en español es, más o menos, la siguiente):

A tiempo que Inglaterra,
por divino mandato,
del más profundo océano surgía
se vislumbraba ya
en la mente de la NATO
el placer con que de nuevo la hundiría.

Mientras las grandes naciones
juegan a portarse mal
mirad la calma inglesa
bajo la oleada nuclear.³

Si el cuadro que se traza en este capítulo de las implicaciones para el futuro de las etapas de crecimiento es más o menos correcto, las inferencias que se derivan de este poema —y del humor que lo sus-

³ Paul Dehn, *Punch*, 19 de marzo de 1958.

tenta— son excesivamente pesimistas. Por supuesto, las “grandes naciones” pueden hacernos volar, realmente, en pedazos a todos nosotros; pero, en relación con las tareas que se necesita realizar en un mundo de poder difundido, existe un extenso campo de acción para que Inglaterra y Europa occidental desempeñen misiones de dignidad, iniciativa y responsabilidad. La carrera de armamentos tiende a desorientarnos respecto a lo que realmente sucede y a lo que necesariamente debe hacerse.

Por ejemplo, Inglaterra y Europa occidental poseen los recursos y el fondo de ayuda técnica suficientes para desempeñar un papel principal —y aun decisivo— para asegurar que las regiones subdesarrolladas del mundo no comunista pasen por el periodo de condiciones previas y a través del impulso inicial sin que sucumban a la forma peculiar e intratable de organización societaria moderna que se llama comunismo. Y la estructura de la Comunidad Británica brinda los cimientos y la norma sobre los cuales, con voluntad y recursos, puede edificarse la alternativa al colonialismo. No existe en el mundo razón alguna para que la Gran Bretaña, por ejemplo, no aparte su atención de las acciones prósperas y las compras a plazo para enfocarla, como empresa de mayor importancia, en lograr éxito en el Tercer Plan Quinquenal de la India, del que, en gran medida, depende funcionalmente el porvenir de la Comunidad Británica. De igual modo, Europa occidental debe desempeñar un gran papel en los aspectos más constructivos de la gran tarea de la persuasión —en el proceso de la iniciativa, el contacto y las negociaciones con el mundo comunista—. Y estas naciones pueden hacer aún —como lo está haciendo Inglaterra actualmente— una importante contribución militar en contra de la guerra, tanto nuclear como limitada.

Naturalmente, no habrá retorno a los anticuados imperios del tipo creado y edificado en la época anterior a 1914. Las sociedades tradicionales han ido demasiado lejos en los periodos de las condiciones previas y del impulso inicial para que eso sea posible. Por otro lado, si despejamos nuestras mentes de la idea ilusoria de que el poder total ha pasado, en cierto modo, de Europa occidental a Moscú y Washington; si observamos el mundo tal cual es, y tal como se va transformando; si consideramos sus posibilidades así como sus peligros, resulta evidente que pretendemos crear y organizar un mundo de potencias medianas que compartirán todos los secretos de la tecnología moderna. En realidad y actualmente, sólo en un número redu-

cido de problemas pueden conducirse Washington y Moscú en otra forma que no sea como potencias medianeras.

De acuerdo con este punto de vista, casi no hay razón para que exista nostalgia o compasión excesivas de sí misma por parte de Europa occidental. Y para todos nosotros, los que habitamos en la Pequeña Inglaterra, existe el peligro de que las políticas de la Pequeña Europa lleguen a producir este estado de ánimo; ya que, tanto Inglaterra como Europa occidental tienen una tarea de primerísima importancia a realizar a fin de producir el resultado que todos esperamos, que no se obtendrá ni se podrá obtener a menos que ambos lo lleven a cabo. Consiste la tarea en aislar estas nuevas amenazas para formular un nuevo orden del día y después separar un margen suficiente de los crecientes recursos de Europa occidental —a pesar de las exigencias de la época del alto consumo en masa— para hacer lo que debe hacerse y puede hacerse. Con algunas excepciones limitadas en la propia carrera de los armamentos, no hay contribución que los Estados Unidos deban hacer —y puedan hacerla— en pro del futuro del mundo y del suyo propio, que no pudieran aportar también Inglaterra y Europa occidental, por lo menos en escala proporcional.

Una lección ofrecen las etapas de crecimiento a los pueblos de Inglaterra y Europa occidental: que su destino se encuentra en sus propias manos casi en la misma proporción de siempre —o, por lo menos, en el mismo grado en que lo está para los demás pueblos del planeta.

Los impulsos iniciales, pasado y actualidad

El tema de este libro —y, en particular, el de este capítulo— ha supuesto hasta ahora que es conveniente, así como aproximadamente exacto, considerar el proceso de desarrollo actualmente en marcha en Asia, el Mesoriente, África y América Latina, como análogo a los periodos de condiciones previas y de impulso inicial de otras sociedades, ocurridos a fines de los siglos XVIII y XIX y a principios del siglo XX. Ahora es el momento de preguntar: ¿es justa esta analogía? O, expuesto de manera más particular, ¿cuáles son las similitudes, cuáles las diferencias y qué deducciones se pueden sacar de tales diferencias?

Similitudes

Las semejanzas son bastante directas. En relación con los sectores, podemos observar muchas normas y problemas que fueron conocidos en el pasado. Gran parte de las naciones subdesarrolladas de hoy, que se encuentran en la etapa de condiciones previas o en el comienzo del impulso inicial, deben asignar muchos de sus recursos a la construcción y modernización de tres sectores no industriales que se necesitan para formar el molde del crecimiento industrial: capital social fijo, agricultura y sectores que produzcan divisas extranjeras, cuya raíz consiste en la explotación mejorada de los recursos naturales. Además, deben comenzar por descubrir zonas de elaboraciones o manufacturas modernas en las que el empleo de la técnica moderna (combinado con grandes elasticidades-ingreso o elasticidades-precio de la demanda) permita tasas de crecimiento rápido con gran proporción de reinversión de utilidades.

Muchas se encuentran enfrentándose a problemas generales de formación de capital examinados en el capítulo IV, y en los que se considera la mecánica interna del impulso inicial. Deben buscar medios para derivar hacia el sector moderno los niveles de consumo excedentes, que hasta entonces habían estado esterilizados por las disposiciones que controlan la agricultura tradicional. Deben tratar de que se desplacen hombres de empresa de las actividades del comercio y los préstamos monetarios, a las actividades de la industria. Y para lograr estos fines deben aplicar normas de política fiscal, monetaria y otras (incluyendo las políticas educativas), similares a las que se desarrollaron y aplicaron en el pasado.

Además, los problemas de índole no económica de estas regiones conservan una semejanza con los del pasado que no es preciso forzar. En el plano de la política, con respecto a la modernización, podemos observar una gama de posiciones, que se extiende de los tradicionalistas recalcitrantes a los que se encuentran preparados para violentar el ritmo de la modernización a cualquier costo; y estas posiciones están en pugna recíproca. Más aún, en casi todos los casos se encuentra presente —vivamente presente— el problema del equilibrio de la expresión externa e interna de la ambición nacionalista. Existe, sobre todo, continuidad en la función del nacionalismo reactivado como motor de la modernización, ligado de manera efectiva, o por vías opuestas, con otros motivos para reestructurar la sociedad tradicionalista.

Y, en forma más estricta, el historiador conoce la lista contemporánea del cambio social necesario: la forma de convencer al campesino para que modifique sus métodos y cambie su producción a fin de abastecer mercados más amplios; la manera de crear un cuerpo de técnicos, capaces de manipular las técnicas nuevas; cómo formar un conjunto de empresarios con tendencias hacia el expansionamiento de la producción, bajo un régimen de cambio técnico y obsolescencia normales, y no hacia la obtención de grandes márgenes de utilidad dentro de los niveles existentes, técnicos y de producción; la manera de crear un servicio civil y militar profesional moderno, razonablemente satisfecho con sus sueldos, con orientación hacia el logro del bienestar de la nación y hacia normas de desempeño competente, más que al peculado o a los lazos de familia, de clan o de región.

Algunas diferencias relativas

Más también existen diferencias; algunas de ellas dificultan la tarea contemporánea de ingresar con buen éxito al impulso inicial, otras, la hacen más fácil que en el pasado.

La dificultad más grande proviene directamente de un hecho que también proporciona la ventaja común más trascendental; a saber, las regiones que se encuentran actualmente subdesarrolladas tienen a su disposición una enorme reserva tecnológica, en la cual se incluye la tecnología de la salubridad pública. La salubridad pública moderna y las técnicas médicas son muy eficaces y rápidas para reducir los índices de mortalidad, exigen gastos de capital proporcionalmente bajos y encuentran una oposición social y política relativamente pequeña. Por tanto, las tasas de incremento de población en las zonas actualmente subdesarrolladas son más altas que las que se obtenían, por lo general, en la etapa de condiciones previas en el pasado.

De acuerdo con los datos históricos, las tasas de incremento de la población fueron, generalmente, inferiores a 1.5% anual durante las décadas del impulso inicial. La de Francia fue tan baja como el 0.5%; las de Alemania, el Japón y Suecia, aproximadamente del 1%; en Inglaterra llegó a ser del 1.4% únicamente en las dos décadas anteriores a 1820. Constituyen grandes excepciones, los Estados Unidos, en el siglo XIX (más del 2.5%), y Rusia en el periodo anterior a 1914 (más del 1.5%); pero en ambos casos estas tasas se registraron en sociedades que estaban expandiendo rápidamente sus zonas de cultivo. Las tasas

globales por año de las principales regiones subdesarrolladas del mundo contemporáneo son, más o menos, las siguientes: América Latina, 2.5%; Asia del Sur, 1.5%; el Mesoriente, 2.3%; el Lejano Oriente, 1.8% y África, 1.7%.

Estas mayores tasas de incremento en la población imponen un esfuerzo y constituyen un reto tanto en términos globales como, más estrechamente, en relación con el ritmo de la revolución técnica en la agricultura. Desde el punto de vista global, si tomamos, por ejemplo, la proporción de capital marginal-producción de 3, entonces debe invertirse un 3% adicional del ingreso nacional, simplemente para compensar el margen del 1% extra de incremento en la población. Pero dada la estructura del consumo en estas regiones pobres, el esfuerzo más importante viene a descansar en el problema del abastecimiento de víveres, en el que se requiere una difusión de las técnicas agrícolas modernas más rápida que en el pasado, si es que no se quiere poner en peligro de fracaso el proceso total del desarrollo.

Desde el punto de vista político y social, los índices altos de aumento en la población imponen esfuerzos en otros sentidos, ya que suscitan el problema de la desocupación crónica o parcial. La desocupación, como problema de política, adquiere premura especial, ya que la población de estas regiones, en particular sus poblaciones urbanas, viven en un medio de comunicaciones internacionales, lo que hace que su fracaso repercuta, quizá, más intensamente que en situaciones análogas del pasado. La diferencia entre los niveles existentes de consumo y los que podrían ser factibles —o los que se creen posibles— es sumamente marcada; y la sensación de esta diferencia se propaga rápidamente.

Por último, la guerra fría, que constituye parte del ambiente internacional del proceso de la transición, afecta sus contornos en diversas formas. Por una parte, en ciertas regiones, principalmente en las que se encuentran situadas cerca de las fronteras del bloque comunista, la influencia y la atracción de los intereses de la seguridad comunista y no comunista tienen tendencia a distraer la atención, la inteligencia y los recursos de las tareas internas del desarrollo. Por otro lado, las dimensiones ideológicas de la guerra fría exaltan cierto sentido de selección en cuanto a las técnicas sociales y políticas adecuadas para la modernización, suscitando, en particular, el problema de si ha de seguirse el método comunista. Más aún, la existencia del movimiento comunista internacional, con su objetivo expreso de tomar posesión de

las regiones subdesarrolladas, distrae cierta parte de la *élite* culta de las tareas corrientes del desarrollo, y crea una dimensión especial de cima que es costosa para el esfuerzo nacional.

Ciertas ventajas relativas

Pero las regiones contemporáneas en transición disfrutaban también de dos ventajas considerables que no eran asequibles, en grado igual, en el pasado. Primera, actualmente es más grande de lo que jamás haya sido el fondo común de tecnología importante que no se ha empleado. Segunda, la ayuda internacional en forma de asistencia técnica, préstamos en condiciones fáciles de pago o concesiones —incluyendo corrientes excedentes de alimentos y fibras— constituyen una característica exclusiva de los tiempos modernos. Por supuesto, en el pasado las naciones en periodo de transición podían acudir a los mercados internacionales de capital privado para emitir bonos, principalmente con el objeto de formar capital social fijo; y no era desconocido para ellas darse facilidades en sus empréstitos recurriendo al expediente algo burdo de faltar a sus compromisos. Pero los cambios en la estructura de los mercados, junto con la inestabilidad inherente de su situación, han reducido en cierto grado las corrientes convencionales de capital privado con fines de formación de capital social fijo. La buena disposición de los gobiernos de las naciones industrializadas para proyectar grandes empréstitos con facilidades y concesiones, constituye, en esta forma, una compensación potencial de las consecuencias desorientadoras y destructivas de la guerra fría.

Tres implicaciones principales para una línea de política

En tanto que las dificultades relativas que tienen que afrontar las naciones contemporáneas en su periodo de transición ejercen fuerte presión sobre ellas, sólo con cierta indiferencia se aprovechan las ventajas relativas. Específicamente, este balance aproximado indica tres amplias zonas de acción concertada, si es que las naciones en transición han de pasar a través del periodo de condiciones previas y entrar en el impulso inicial, a la vez que mantienen la posibilidad de obtener un desarrollo social y político progresivamente más democrático.

Primera, las potencialidades de la tecnología conocida, susceptibles de incrementar la productividad de la agricultura deben hacerse actuar más deliberada y rápidamente que hasta ahora. Aunque, de modo evidente, el descenso más rápido y posible en los índices de natalidad facilitaría el proceso del desarrollo, las potencialidades conocidas en la irrigación, los fertilizantes químicos y las semillas mejoradas son susceptibles de proporcionar, por algún tiempo, un aumento en el consumo de alimentos por persona, aun frente a tasas comunes de incremento en la población. La limitación estriba principalmente en la magnitud y la competencia del conjunto de técnicos que estén dispuestos a ir al campo con el objeto de demostrar pacientemente las ventajas que reportan los métodos más recientes. Para el nivel de bienestar de las sociedades contemporáneas en transición el peligro no radica en alguna tendencia inherente de la aceleración de la inversión a restringir el consumo, pues los artificios del rendimiento agrícola son sumamente productivos y rápidos en sus efectos. El peligro se encuentra en la lentitud de los directores para encarar resueltamente el problema de la productividad agrícola y para organizar los recursos materiales y humanos a fin de acelerar la difusión de técnicas muy conocidas.

Segunda, deben organizarse las potencialidades de la ayuda exterior sobre una base más amplia y, especialmente, más estable. Con niveles comunes de incremento en la población y con niveles corrientes tanto de formación interna de capital como de ayuda exterior, se necesitaría un aumento de unos \$4 mil millones de ayuda anual al exterior para producir un crecimiento normal en toda Asia, el Mesorienté, África y América Latina, con un incremento de ingreso *per capita* de, digamos, 1.5% *per annum*. El proceso de las condiciones previas no se encuentra suficientemente adelantado en muchas regiones para permitir que el capital exterior se asimile productivamente en la escala implícita en esa estimación global.⁴ Son más bajas las cifras reales de la ayuda internacional aumentada. Lo que es evidente es que el nivel actual de asistencia exterior es fundamentalmente inadecuado para llevar a cabo la tarea de levantar el índice de incremento de la población en muchas regiones claves, en las que podría absorberse capital productivo. Pero más importante aún que la cuestión

⁴ Para los cálculos y supuestos que producen esta estimación, véase de M. F. Millikan y W. W. Rostow, *A Proposal* (Nueva York, 1957).

del aumento en la escala es la continuidad de la ayuda. El análisis del proceso de las condiciones previas, que se trató en el capítulo III, realzaba la importancia crucial, dentro de una sociedad tradicional, de la decisión política de concentrar una gran proporción de la energía, la inteligencia y los recursos hacia el logro del desenvolvimiento nacional, en contraposición a las expresiones alternativas del nacionalismo. Si los dirigentes políticos locales han de encomendar sus destinos a seguir esta línea de conducta, deben hacerlo con la confianza máxima y la seguridad de que, dentro de los confines de su labor política (digamos, cinco años), se sostendrá un nivel razonable de ayuda. En gran parte, la capacidad asimilativa es, por sí misma, un producto del grado en que los gobiernos movilizan sus propios recursos en relación con el problema del desarrollo. Así, pues, la cantidad de capital productivo asimilable en las sociedades en periodo de transición, está dependiendo, en parte, de la escala y la continuidad de la oferta de ayuda exterior.

Sin embargo, a la postre, la tarea del desarrollo deben hacerla los residentes. En estas sociedades que pasan por su periodo de transición, las *élites* ilustradas no comunistas tienen una grave responsabilidad por lo que respecta al porvenir de sus pueblos. Tienen el derecho a esperar que el mundo de las democracias adelantadas los ayude en gran escala y con mayor continuidad; pero son ^{ellos} los mismos los que deben vencer las dificultades planteadas por la difusión rápida de la medicina moderna, y para asegurar que la decisión humanitaria de salvar vidas no conduce a la creación de una sociedad inhumana. Ellos son quienes deben reconcentrar sus pensamientos en las faenas del desarrollo, a pesar de las tentaciones para aplicar el nacionalismo en otros sentidos y para rendirse a las desviaciones de la guerra fría. Son ellos quienes, haciendo un llamado a los valores del Occidente que ellos comparten, y tras ayudar a alcanzar la independencia bajo los principios de la libertad humana, deben ahora aceptar gran parte de la responsabilidad de hacer que vuelvan a la vida dichos valores, en relación con sus propias sociedades y culturas, a medida que completan sus periodos de condiciones previas y se lanzan hacia un crecimiento que se sostenga por sí mismo.

Para los que viven en las sociedades contemporáneas, en su fase de transición, no se encuentra claramente predeterminado el resultado final, ni por las normas de la historia, ni por la índole de las funciones técnicas del crecimiento, ni por el equilibrio de la guerra fría. La

etapa histórica en que se desenvuelven sus sociedades, el fondo común de tecnología apropiada y no empleada y el ambiente mundial en que se encuentran fijan los límites y las posibilidades de sus problemas. Mas, a semejanza de otros pueblos en momentos de gran decisión, sus destinos se hallan, fundamentalmente, en sus propias manos.

CAPÍTULO X

EL MARXISMO, EL COMUNISMO Y LAS ETAPAS DE CRECIMIENTO

Este capítulo final considera la comparación del análisis de las etapas de crecimiento con el marxismo, pues, en su esencia, también el marxismo es una teoría que trata de la manera cómo las sociedades tradicionales llegaron a crear dentro de sus estructuras el interés compuesto, aprendiendo las artimañas de la tecnología industrial moderna y de las etapas que seguirán hasta que alcancen esa definitiva etapa de abundancia, la que en opinión de Marx no era el socialismo, bajo la dictadura del proletariado, sino el verdadero comunismo. En contraposición a nuestras etapas —la sociedad tradicional, el periodo de condiciones previas, el impulso inicial, la madurez y la época del alto consumo en masa— presentamos, pues, el feudalismo de Marx, el capitalismo burgués, el socialismo y el comunismo.

Empezaremos haciendo un resumen, en primer lugar, de la esencia de las proposiciones de Marx. Luego observaremos las semejanzas entre su análisis y el de las etapas de crecimiento y las diferencias entre los dos sistemas de pensamiento, siguiéndolas etapa por etapa. Esto nos proporcionará el medio para definir la postura y el significado del marxismo, visto desde la perspectiva de la sucesión de las etapas de crecimiento. Por último, examinaremos brevemente la evolución del pensamiento marxista y de la política comunista, partiendo de Lenin; y derivaremos algunas conclusiones.

Las siete proposiciones marxistas

El pensamiento marxista puede condensarse en las siete proposiciones siguientes:

Primera, las características políticas, sociales y culturales de las sociedades constituyen una función de la forma cómo se dirige el proceso económico. Y, de manera fundamental, el comportamiento político, social y cultural de los hombres es una función de sus intereses económicos.

Todo lo que sigue en la teoría de Marx se deriva de esta proposición hasta que se alcanza la etapa del comunismo en la que se

liberan los hombres de la carga de la escasez y adviene el predominio de sus otras causas y aspiraciones más humanitarias.¹

Segunda, la historia avanza por medio de una serie de luchas de clases, en las cuales los hombres hacen valer sus intereses económicos, que se hallan inevitablemente en conflicto con un ambiente de carestía.

Tercera, las sociedades feudales —sociedades tradicionales, según nuestra denominación²— fueron destruidas porque permitieron que dentro de su propia estructura se desarrollara una clase media, cuyos intereses económicos dependían de la expansión del comercio y de las manufacturas modernas; pues esta clase media luchó con éxito contra la sociedad tradicional y logró imponer una nueva superestructura política, social y cultural, conducente a la busca de la utilidad por quienes dominaban los nuevos medios modernos de producción.

Cuarta, de manera similar, las sociedades industriales capitalistas, según la predicción de Marx, formarían las condiciones propicias para su destrucción debido a dos características inherentes: la creación de fuerzas de trabajo esencialmente no calificadas, a las que continúan

¹ La forma exacta de la función que relaciona el interés económico con el comportamiento no económico varía en los escritos de Marx y en la literatura marxista subsiguiente. Buena parte de los textos originales —y casi todas las conclusiones funcionales que de éstos se derivan— depende de una función sencilla y directa que relaciona el interés económico con el comportamiento social y político. En algunas partes de la literatura marxista, sin embargo, se desarrolla la función en una forma más rebuscada. El comportamiento no económico no se considera asociado, de manera directa e inmediata, al interés económico en sí, sino a la ideología y las lealtades de clase. No obstante, ya que los intereses y las ideologías de clase se presentan, esencialmente, como una función de las técnicas de producción y del nexo social que proviene de ellas, esta formulación indirecta produce, con mucho, los mismos resultados que la declaración más primitiva de relación. En la parte principal de la literatura marxista, de principio a fin, se expresa que los hombres sólo se dedican, verdaderamente en serio, a buscar, proteger y aumentar la propiedad y el ingreso. Por último, existen unos cuantos pasajes en la obra de Marx —y más en la de Engels— que revelan cierta percepción de que la conducta humana está influida por motivos que no necesitan estar relacionados o coincidir con el interés económico en sí. Si esta percepción hubiese sido elaborada en forma sistemática, habría alterado radicalmente la corriente total de la argumentación marxista y sus conclusiones. Marx, Engels y sus sucesores, en las formulaciones ideológicas, hicieron caso omiso de esta percepción; aunque, como se indica posteriormente en este capítulo, Lenin y sus sucesores en la política comunista han obrado enérgicamente de acuerdo con esta percepción.

² Es demasiado restrictivo el concepto de Marx respecto al feudalismo para poder abarcar a todas las sociedades tradicionales, ya que cierto número de ellas no desarrollaron una clase nobiliaria, ligada a la Corona y propietaria de grandes extensiones de tierra. Por ejemplo, los análisis marxistas de la China tradicional han sido deformados en este punto.

asignando un salario real mínimo de supervivencia, y la tendencia de la búsqueda de utilidades a una expansión progresiva de la capacidad industrial, lo que daría por resultado una lucha competitiva por la obtención de mercados, ya que el poder adquisitivo de la mano de obra sería una fuente de demanda inadecuada para la producción potencial.

Quinta, esta contradicción innata del capitalismo —salarios reales de mano de obra, relativamente estancados, y la formación de la urgencia para encontrar mercados a una capacidad en expansión— produciría el siguiente mecanismo específico de autodestrucción: un proletariado cada día con mayor conciencia de sí mismo y que afirma sus derechos, impelido, al fin, a apoderarse de los medios de producción frente a crisis cada vez más graves de desocupación. A medida que, en la etapa más madura del capitalismo, aumentara la competencia por la obtención de mercados, se allanaría la posesión, porque se formarían monopolios; y se crearía el ambiente adecuado para el paso de la propiedad a poder del Estado.

Sexta —ésta es una extensión leninista del marxismo—, la mecánica de la caída del capitalismo no sólo consistiría en crisis crecientes sucesivas de grave desocupación, sino también en guerras imperialistas, a medida que la competencia por el comercio y para dar salidas al capital, inducida dicha competencia por mercados inadecuados a la capacidad, condujera no sólo a la formación de monopolios, sino igualmente a una lucha colonial, de magnitud mundial, entre los monopolios nacionales del mundo capitalista. En esta forma, la clase obrera asumiría el poder e implantaría el socialismo no solamente en una atmósfera de grave desocupación crónica, sino también de desorganización ocasionadas por las guerras imperialistas, a las que se vería orillado el mundo capitalista con el fin de evitar la desocupación, y para eludir y desvirtuar la afirmación creciente de un proletariado cada vez con mayor movilidad y conciencia de clase, dirigido y educado, dentro de sus filas, por los comunistas.

Séptima, una vez que el Estado socialista se ha hecho cargo del poder, obrando en beneficio del proletariado industrial —durante la fase llamada “la dictadura del proletariado”— impulsaría firmemente la producción, sin crisis, y se aumentaría el ingreso real hasta el punto en que llegara a ser posible el verdadero comunismo. Esto sucedería, porque el socialismo eliminaría las contradicciones internas del capitalismo. Permítaseme citar la representación gráfica de Marx en rela-

ción con el fin del proceso: “En una fase de mayor evolución de la sociedad comunista, después que haya desaparecido la subordinación esclavizante de los individuos a la división del trabajo y, por tanto, también a la antítesis entre el trabajo físico y el mental; cuando el trabajo, lejos de ser un simple medio de vida, se haya convertido, por sí mismo, en la necesidad primordial de la vida; cuando los recursos productivos hayan aumentado también junto con el desarrollo integral del individuo, y afluyan abundantemente todos los manantiales de la riqueza cooperativa, únicamente entonces se podrán dejar a la zaga las estrechas perspectivas de las leyes burguesas y la sociedad podrá poner esta inscripción en sus banderas: *de cada uno según sus aptitudes, para cada uno de acuerdo con sus necesidades.*”³

Similitudes con el análisis de las etapas de crecimiento

Vamos a identificar ahora las similitudes generales entre la sucesión histórica de Marx y el análisis de las etapas de crecimiento.

Primero, ambos representan aspectos de la forma en que se desarrollan las sociedades, vistas desde una perspectiva económica; constituyen exploraciones de los problemas y las consecuencias que para las sociedades totales significa la creación del interés compuesto en sus costumbres e instituciones.

Segundo, los dos aceptan el hecho de que la modificación económica produce consecuencias políticas, sociales y culturales; aun cuando el análisis de las etapas de crecimiento repudia la idea de que la economía, como sector de la sociedad —y el provecho económico, como motivo humano— predominen necesariamente.

Tercero, ambos aceptarían la realidad de intereses de grupo y de clase dentro del proceso político y social, vinculados a intereses de provecho económico; aunque el análisis de las etapas de crecimiento negaría que éstos hayan sido la única fuerza determinante en la marcha desde las sociedades tradicionales hasta la etapa del alto consumo en masa.

Cuarto, los dos admitirían la realidad de que los intereses económicos han ayudado a determinar el ambiente en que se han originado ciertas guerras, aunque las etapas de crecimiento negarían la primacía de motivos e intereses económicos como causa fundamental en la

³ Cita de “Critique of the Gotha Programme”, en J. Eaton, *Political Economy, a Marxist Textbook* (Londres, 1958), p. 187.

gestación de las guerras y relacionarían la guerra y los factores económicos en forma totalmente distinta a como lo hicieron Marx y Lenin.

Quinto, ambos sistemas propondrían, a la postre, la meta o el problema de la abundancia verdadera —del momento en que, según la válida expresión de Marx, el trabajo “se ha convertido, por sí mismo, en la necesidad primordial de la vida”—; aunque las etapas de crecimiento tienen algo más que decir respecto a la naturaleza de las opciones disponibles.

Sexto, en términos de la técnica económica, los dos se encuentran basados en análisis sectoriales del proceso de crecimiento; aunque Marx se constriñe a los sectores de bienes de consumo y bienes de capital, en tanto que las etapas de crecimiento están arraigadas en un análisis más desintegrado de los sectores principales, que se origina en una teoría dinámica de la producción.

Temas centrales de las etapas de crecimiento

Teniendo como antecedentes estas dos listas, podemos aislar ahora, con mayor precisión y más positivamente, la manera cómo el análisis de las etapas de crecimiento intenta tratar y resolver, etapa por etapa, los problemas con los que tuvo que luchar Marx y evitar los que parecen errores fundamentales de Marx.

La primera diferencia, y más fundamental, entre los dos análisis estriba en el punto de vista que se ha tomado de los motivos humanos. A semejanza de la economía clásica, el sistema de Marx es un conjunto de deducciones lógicas, más o menos artificiosas, que provienen de la idea de la elevación de la utilidad al máximo, si ésta se amplía para cubrir, indefinidamente, el provecho económico. La afirmación analítica más importante de los escritos de Marx la constituye la aseveración que se encuentra en el *Manifiesto Comunista*, de que el capitalismo “no dejó ningún otro nexo entre un hombre y otro que el propio interés desnudo, que el endurecido ‘pago de contado’”.

En la sucesión de las etapas de crecimiento se considera al hombre como una unidad más compleja. El hombre no sólo busca el provecho económico, sino también el poder, el ocio, las aventuras, la continuidad en la experiencia y la seguridad; está interesado en su familia, en los valores conocidos de su cultura regional o nacional y en tener alguna diversión en su ambiente local. Y, fuera de estos diversos vínculos familiares, el hombre es susceptible de conmovirse por

una sensación de parentesco con los seres humanos de todas partes, quienes, así lo reconoce, comparten su condición esencialmente paradójica. En resumen, la conducta humana pura no se ve como un hecho de realizaciones máximas, sino como un acto de comparación de objetivos humanos alternativos, y frecuentemente en pugna, frente a una serie de opciones que se presentan y que los hombres advierten.

Por supuesto, esta idea de comparación entre alternativas que se advierten al presentarse es más complicada y difícil que un simple propósito de realizaciones al máximo y no lleva una serie rígida e inevitable de etapas históricas. Conduce a normas de elección hechas dentro de la estructura permitida por el panorama cambiante de la sociedad: medio que por sí mismo constituye el resultado tanto de condiciones reales objetivas como de elecciones hechas anteriormente por hombres que ayudan a determinar el ambiente común en que han de desenvolverse los demás hombres.⁴

No exploraremos en este lugar las propiedades formales de este sistema dinámico; pero se colige, de este punto de vista de cómo obran los individuos, que el comportamiento de las sociedades no está determinado exclusivamente por consideraciones de orden económico. Los sectores de una sociedad actúan recíprocamente: las fuerzas culturales, sociales y políticas, reflejo de distintas facetas de los seres humanos, producen sus propias repercusiones auténticas e independientes en el funcionamiento de las sociedades, inclusive su desempeño económico. Así, pues, la política de las naciones y el funcionamiento total de las sociedades —como la conducta de los individuos— representan actos de comparación más bien que un sencillo procedimiento de elevación de los rendimientos al máximo.

De acuerdo con esta opinión es de gran importancia saber cómo se conducen las sociedades para hacer sus elecciones y cotejos. De manera específica, se deduce que la economía no es el fenómeno central del mundo de las sociedades en el periodo postradicional —ya sea capitalista o no— y constituye el procedimiento total por medio del cual se realizan las opciones. Las etapas de crecimiento rechazarían por inexacto el vigoroso supuesto de Marx, aunque muy simplificado,

⁴ Algunas de las características de las etapas de crecimiento que tienen efecto persistente en la sucesión total del crecimiento se encuentran arraigadas en la sociedad tradicional y en su cultura. Constituyen una condición inicial del proceso de crecimiento que tiene consecuencias durante un periodo cronológico que sobrepasa el lapso que parte de las condiciones previas y sigue adelante. Del autor véase, *British Economy of the Nineteenth Century* (Oxford, 1948), cap. vi, especialmente las pp. 128 n y 140.

que expresa que las decisiones adoptadas por una sociedad representan sencillamente una función de quienes poseen la propiedad. Por ejemplo, las que Marx considera como sociedades capitalistas, aun en su forma más pura, en ninguna etapa llevaron a cabo todas sus decisiones principales simplemente en relación con el mecanismo del mercado libre y el beneficio privado. En Inglaterra, por ejemplo, en el apogeo de su marcha hacia la madurez —digamos, en el periodo de 1815 a 1850, cuando era menos débil el poder del capitalista industrial— se puso en acción la legislación fabril, y después de que con las Leyes de Reforma segunda y tercera se hubo hecho más extenso el voto, la política de la sociedad fue determinada por la comparación, por una parte, entre los intereses en las ganancias y la elevación al máximo de la utilidad relativa y, por la otra, intereses de bienestar efectivos, a través del proceso político, sobre la base de que “un hombre representaba un voto”. El capitalismo, que es el centro del relato de Marx respecto a la fase posefeudal es, por tanto, una base analítica inadecuada para explicar el funcionamiento de las sociedades occidentales. Debemos considerar directamente el mecanismo pleno de la elección entre políticas alternativas, incluyendo el proceso político —y, de hecho, los procesos social y religioso—, como campos independientes para llevar a cabo decisiones y opciones.

Para ser más concisos, diremos que no hay nada en el análisis de Marx que pueda explicar cómo y por qué los intereses de los hacendados aceptaron, al fin, la Ley de Reforma de 1832, o por qué razón los capitalistas aceptaron el impuesto progresivo sobre la renta o el Estado benefactor, ya que para el marxismo es absolutamente esencial que los hombres luchen y mueran por la propiedad. Tales fenómenos deben explicarse, en realidad, con relación a cierto sentido de compromiso con la comunidad nacional y con los principios del credo utilitario-individualista que superan al simple beneficio de las ganancias. De manera similar, en el análisis de Marx nada explica la aceptación paciente de la clase obrera del sistema del capitalismo privado cuando va unido al procedimiento político democrático, a pesar de las continuas divergencias en el ingreso.

Marx —y Hegel— estaba en lo justo al afirmar que la historia progresa por el choque de intereses y perspectivas en pugna; pero el resultado de la pugna, en una sociedad de crecimiento normal, probablemente está regido por consideraciones fundamentales de continuidad comunal, las que Charles Curtis, abogado de Boston —con

gran experiencia en los procedimientos de la defensa y las transacciones—, expresó recientemente como sigue:

Sugiero —dijo— que entre fuerzas opuestas las cosas se van haciendo en forma gradual. En las personas no existe la llamada auto-represión. Lo que tiene aspecto de tal es, en realidad, indecisión... Probablemente se busque mejor la verdad en el mercado de la libre expresión, pero las mejores decisiones ni se venden ni se compran. Éstas son resultado de la desavencencia, en la que la última palabra no es, “Admito que usted tiene razón”, sino más bien, “Tengo que contemporizar con este tal por cual, no tiene remedio”.⁵

Karl Marx —hombre solitario, profundamente aislado de sus semejantes— jamás comprendió este definitivo solvente humano. Lo consideró, en realidad, como cobardía y traición, no como la condición mínima, en cualquier tiempo y lugar, de la vida social organizada.

Y, como se desarrolló en el capítulo VIII, un simple análisis de la guerra, en relación con el provecho económico, se desintegra frente a una consideración de los distintos tipos de conflictos armados y cómo han acontecido en realidad. El nacionalismo —y todo lo que encierra en términos de política pública y sentimiento humano— es el residuo del mundo de las sociedades tradicionales.⁶

No es preciso más, sino observar la primacía que los pueblos coloniales otorgan a la independencia sobre el desarrollo económico o las cálidas emociones que despiertan los políticos árabes en las multitudes ciudadanas, para comprender que el provecho económico no constituye una base suficiente para explicar el comportamiento político; toda la historia moderna sustenta la opinión de que lo que contemplamos actualmente en Asia, el Mesorienté y África, cuando se compara con las elecciones arrostradas por las sociedades tradicionales, es una forma clásica de la experiencia humana.

⁵ C. Curtis, *A Commonplace Book* (Nueva York, 1957), pp. 112-13.

⁶ Este tema fue desarrollado por Schumpeter en sus escritos acerca de Marx y en su ensayo sobre el imperialismo (*Imperialism*, de J. Schumpeter, ed. B. Hoselitz, Meridian Books, Nueva York, 1955, especialmente pp. 64 ss., y *Ten Great Economists*, Londres, 1952, especialmente pp. 20 y 61 ss.). En tanto que Schumpeter enfatizó la persistencia de actitudes nacionalistas irracionales y románticas, el presente análisis subrayaría otros dos factores. Primero, el papel que desempeñan ciertos grupos y actitudes que provienen de la sociedad tradicional, en el mismo proceso de crecimiento. Segundo, el hecho estructural de que, una vez que fue aceptada como regla en el panorama mundial la soberanía nacional, las naciones se encontraron enfrascadas en una lucha oligopólica por el poder, casi ineludible, que tenía elementos de racionalidad.

Así, pues, el relato que aquí se ofrece de la disolución de las sociedades tradicionales tiene por fundamento la coincidencia de motivos de utilidad privada en los sectores modernos con un nuevo sentido de nacionalidad ultrajada. Y también otras fuerzas entran en juego, por ejemplo, la sencilla noción de que los niños no deben morir tan jóvenes o vivir como analfabetos toda su vida: una sensación de horizontes humanos más amplios, independiente de la utilidad y de la dignidad nacional. Y cuando, por fin, se ha logrado la independencia o la nacionalidad moderna, no se realiza un sencillo cambio automático hacia el dominio del motivo utilitario y al progreso económico y social. Por el contrario, existe un problema de comparación y una minuciosa elección que hacer entre los tres sentidos en que pudiera orientarse la política: la afirmación en el exterior, una mayor concentración de la autoridad en el centro en oposición a las regiones y el crecimiento económico.

Entonces, cuando se han sorteado, al fin, estas elecciones y la sociedad marcha uncida al progreso, la historia decreta generalmente un largo periodo en el que domina el crecimiento económico aunque sin ser una actividad exclusiva: el impulso inicial y los sesenta años, más o menos, necesarios a la expansión de las técnicas modernas. Durante la marcha hacia la madurez, las sociedades se han conducido de la manera más marxista, aunque cada una de ellas en los términos de sus propias culturas, estructuras sociales y procesos políticos, pues las sociedades en vías de crecimiento, aun las capitalistas, han diferido radicalmente en estos aspectos. En las sociedades en crecimiento no ha existido una "superestructura" uniforme, por el contrario, la naturaleza divergente de las "superestructuras" ha afectado intensamente las normas asumidas por el crecimiento económico. Y aun en la marcha hacia la madurez debemos ser muy cautos para no identificar lo que se hizo —la expansión energética de la técnica moderna— con una hipótesis demasiado simplista acerca de los motivos humanos. Sabemos que durante los impulsos iniciales y en el curso de la marcha hacia la madurez las sociedades propendieron, real y fundamentalmente, a hacer a un lado otros objetivos y a despejar la ruta para otras actividades que, dentro de las limitaciones humanas, de recursos y de otra índole social, elevarían al grado máximo la tasa de crecimiento. Mas esto no quiere decir que predominara en sí el motivo utilitario; aunque, ciertamente, jugó su parte. Pero en los Estados Unidos, después de la guerra civil, por ejemplo (quizá en la fase más materialista

de cualquier sociedad capitalista, si se la examina superficialmente), los hombres hicieron todo lo necesario para industrializar un vasto y rico continente, no solamente para ganar dinero, sino porque el poder, la aventura, los estímulos y el prestigio social podían, en conjunto, encontrarse en el mercado de una sociedad en la que la Iglesia y el Estado carecían relativamente de importancia. En esta etapa era remunerador el juego de la expansión y del lucro, no solamente en términos de dinero, sino en relación con la gama total de los motivos y aspiraciones humanos. ¿De qué otra manera puede explicarse el tesonero empeño de los hombres mucho después de haber ganado más dinero del que razonablemente pudieran gastar ellos o sus hijos? Y se necesitaría hacer modificaciones similares en el punto de vista marxista de la motivación humana para lograr un relato exacto de los periodos de marcha hacia la madurez de Alemania, el Japón, Suecia, Francia, la Gran Bretaña y —claro está— Rusia.

En esta etapa nos encontramos, naturalmente, con los conocidos errores técnicos de Marx: su teoría de la población, implícitamente malthusiana, y su teoría de los salarios reales estancados.

Constituye un viejo truco señalar que, en realidad, la población no se comportó como lo hizo con el fin de mantener un ejército de reserva de desocupados y que las operaciones del capitalismo competitivo no sólo no produjeron salarios reales estancados, sino salarios reales en aumento. Por ejemplo, Robinson y Kaldor han puesto de relieve hace poco estas profundas fallas en la economía de Marx.⁷ En términos formales, son errores absolutamente técnicos cometidos al juzgar la forma cómo obraría el proceso económico. Pero son algo más. Reflejan indirectamente la proposición básica de Marx respecto de las sociedades; pues ni el poder político, ni el social, ni siquiera el económico, resultaron claramente del hecho de que la propiedad fuese posesión privada. La competencia no cedió su puesto al monopolio e, imperfecta, permitió a los salarios aproximarse al producto neto del valor marginal; este aspecto técnico del mecanismo del mercado se vio respaldado al aceptar la sociedad a los sindicatos obreros, y por un número creciente de intervenciones políticas, permitidas y estimuladas por el proceso de la política democrática. Además, el hecho del progreso mismo en masa, descartado en el análisis de Marx, hizo que los hombres reconsideraran el cálculo en la procreación de

⁷ Joan Robinson, *Marx, Marshall, and Keynes* (Delhi, 1955), N. Kaldor, "A Model of Economic Growth", *Economic Journal*, diciembre de 1957, especialmente pp. 618-21.

hijos y éste produjo un control no malthusiano sobre el índice de natalidad: una restricción que no se basaba en la pobreza y la enfermedad, sino en el propio progreso. Pensemos aquí no sólo en los casos más antiguos de descenso de la tasa de nacimientos en la historia, sino en la baja radical en los índices de natalidad del Japón e Italia en la década de los cincuenta.

Y en esta forma, cuando hubo tomado arraigo el interés compuesto, el progreso fue compartido por el capital y el trabajo, aminoró la lucha entre las clases y, cuando se alcanzó la madurez, los países no tuvieron que afrontar una dificultad insuperable de proporciones catastróficas. Simplemente tuvieron que hacer frente a una nueva serie de optativas; es decir, tuvieron que establecer la comparación entre el Estado benefactor, el alto consumo en masa y una oleada de afirmación en el escenario mundial.

De este modo, el interés compuesto y las opciones que brinda progresivamente, al elevar el nivel medio del ingreso real, se convierten en una variable principal independiente en las etapas de crecimiento; en tanto que, en la teoría de Marx, el interés compuesto aparece en la forma perversa de acumulación de utilidades, sólo susceptibles de ser distribuidas en el ambiente de los grandes capitalistas, de capacidad no utilizable, y en la guerra. Expresado en otra forma, diremos que la elasticidad-ingreso de la demanda representa una fuerza viva en el análisis de las etapas de crecimiento; mientras que las fuertes simplificaciones de Marx lo obligan a excluirla casi por completo.

Veamos ahora el asunto expuesto por Lenin: el capitalismo, que tiene una supuesta tendencia innata a hacer reducir las utilidades, provoca la creación de los monopolios, por lo que las crisis se hacen progresivamente más agudas, y conducen a una lucha desesperada en la competencia internacional por los mercados y a la guerra.

Examinemos, en primer término, la cuestión de la concentración industrial. En este caso, simplemente afirmaríamos que las pruebas en los Estados Unidos, cuando menos, no indican en modo alguno que haya aumentado significativamente el grado de concentración en, digamos, los últimos cincuenta años. Y en los lugares donde ha aumentado, lo ha hecho así más con base en la investigación y el desarrollo en gran escala de las economías que debido a que el ambiente mercantil haya sido demasiado débil para sostener a las empresas pequeñas. Y dudo mucho que el caso fuese muy distinto en otras sociedades maduras del Occidente. Además, donde han persistido las

concentraciones del poderío económico, se han visto obligadas a actuar, cada vez más, de acuerdo con las condiciones impuestas por el proceso político antes que por los únicos procedimientos de máximo rendimiento del propio mercado.

En segundo lugar veamos el asunto de las crisis cada vez más agudas. Hasta 1914 no existe prueba alguna de que haya aumentado la amplitud de los ciclos de desocupación. Por el contrario, existe la evidencia de una notable uniformidad en los ciclos del siglo XIX, ya sea que se consideren de acuerdo con los datos estadísticos de desocupación que disponemos o bien en relación con los años de creciente y decreciente actividad económica. Hubo, por supuesto, la gran depresión *sui generis* de la década de los treinta. Pero, si es correcto el punto de vista desarrollado en el capítulo VI, el estancamiento relativo de Europa occidental durante el intervalo entre las dos guerras no fue debido a rendimientos decrecientes a largo plazo, sino a que Europa occidental no logró crear un ambiente en el que sus sociedades nacionales se movilizaran rápidamente hacia la época del alto consumo en masa, produciendo nuevos sectores principales. Y esta falla se debió, principalmente, a que no pudieron crear ocupación plena inicial en la situación de las relaciones de intercambio durante el periodo posterior a 1920. En forma semejante, la prolongada depresión de los Estados Unidos durante la década de los treinta no se debió a rendimientos decrecientes a largo plazo, sino a que no se logró formar, por medio de una política gubernamental, un ambiente inicial renovado de ocupación plena que hubiese permitido el desenvolvimiento progresivo, hasta más allá de 1929, de los nuevos sectores principales, representados por la construcción de alojamientos suburbanos, la difusión de los automóviles y los bienes y servicios duraderos de consumo.

En vista de la sensibilidad del proceso político en las sociedades democráticas modernas, aun en relación con pequeños focos de desocupación, existen muchas razones para creer que las sociedades occidentales ya no tolerarán las políticas torpes y tímidas que pusieron en práctica en las décadas de los veinte y treinta, respecto al nivel de ocupación. Y actualmente —debido a la revolución keynesiana— son comprendidos ampliamente los trucos técnicos de ese oficio. No debemos olvidar que el mismo Keynes se impuso la tarea de frustrar el pronóstico de Marx acerca del rumbo que tomaría la desocupación bajo el régimen del capitalismo y lo logró en gran medida.

Por lo que respecta a ese viejo mal clásico de los "rendimientos

decrecientes" —del que Marx se apoderó expresándolo bajo la forma de su supuesto del nivel descendente de utilidades— no podemos ser dogmáticos en el plazo muy largo; pero a juzgar por la escala y el ritmo que adquieren las empresas científicas en el mundo moderno (sector que se encuentra en una etapa de rápido crecimiento) no es probable que carezcamos de cosas productivas que hacer, si la gente prefiere la actividad productiva a la ociosidad. Además, si las sociedades prefieren continuar en la vida activa, tienen posibilidad de seguir la primacía norteamericana y reimponer un aumento malthusiano de la población, cuando se sientan hastiados de los artefactos modernos.

Trataremos, por último, el asunto de la dependencia de las colonias bajo el capitalismo maduro. Sólo necesitamos hacer notar, en este caso que, en tanto que el colonialismo se encuentra virtualmente muerto, el capitalismo goza de un resurgimiento evolutivo extraordinario en el hemisferio occidental, Europa occidental y el Japón. Es perfectamente evidente que, cualesquiera que sean los trastornos económicos de las sociedades capitalistas, no provienen esencialmente de una dependencia del imperialismo. Su vulnerabilidad proviene, si acaso, de su falta de buena disposición para ocuparse lo suficiente del mundo de las naciones subdesarrolladas y para asignarle recursos adecuados. La demanda interior no es tan impropia que obligue a la atención hacia el exterior: es demasiado fuerte para hacer que los gobiernos movilicen los recursos adecuados en asuntos exteriores. La esperanza común del comunismo no estriba en el aprovechamiento de las crisis y la confusión ocasionados por una lucha apremiante para desembarcar exportaciones, sino de una excesiva concentración del mundo capitalista en los atractivos de los mercados nacionales.

Esto nos hace establecer una comparación entre el punto de vista de Marx respecto al comunismo y la etapa posterior al alto consumo en masa del análisis de las etapas de crecimiento. En este punto de controversia Marx fue un romántico del siglo XIX. Consideraba que los hombres, al haber superado la escasez, se permitían cultivar y hacer florecer lo más noble de sus propias naturalezas; mediante el trabajo por el placer de la expresión personal, en un ambiente en el que la abundancia había eliminado la necesidad y la tentación de la avaricia. Esto, en realidad, constituye una esperanza decente y legítima, una aspiración y hasta una posibilidad. Pero, según se indicó en la parte final del capítulo VI, no representa la única alternativa.

Existe también la opción a tener hijos o llegar al aburrimiento, al desarrollo de nuevos límites internos de la capacidad e iniciativa humanas, a la exploración del espacio exterior y a la entrega a los placeres triviales —o, acaso, a la destrucción, si el espíritu del mal pone en marcha sus fuerzas—. Pero aun cuando éste es el problema económico fundamental de la humanidad, es un problema del que, si todo va bien, podemos abstraernos hasta cierto grado los de esta generación dado el programa de actividades que se nos presenta en un mundo de armas nucleares y frente a la magna tarea de crear una comunidad mundial pacífica que abarcará a las naciones más antiguas y a las más nuevas que hayan aprendido los trucos del crecimiento.

Marx en perspectiva

Así, pues, ¿qué podemos decir acerca de Marx, estudiado a la luz del análisis de las etapas de crecimiento? ¿En qué punto encajan sus doctrinas?

Reunió intelectualmente dos conjuntos de instrumentos: un punto de vista hegeliano de la dinámica de la historia y, del mundo de los economistas clásicos, una versión generalizada de la elevación al máximo de las utilidades (así como también varias proposiciones sustantivas).

Aplicó su acervo a lo que pudo percibir de un caso histórico: el del impulso inicial y la marcha hacia la madurez de Inglaterra; hizo su generalización y proyectó su resultado. Todo su sistema fue formado completamente en 1848, cuando en colaboración con Engels redactaron el *Manifiesto Comunista*; es decir, fue creado antes de que ninguna otra sociedad más que Inglaterra hubiera experimentado el impulso inicial. Y aunque en el transcurso de los años Marx hizo comentarios *ad hoc* de diversos aspectos a corto plazo de los casos francés, alemán y norteamericano —y estuvo inmiscuido, en lo personal, en algunos acontecimientos políticos de Francia y Alemania— fue la revolución industrial británica, y lo que siguió al impulso inicial en Inglaterra, lo que dio forma a sus categorías. Nada de lo realmente importante en Marx es posterior a 1848.

Ahora bien, como ya hemos visto, el caso de la transición británica fue único, en el sentido de que parece ocasionado por la dinámica interna de una sociedad aislada, sin intervención exterior; es decir, que en el seno de una sociedad mercantil y agrícola se desarrolló una

clase media industrial, la cual transformó, progresivamente, la política, la estructura social y los valores de la sociedad, principalmente durante las tres décadas posteriores a la batalla de Waterloo. Los casos francés, alemán y norteamericano no eran suficientemente destacados, por lo menos en la época de Marx, ni estaban dentro de sus alcances, para obligarlo a modificar sus categorías; no estudió al Japón ni lo incorporó a su sistema; Rusia le hacía estremecer, por lo menos hasta muy avanzada su vida, cuando los intelectuales rusos comenzaron a tomarlo en serio; y como buen intelectual de capilla de la Europa occidental, y fuera de la órbita de sus conocimientos las perspectivas en Asia y África, trató casi totalmente del contexto de la política británica más que en términos de sus propios problemas de modernización.⁸

La concentración en el caso británico permitió un concepto mucho más sencillo del periodo de la transición y del impulso inicial del que admitiría nuestro alcance contemporáneo en el conocimiento histórico. Al generalizar sus íntimas apreciaciones sobre la Gran Bretaña, Marx se concretó a la clase media y al motivo de lucro. Pudo pasarle inadvertido el papel del nacionalismo reactivado al transformar una sociedad tradicional y el problema de elección a que hubo de hacer frente cuando se creó un Estado moderno independiente.

En pocas palabras, Marx pertenece a la generación íntegra de los hombres occidentales que, en distintas formas, reaccionaron contra el costo social y humano de la marcha hacia la madurez, y trataron de encontrar un equilibrio mejor y más humanitario para la sociedad. Impulsado —según la frase de su padre— por un “egoísmo demoníaco”,⁹ identificándose con los de abajo y alimentando su odio a los que estaban en las esferas superiores, pero disciplinándose también, en cierto grado, por su pasión a ser “científico” antes que sentimental, Marx creó su notable sistema: un sistema lleno de errores, pero pleno también de percepciones parciales legítimas, una gran contribución formal a la ciencia social, y una guía monstruosa de política gubernamental.

Una falla del sistema de Marx comenzó a revelarse antes de su muerte y no supo cómo superarla. Algunos creen que el reconoci-

⁸ I. Berlin, *Karl Marx* (Londres, 1956), pp. 254-8. Sin embargo, Marx hizo algunas interesantes observaciones *ad hoc* sobre la India y China, cuando escribía como periodista acerca de la política británica en las guerras del opio y en el motín de la India.

⁹ C. J. S. Sprigge, *Karl Marx* (Londres, 1938), p. 27.

miento íntimo de este fracaso es responsable del hecho de que *El Capital* sea un libro sin terminar. Este error revistió la forma de alza en los salarios reales industriales en Europa occidental y del hecho perfectamente evidente de que las clases obreras, inglesa y de Europa occidental, estaban dispuestas a aceptar útiles mejoramientos, al acatar las condiciones del capitalismo democrático en vez de concentrar sus esfuerzos en la realización de una sangrienta acción definitiva, apoderarse de la propiedad y entregarla al Estado que, según la opinión de Marx, los obreros podrían controlar entonces. La Primera Internacional, que él formó y dirigió, se desintegró a principio de la década de 1870, cuando los dirigentes sindicales, desconociendo a Marx, buscaron reformas graduales dentro de sus propias sociedades.

Y de este modo Marx —y también Engels— terminaron sus días contemplando una imagen un tanto desengañada del obrero industrial, en quien tanto confiaban para hacer realidad su dialéctica: el obrero se encontraba contento con obtener una pequeña parte de un progreso bastante normal; tenía la sensación de que las cosas mejoraban para él y sus hijos; experimentaba la impresión de que, en todos aspectos, estaba obteniendo una participación razonable de los beneficios de la sociedad en su totalidad; se encontraba resuelto a luchar por lo que él deseaba dentro de los lineamientos de la democracia política, bajo un régimen de posesión de la propiedad privada; con tendencia a identificarse con su sociedad nacional en lugar de hacerlo con el mundo abstracto de obreros industriales, supuestamente humillados, de todas partes y, a pesar de las pugnas y las injusticias, con buena disposición para convivir con sus semejantes en vez de conspirar para matarlos. Y es en ese punto donde comienza la historia de Lenin y el comunismo moderno.

La evolución del comunismo moderno

El comunismo moderno surgió directamente de un esfuerzo para tratar los problemas que Marx no resolvió, o lo hizo incorrectamente, como teorizante y como político practicante revolucionario. En forma completamente concreta, el comunismo moderno está estructurado con base en los errores y fallas de Marx. Lenin tuvo que entenderse con un mundo de obreros tales como eran y de campesinos, a quienes Marx consideraba despreciables, y a quienes hizo a un lado con unas cuantas frases superficiales; con un mundo en el que el na-

cionalismo competitivo era una fuerza poderosa; y un mundo que estaba en guerra. Antes que luchar con la realidad, Marx licenció las fuerzas de la Primera Internacional; Lenin se mantuvo en el juego de la política y el poder tal como lo encontró.

¿En qué forma procedió Lenin? Su primera, y más fundamental, decisión fue buscar el poder político, a pesar del hecho de que la mayoría de la clase obrera industrial de Rusia no estaba dispuesta a apoyar una tentativa revolucionaria para detentar el poder. El panfleto de Lenin, *¿Qué hacer?*, publicado en 1902, constituye el verdadero origen del comunismo moderno. En él afirmaba que si los obreros rusos no estaban preparados para cumplir su destino histórico marxista —como, evidentemente, no lo estaban— el Partido Comunista los haría cumplir dicho destino. Que el Partido Comunista no operaba como una sección del movimiento socialista, como lo aconsejó el *Manifiesto Comunista*. Formaría, por sí mismo, un partido por separado, una *élite* de conspiradores, la que buscaría el poder sobre una base minoritaria en nombre del proletariado, “nadando contra la corriente de la historia”.

En suma, Lenin decidió llevar a cabo la profecía de Marx, a pesar del fracaso de la predicción de Marx. Desde el principio hasta la fecha —a partir de la división del movimiento socialista en Rusia, anterior a 1914, hasta el levantamiento de los obreros de Budapest en 1956 y la continua renuencia de Moscú para intentar elecciones libres aun en sociedades en las que se encuentra totalmente liquidado el capitalista y el gran terrateniente— éste ha sido el peso muerto que se encuentra en el fondo de la práctica y el pensamiento comunistas: el obrero industrial ni ha pensado ni se ha comportado como debiera, de acuerdo con la teoría.

La segunda decisión de Lenin provino directamente de la primera: apoderarse del gobierno en Rusia, aprovechándose de la confusión que siguió a la revolución de marzo de 1917, aun cuando, de acuerdo con los postulados marxistas, la retrógrada Rusia era, en el aspecto histórico, “prematura” para el socialismo. Por corto tiempo, los más sinceros marxistas que militaban en el campo de Lenin se consolaron con la esperanza de que Alemania —sociedad históricamente “madura”— se convertiría al comunismo después de la primera Guerra Mundial, y podrían crear, de este modo, una zona total comunista dentro de la cual quedaría incluido el atraso histórico ruso. Pero

esa esperanza se perdió; y prosiguió Lenin sobre la base del comunismo en un solo país, mucho antes que Stalin acuñara la frase.

Tercera, en la revolución de Kronstadt de marzo de 1921, Lenin ratificó la pauta de 1902 y de noviembre de 1917, empleando la fuerza para sofocar la revuelta de una probable mayoría del Partido Comunista, la que se oponía a la aparición rápida de un sistema de Estado dictatorial. Tras algunas cavilaciones, Lenin decidió continuar gobernando sobre la base de una dictadura de Estado-policía.

Cuarta, en el decenio de 1930, Stalin, que había aceptado de buen grado la dictadura del Estado-policía como base del gobierno, alteró radicalmente el aspecto de la sociedad introduciendo poderosos incentivos materiales para los que estuvieran dispuestos a trabajar, de manera eficiente, dentro de la órbita del Estado comunista, y complementando la ideología con vigorosos elementos del gran nacionalismo ruso, lo que produjo modificaciones en todas las cosas, desde el uniforme del soldado hasta el texto de los libros de historia en la instrucción primaria y el tipo aceptado de vida familiar.

Quinta, en el XIX Congreso del Partido, en octubre de 1952, pero, para ser más exactos, después de la muerte de Stalin, se desvió el sentido de la expansión comunista, de los países adelantados a las regiones subdesarrolladas, siguiendo lo prescrito por Lenin y, de hecho, lo que él practicó. En realidad, el criterio que sustentaba Marx respecto a la sucesión de la historia y el paso inevitable de las sociedades capitalistas maduras hacia el socialismo, fue abandonado en favor de la fórmula leninista, la que todavía continúa siendo la guía de Krushchev, tanto en la teoría como en la práctica.

Lo que ha resultado, entonces, es un sistema de organización estatal moderna que no tiene por fundamento el determinismo económico, sino el determinismo de la política o el poder. No es la propiedad de los medios de producción lo que decide todo, es el control del ejército, la policía, los tribunales y los medios de comunicación. Lenin y sus sucesores, en realidad, han puesto nuevamente a Hegel sobre sus pies pero han invertido a Marx. Para ellos no funcionó bien el determinismo económico pero el determinismo del poder ha llenado el vacío perfectamente bien. Han actuado de acuerdo con la idea de que, en ciertas circunstancias, una minoría resuelta y bien disciplinada puede tomar el poder político en una sociedad confundida y mal organizada; una vez en el poder, pueden sostenerlo con economía de fuerza si la *élite* comunista mantiene su unidad; y con la retención

del poder pueden organizarse los recursos de una sociedad, de tal manera que hagan crecer la economía de acuerdo con trayectorias que consoliden y aumenten el poder de la *élite* comunista.

La ironía en esta descripción se hace extensiva aun a la naturaleza de la economía política bajo el régimen del comunismo. En la historia de la Rusia moderna —así como en la de Europa oriental, durante el periodo posterior a 1945, y en la de China comunista—, se puede encontrar una aproximación bastante buena de la inexacta descripción hecha por Marx de la forma cómo operaría la economía capitalista: los salarios se mantienen tan cerca del mínimo indispensable como lo permite la necesidad de los incentivos; se reinvierten las ganancias, en gran escala, en inversiones y gastos militares y el sistema se encuentra estructurado en tal forma que peligraría en lo fundamental si la inmensa capacidad resultante se dedicara, con sinceridad, a la tarea de elevar los salarios reales. La diferencia entre la imagen que tenía Marx del capitalismo y la que tiene la economía política comunista consiste, naturalmente, en que en un caso el motivo de esa imagen eran las utilidades privadas, y en el otro el mantenimiento y la extensión del poderío de la *élite* comunista.

De modo similar, la dictadura política de la *élite* sobre la mayoría, actuando de acuerdo con sus propios intereses, constituye una aproximación justa de lo que Marx creía ser la conformación política del capitalismo, en donde gobernaban los que tenían la propiedad; pero la vinculación automática que hizo Marx de la posesión de la propiedad con el poder político dejó cierto vacío en el mecanismo de cómo se ejercía el poder.¹⁰ Y este vacío tuvo que llenarlo el comunismo con la policía secreta y el sistema total de represiones e incentivos que le permiten gobernar y obtener el rendimiento que desea de aquellos a quienes controla.

Pero esta inversión de Marx, invocando el nombre de Marx, también tiene sus problemas y disyuntivas. Mientras pueda sostenerse el poder con economía de fuerza, no puede anularse el nacionalismo en Europa oriental y, dentro de Rusia, la evocación táctica del nacionalismo que hizo Stalin en las décadas de los treinta y cuarenta, ha determinado, mediante firme acopio de fuerzas, importantes tensiones opuestas.

¹⁰ Como lo señala Berlin (*op. cit.*, p. 108), Bakunin advirtió que, en el fondo, Marx era "un adorador fanático del Estado", y su total desempeño como político revolucionario, con su coacción para ejercer personalmente el poder absoluto o nada, sugiere que, en circunstancias similares, él habría cubierto ese vacío teórico tal como lo hizo Lenin; aunque era evidente que Marx carecía de las dotes tácticas de Lenin.

En forma similar, aunque puede incrementarse la producción por medio de las técnicas comunistas, el movimiento hacia la madurez tecnológica crea aspiraciones y alcanza niveles de rebuscamiento intelectual que también producen importantes tensiones contrarias.

Además, generación tras generación avanza la dinámica de Buddenbrook; los que detentaron el poder y lo emplearon para construir una máquina industrial de gran recurso, pueden ser sucedidos por hombres que, si dicha máquina no llega a producir un resultado internacional decisivo, resuelvan que existen otros objetivos mejores tanto en el país como en el extranjero.

En suma, aun cuando Lenin y Stalin —y actualmente Mao— han logrado superar los puntos débiles existentes en el análisis de Marx en relación con el proceso histórico, no se sigue de ello que sus técnicas demostrarán tener una viabilidad a largo plazo. Tanto el marxismo como el comunismo moderno son conceptos que fijan metas trascendentales, independientes de las técnicas empleadas para alcanzarlas; pero la prolongada lección que nos brinda la historia es que los fines realmente logrados representan, en gran parte, una función de los medios utilizados para conseguirlos.

Comunismo: enfermedad del periodo de transición

Por otra parte, al comunismo tal cual es —un gran hecho de la historia— no se le puede poner fin simplemente revelando su naturaleza, sus imposturas y sus dilemas. No constituye una realización muy importante identificar los errores del marxismo y demostrar el carácter antimarxista del comunismo. El hecho es que el comunismo, como técnica de poder, representa una fuerza formidable. Aunque de percepción antimarxista, fue una idea correcta de Lenin que el poder, en ciertas circunstancias, podría detentarse y sostenerse por medio de una minoría resuelta y preparada para utilizar una policía secreta. Y, a pesar de ser percepción antimarxista, resultó una apreciación correcta que las sociedades durante el paso de la situación tradicional a la moderna son peculiarmente vulnerables a dicha usurpación del poder.

En realidad, es en este punto donde el comunismo encuentre probablemente su sitio en la historia. Recordemos de nuevo el análisis del capítulo III, en el que se consideró el periodo de las condiciones previas: situación en la cual la sociedad ha adquirido una existencia

considerable de capital social fijo y un acervo de conocimientos modernos, pero que se encuentra desconcertada por la pugna entre los elementos tradicionales que quedan y los que quisieran modernizar su estructura y por los conflictos que confrontan quienes quisieran progresar, pero no pueden resolver por cuál de los tres caminos han de seguir, ya que carecen de la cohesión y organización indispensables para avanzar, en forma decidida, en un sentido sostenido.

En este ambiente de confusión política y social, antes de lograr el impulso inicial y consolidarse política, social y económicamente, es más fácil apoderarse del poder por la conspiración comunista; y es en dichas circunstancias cuando una dictadura centralizada puede proporcionar la condición previa técnica esencial para el impulso inicial y para una marcha sostenida hacia la madurez: una organización efectiva de Estado moderno.

Recordemos, por ejemplo, qué atrajo del comunismo a los intelectuales chinos después de la primera Guerra Mundial. No fue su tendencia marxista, ya que los comunistas chinos fueron marxistas indiferentes y así han permanecido. No fue el desempeño económico comunista, pues la economía rusa se encontraba en mala condición a principios de la década de los veinte. La intelectualidad china se sintió atraída por la técnica de organización de Lenin como medio para unificar y controlar un país inmenso y muy dividido. Tanto el Kuomintang como los comunistas chinos se organizaron de acuerdo con el modelo leninista, lo que era comprensible en una nación que carecía de un gobierno central efectivo en su fase de transición y estaba dominada, de hecho, por jefes guerreros regionales. (Podemos decir, de paso, que si no hubiera ocurrido la primera Guerra Mundial —o sucedido una década después— Rusia habría logrado, casi con seguridad, una afortunada transición hacia la modernización y se hubiera vuelto invulnerable al comunismo. El comunismo hizo presa de Rusia muy al final de la fase, cuando se notaba indefensa contra la clase de crisis que tuvo que afrontar en 1917.)

El comunismo no es, en modo alguno, la única forma de organización estatal eficiente que pueda consolidar las condiciones previas durante la transición de una sociedad tradicional, lanzarse al impulso inicial y conducir a una sociedad hacia la madurez tecnológica. Pero, pudiera ser una manera de realizar esta difícil tarea —lo que está aún por verse— si resuelve el problema de la producción agrícola en las décadas del impulso inicial. Así, pues, el comunismo se

coloca, junto al régimen de la restauración Meiji en el Japón y a la Turquía de Atatürk, por ejemplo, como una forma particularmente inhumana de organización política capaz de iniciar y sostener el proceso del crecimiento en sociedades en las que el periodo de las condiciones previas no produzca una clase media comercial, sustancial y emprendedora, y un adecuado acuerdo político general entre los dirigentes de la sociedad. Constituye una especie de enfermedad que hace presa de una sociedad en transición si ésta no logra organizar eficientemente los elementos que, dentro de ella, se encuentran preparados para avanzar en la tarea de la modernización.

Para quienes prefiriesen ver que las sociedades ambiciosas del mundo no siguieran esta ruta particular de modernización —en Asia, el Mesorienté, África y América Latina— la técnica comunista para la movilización de fuerzas y recursos plantea un problema formidable, que los historiadores juzgarán, casi con seguridad, como el reto central de nuestra época; es decir, el reto para crear, conjuntamente con los políticos y los pueblos no comunistas de las regiones que se hallan en el periodo de las condiciones previas y en el principio del impulso inicial, una asociación que los ayude a pasar a un crecimiento sostenido, sobre una base social y política que mantenga accesibles las posibilidades de desarrollo democrático progresista.

Una afirmación de valores

¿Por qué razón deseamos este resultado? Desde nuestro punto de vista de los hombres y de la vida, ¿qué reacciona igualmente en contra del determinismo económico de Marx y del determinismo del poder hegeliano del comunismo, con su insistencia en que el juicio correcto de la historia, hecho por la *élite* comunista, justifica cualquier uso de la fuerza que la *élite* considere necesario para cumplir las leyes de la historia o sus propios intereses?

La respuesta está en cómo definamos el bien y el mal. El profesor Elting Morison del I. T. M., colega mío, hablando de otro tema, hace poco dijo:¹¹

Mi propia opinión respecto al mal es la siguiente: consiste en el esfuerzo para mantener un fin particular —por razones de orden, lógica, estética, decencia o por cualquier otra razón— haciendo uso de medios que nie-

¹¹ E. E. Morison (ed.), *The American Style* (Nueva York, 1958), p. 321.

gan a los hombres la oportunidad para tomar en cuenta las alternativas inevitables que se les presentan por la diversidad y el carácter paradójico de sus propias naturalezas. Los fines pueden ser perversos —como el de poner a Alemania por encima de todos— o ideales —como el ennoblecimiento de los hombres—, los medios pueden ser ruines —como el potro del tormento, los grilletos o un purgante— o más humanos —como impedir que los niños se enteren del hecho de que los dioses del Olimpo se embriagaban y narraban anécdotas obscenas—; de todos modos es lo mismo.

Esta —continúa Morison— no es una opinión original. Ya que nuestra civilización, como lo hemos convenido, fue expresada en forma memorable en el Nuevo Testamento; con su intensa preocupación por la relación del hombre consigo mismo y con sus prójimos, con su desconfianza por el sistema lógico y por las soluciones uniformes, sus parábolas que irradian significados ambiguos, sus mordaces admoniciones en pugna y su insistencia en que la sabiduría únicamente es justa si, cuando cambian las situaciones, cambia también lo que es justo. Este aspecto de las cosas parece haberse encontrado en la mentalidad de los que inventaron la democracia, la cual es un método que en su informalidad y desorden permite que instintos en pugna produzcan su propio resultado y se mantengan los fines de la paradoja dentro de una resolución tolerable pero cambiante. No prejuzga los fines o los resultados finales. Espera la llegada de las nuevas ocasiones antes de asignar los nuevos deberes.

Algo semejante a la declaración del credo de Morison se encuentra en la esencia íntima de todas las sociedades occidentales. Más aún, no existe ninguna gran cultura —incluyendo la rusa y la china— que, en su propia forma, no tenga en cuenta la calidad *sui generis* y la diversidad de los hombres y, al efecto, en sus cánones y estructura, provea lo necesario para que éstos puedan establecer comparaciones y disfrutar de un ambiente privado de retraimiento y expresión.

La declaración de Morison del credo democrático puede interpretarse fácilmente en términos de otras culturas: hablando en general, es lo que la mayoría de los seres humanos elegirían, si tuvieran opción a hacerlo.

Mas las sociedades deben hacer algo más que tener un credo. Deben resolver sus problemas. La misma democracia, cuando actúa, constituye un extraordinario ejercicio de comparación entre la disciplina impuesta, la autodisciplina y la expresión privada. Si nosotros y nuestros descendientes tenemos que vivir en un ambiente en donde algo similar al credo democrático constituya la base de la organización de la mayor parte de las sociedades, incluyendo a la nuestra, entonces los problemas de la transición del *status* tradicional al mo-

derno en Asia, el Mesoriente y África —problemas planteados por la creación de las condiciones previas y el impulso inicial— deben ser resueltos por medios que dejen abierta la posibilidad de esa evolución equilibrada y humanitaria.

Es aquí, pues, que llega a su fin, en el año de 1959 y en el Norte democrático, el análisis de las etapas de crecimiento: no con la época de la abundancia, ni con la del automóvil y las compras a plazos, tampoco con el problema del estancamiento secular del espíritu, ni siquiera con los Estados Unidos y su vasta cosecha infantil, sino con los dilemas y las preocupaciones de los hombres de Djakarta, Ranguín, Nueva Delhi y Karachi, los de Teherán, Bagdad y el Cairo, y también los del sur del desierto, en Accra, Lagos y Salisbury. Ya que el destino de los que ahora vivimos en la etapa del alto consumo en masa va a ser determinado, fundamentalmente, por la naturaleza del proceso de las condiciones previas y del impulso inicial en naciones remotas, proceso experimentado ya por nuestras sociedades hace bastante más de un siglo, en forma menos minuciosa y difícil.

Se necesitará hacer un esfuerzo de imaginación creadora para comprender qué es lo que sucede en estas partes decisivas del mundo y para resolver qué es lo que podemos y debemos hacer a fin de desempeñar un papel conveniente en estos procesos distantes. Quisiéramos abrigar la esperanza de que el análisis de las etapas de crecimiento, al condensar y formar una especie de orden indefinido de la experiencia histórica moderna, pueda contribuir con cierto grado de apreciación en problemas que, por su naturaleza, deben ser sustitutos para nosotros. Desearíamos también alimentar la esperanza de que el conocimiento de las muy diversas sociedades que, de maneras diferentes, se han organizado para su crecimiento sin suprimir la posibilidad de la libertad humana, nos dará ánimos para seguir adelante con confianza. Pues, a la postre, la lección que se obtiene de todo esto es que no son tan difíciles las pautas del crecimiento; pueden parecerlo en momentos de fracaso y confusión en las sociedades en periodo de transición y así parecieron cuando nuestras propias sociedades se estancaron entre la madurez y el periodo del alto consumo en masa, como sucedió en el intervalo entre las guerras.

Pero Marx tenía razón en un punto —y nosotros compartimos su opinión—: el fin de todo esto no es el interés compuesto para siempre; es la aventura de ver qué puede hacer y qué hará el hombre

cuando quede liberado, en forma sustancial, de la premura de la escasez.

Debemos tomar en serio la economía —pero no demasiado en serio— recordando siempre el brindis que ante la Sociedad Real de Economía hizo Keynes en 1945: “Os ofrezco —dijo— el brindis de la Sociedad Real de Economía, el de la economía y los economistas, quienes no son los depositarios de la civilización, sino de la posibilidad de la civilización.” Debemos tener muy presente esta admonición no sólo como un acicate para apresurar el día en que todos puedan participar de las opciones que se les ofrezcan en la etapa del alto consumo en masa y más allá de ella, sino en el proceso del paso a dicha etapa. Miles de millones de seres humanos deben vivir en el mundo, si lo conservamos, en los cien años o más que han de transcurrir para que se haga universal la época del alto consumo en masa. Ellos tienen el derecho de vivir su época en una atmósfera civilizada, que se distinga por el grado de respeto que se tenga de su calidad *sui generis* y de su dignidad, señalada por políticas de equilibrio en sus sociedades, que no sean simplemente una obsesión compulsiva en relación con las estadísticas de producción y de acuerdo con objetivos públicos definidos por una *élite* cooptativa. El hombre es un ser pluralista —una complicada unidad familiar, no una unidad susceptible de llegar a un máximo— y tiene el derecho de vivir en una sociedad pluralista.

Además, como hipótesis de ciencia social y declaración de fe, los objetivos que logramos en la historia no pueden separarse de los medios que empleamos para alcanzarlos. Posiblemente no quedará mucha civilización por salvar a menos que, nosotros, los del Norte democrático, hagamos frente y tratemos, con el esfuerzo pleno de nuestro cometido moral, nuestra energía y nuestros recursos, el reto implícito en las etapas de crecimiento tal y como están actualmente en el mundo.

LA DIFUSIÓN DEL AUTOMÓVIL PARTICULAR

Notas al cuadro 8

Las siguientes fuentes están citadas más abajo por las abreviaturas:

- A. F. and F.* = *Automobile Facts and Figures 1958*, Asociación de Fabricantes de Automóviles (Detroit, 1958).
Handbuch = *Statistisches Handbuch der Weltwirtschaft* (Berlín, 1936).
Jahrbuch = *Statistisches Jahrbuch für die Bundesrepublik Deutschland, 1953-1958*.
U. N. S. Y. = *United Nations Statistical Yearbook*.

ESTADOS UNIDOS

Alcance: Las cifras incluyen taxis.

- Fuentes: 1940-1945, *Historical Statistics of United States, 1789-1945* (1949).
 1946-1957, *Statistical Abstract of the United States*
 1958, *A. F. and F.* (ajustado).

CANADÁ (incluso Terranova desde 1949).

Alcance: Las cifras incluyen vehículos comerciales hasta el año de 1921. La cantidad de éstos era entonces de 42 000. Se incluye a los taxis desde 1931; había 8 000 en 1930.

- Fuentes: 1904-1956, *Canada Yearbook*.
 1957, *U. N. S. Y.*

FRANCIA (incluso Alsacia-Lorena desde 1921).

Alcance: Las cifras incluyen camiones comerciales de menos de una tonelada de capacidad, excepto de 1951 a 1953.

- Fuentes: 1904-1910, 1914-1933, *Annuaire Statistique de la France, 1936*.
 1913, *Handbuch*; 1934-1936, *Jahrbuch*.
 1937-1956, *U. N. S. Y.*
 1957, *A. F. and F.*

GRAN BRETAÑA

Alcance: Las cifras de 1904 a 1920 incluyen a Irlanda. En 1921 había 4 000 automóviles particulares en Irlanda del Norte.

- Fechas: 1904-1920, 31 de marzo; 1921, último trimestre; 1922-1934, 1939-1945, 31 de agosto; 1935-1938, 1946-1958, trimestre que empieza en septiembre.
 Fuentes: 1904-1921, *Motor Industry of Great Britain, 1947* (Sociedad de Fabricantes de Automóviles, 1947).
 1922-1934, *Statistical Abstract for the United Kingdom*
 1935-1957, *Annual Abstract of Statistics*
 1958, *Monthly Digest of Statistics*

ALEMANIA

Alcance: 1913-1938, las cifras alemanas comprenden sus diversos cambios de frontera, pero excluyen a Austria en 1938. Las cifras incluyen autobuses (28 000 en 1938).

1939-1957, las cifras comprenden el territorio de la Alemania occidental, aunque excluyen el Sarre y el Berlín occidental. Antes de 1954, no se distinguía por separado a los vehículos de doble función. Desde 1954 (33 000 vehículos de doble función) se les incluye en los automóviles particulares.

Fuentes: 1913-1936, *Handbuch*.

1937-1938, *Statistisches Jahrbuch für das Deutsche Reich*.

1939-1958, *Jahrbuch*.

ITALIA

Alcance: Las cifras incluyen taxis.

Fuentes: 1913, *Handbuch*.

1911-1912, 1914-1957, *Annuario Statistico Italiano*, 1953-1958.

JAPÓN

Alcance: Las series son especialmente discontinuas puesto que no se consiguió una fuente única y los vehículos de motor japoneses son difíciles de clasificar. Las rikshas a motor se excluyen hasta 1929. Los autos enanos, de los que había cerca de medio millón en 1955, se excluyen en todos los años. La mayor discontinuidad se halla entre 1935 y 1937. Sobre la base de 1935, las cifras de 1937-1938 (60 y 59 000, respectivamente) podrían llegar a 100 o 105 000.

Fechas: 1913, 1920-1925, 31 de marzo; 1916-1919, 1926-1930, diciembre; 1931-1933, agosto; 1934-1935, octubre; 1937-1957, diciembre.

Fuentes: 1913, 1920-1925, *Handbuch*.

1915-1919, *Annuaire Statistique de la France*, 1936.

1926-1930, *League of Nations Statistical Yearbook*.

1931-1935, Unidad de Investigación Económica. Mitsubishi: *Japanese Trade and Industry* (Londres, 1936).

1937-1956, U. N. S. Y.

1957, *A. F. and F.* (ajustado).

RUSIA

Alcance: Desde 1946 las cifras se basan en conjeturas, cuyo origen es el *American Automobile*.

Fechas: 1924-1928, 1931-1932, 1º de enero; 1929-1930, octubre; 1933-1941, diciembre.

Fuentes: 1913-1932, *Handbuch*.

1933-1936, *Motor Industry of Great Britain*.

1937-1942, *A. F. and F.*

1946-1957, *Jahrbuch*.

Notas al cuadro 9

1. Para el alcance de las cifras de licencias automovilísticas, véanse las notas al cuadro 8.

2. Cuando las fechas que se refieren a las cifras de licencia varían, las cifras de la población se han ajustado a ello. Cuando las fechas de licencia utilizadas son uniformes, las poblaciones se han calculado a mitad del año.

3. Las fuentes para las cifras de población son las mismas, por lo general, que para las cifras de licencia. Las cifras de 1913 a 1938 del Japón provienen de K. Okhawa, *The Growth Rate of the Japanese Economy Since 1878* (Tokio, 1957). Las cifras de la posguerra provienen en su mayoría del *United Nations Demographic Yearbook*.

4. Las cifras de la población de los años de la guerra muy rara vez pueden servir de comparación para las de tiempos normales, que son casi siempre *de facto*, y las proporciones de automóviles a población significan muy poco en tiempo de guerra. Por lo tanto, no se indican en general dichas proporciones para los años en los que el país se vio envuelto en alguna de las guerras mundiales.

5. Algunas de las cifras utilizadas en las columnas de Francia, Alemania, el Japón y Rusia en los últimos años, y para Italia y el Japón antes de 1920, han sido añadidas o revisadas cuando las gráficas ya habían sido dibujadas.

CUADRO 8. Automóviles particulares en circulación en algunos países, 1900-1958

Año	Miles							
	Estados Unidos	Canadá	Francia	Gran Bretaña	Alemania	Italia	Japón	Rusia
1900	8	—	3	—	—	—	—	—
1901	15	—	—	—	—	—	—	—
1902	23	—	—	—	—	—	—	—
1903	33	—	—	—	—	—	—	—
1904	55	1	—	8	—	—	—	—
1905	77	1	22	16	—	—	—	—
1906	106	1	—	23	—	—	—	—
1907	140	2	—	32	—	—	—	—
1908	194	3	—	41	—	—	—	—
1909	306	5	—	48	—	—	—	—
1910	458	9	54	53	—	—	—	—
1911	619	22	—	72	—	14	—	—
1912	902	36	—	88	—	17	—	—
1913	1 190	54	91	106	50	20	—	—
1914	1 664	74	108	132	—	22	—	—
1915	2 332	95	—	139	—	23	—	—
1916	3 368	128	—	142	—	21	—	—
1917	4 727	204	—	110	—	17	—	—
1918	5 555	277	—	78	—	7	—	—
1919	6 679	342	—	110	—	24	—	—
1920	8 132	409	135	187	—	31	—	—
1921	9 212	423†	173	246*	61	34	—	—
1922	10 704	462	217	315*	83	41	—	—
1923	13 253	515	266	384	100	54	—	—
1924	15 436	574	352	474	132	57	—	—
1925	17 440	640	453	580	175	85	—	—
1926	19 221	736	541	676	207	105	—	—
1927	20 142	821	643	778	268	119	35	8
1928	21 308	921	758	877	351	144	47	9
1929	23 060	1 014	930	970	433	170	52	11*
1930	22 973	1 047	1 109	1 042	501	183	56*	10
1931	22 330	1 024*	1 252	1 076	523	186	64	11*
1932	20 832	945	1 279	1 119	497	188	67	15
1933	20 586	917	1 397	1 196	522	219	68	26*
1934	21 472	952	1 432	1 298	675	236	76*	34
1935	22 495	990	—	1 477*	810	244	83	44
1936	24 108	1 042	1 687	1 643	960	222	—	45
1937	25 391	1 103	1 721	1 798	1 126	271	—	65*
1938	25 167	1 160	1 818	1 944	1 300	289	60†	85
1939	26 140	1 190	2 020	2 034*	713†	290	59	—
1940	27 372	1 235	—	1 423	—	270	—	—
1941	29 524	1 280	—	1 503	—	97	—	—
1942	27 869	1 217	—	858	—	74	—	—
1943	25 913	1 194	—	718	—	—	—	—
1944	25 466	—	—	755	—	—	—	—
1945	25 691	1 160	—	1 487	—	—	—	—
1946	28 100	1 234	1 550	1 770*	—	—	—	—
1947	30 719	1 370	—	1 944	187	150	20	—
1948	33 214	1 497	1 519	1 961	215*	184	28	—
1949	36 312	1 672*	1 520	2 131	352	219	30	—
1950	40 185	1 907	—	2 258	516	267	36	—
1951	42 525	2 098	1 600*	2 380	516	342	43	—
1952	43 654	2 296	1 800	2 508	682	425	58	—
1953	46 289	2 514	2 020	2 762	900*	510	88	—
1954	48 324	2 688	2 677*	3 100	1 126	613	115	—
1955	51 989	2 935	3 016	3 526	1 393*	744	139	—
1956	54 004	3 187	3 477	3 888	1 663	879	153	—
1957	55 693	3 375	3 972	4 187	2 030	1 051	181	—
1958	56 645	—	—	4 549	2 436	1 237	219	—
					2 936	—	28*	8

† Cambio principal en la serie.

* Cambio en la serie.

CUADRO 9. Automóviles particulares en servicio por millón de habitantes, en algunos países, 1900-1958

Año	Estados Unidos	Canadá	Francia	Gran Bretaña	Alemania	Italia	Japón	Rusia
1900	100	—	80	—	—	—	—	—
1901	190	—	—	—	—	—	—	—
1902	290	—	—	—	—	—	—	—
1903	410	—	—	—	—	—	—	—
1904	670	86	—	220	—	—	—	—
1905	920	100	560	410	—	—	—	—
1906	1 240	230	—	600	—	—	—	—
1907	1 610	330	—	830	—	—	—	—
1908	2 190	470	—	1 030	—	—	—	—
1909	3 380	710	—	1 200	—	—	—	—
1910	4 960	1 320	1 370	1 310	—	—	—	—
1911	6 590	3 020	—	1 760	—	400	—	—
1912	9 460	4 930	—	2 150	—	480	—	—
1913	12 200	7 130	2 290	2 560	740	580	20	52
1914	16 800	9 420	2 710	3 160	—	610	—	—
1915	23 200	—	—	—	—	—	—	—
1916	33 000	—	—	—	—	—	—	—
1917	45 800	—	—	—	—	—	—	—
1918	53 800	—	—	—	—	—	—	—
1919	63 900	—	—	—	—	—	—	—
1920	76 400	41 200	—	—	—	—	70	—
1921	84 900	47 800	3 460	4 440	—	670	100	—
1922	97 300	48 100†	4 410	5 660*	970	870	140	—
1923	118 000	51 800	5 500	7 320*	1 340	1 070	170	—
1924	135 000	57 200	6 670	8 870	1 610	1 390	210	—
1925	151 000	62 800	8 730	10 900	2 110	1 460	250	47
1926	161 000	68 800	11 200	13 300	2 770	2 160	350	53
1927	169 000	77 900	13 200	15 400	3 250	2 650	460*	54
1928	177 000	85 200	15 700	17 600	4 180	2 980	580	56
		93 700	18 500	19 800	5 460	3 570	760	57
1929	189 000	101 000	22 600	21 800	6 690	4 170	820	69*
1930	186 000	103 000	26 700	23 300	7 700	4 460	880*	61
1931	180 000	98 700*	29 900	24 000	7 990	4 490	980	68*
1932	167 000	90 000	30 600	24 800	7 570	4 510	1 010	92
1933	164 000	86 200	33 300	26 400	7 910	5 200	1 020	157*
1934	170 000	90 900	34 100	28 600	10 200	5 560	1 120*	201
1935	177 000	91 300	—	32 400*	12 100	5 700	1 200	260
1936	188 000	95 100	40 300	35 900	14 300	5 160	—	270
1937	197 000	99 900	41 900	39 100	16 600	6 250	850†	380*
1938	194 000	104 000	44 100	42 100	19 000	6 610	830	500
1939	200 000	106 000	49 000	43 600*	17 800†	6 710	—	—
1940	207 000	—	—	—	—	—	—	—
1941	222 000	—	—	—	—	—	—	930
1942	—	—	—	—	—	—	—	—
1943	—	—	—	—	—	—	—	—
1944	—	—	—	—	—	—	—	—
1945	—	—	—	—	—	—	—	—
1946	201 000	100 000	38 300	37 300*	—	3 240	—	1 100†
1947	214 000	109 000	—	40 600	4 160	4 020	360	—
1948	227 000	117 000	36 700	40 500	4 650*	4 730	380	—
1949	244 000	124 000*	36 500	43 800	7 480	5 750	390	—
1950	266 000	139 000	—	46 100	10 700	7 310	520	—
1951	277 000	150 000	37 900*	48 600	14 100	9 010	680	1 000
1952	280 000	159 000	41 300	51 100	18 500*	10 800	1 020	—
1953	292 000	169 000	47 200	56 100	23 000	12 900	1 320	1 200
1954	300 000	175 000	62 100*	62 800	28 000*	15 500	1 560	—
1955	316 000	186 000	69 300	71 100	33 100	18 200	1 710	1 800
1956	323 000	197 000	79 300	78 100	40 000	21 700	2 000	2 000
1957	327 000	203 000	89 700	83 600	47 300	25 500	2 410	2 000
1958	327 000	—	—	90 300	56 300	—	—	—

† Cambio principal en la serie.

* Cambio en la serie.

INDICE

PRÓLOGO	9
CAPÍTULO I. <i>Introducción</i>	13
CAPÍTULO II. <i>Las cinco etapas de crecimiento. Resumen</i>	16
La sociedad tradicional, 16; Condiciones previas para el impulso inicial, 18; El impulso inicial, 20; La marcha hacia la madurez, 21; La era del alto consumo en masa, 23; Más allá del consumo, 24; Una teoría dinámica de la producción, 25	
CAPÍTULO III. <i>Condiciones previas para el impulso inicial</i>	30
Los dos casos, 30; Naturaleza de la transición, 31; Análisis de la transición, 33; Dos problemas sectoriales, 34; La agricultura y las industrias extractivas, 35; Capital social fijo, 38; Variación de naturaleza no económica, 39; Las coaliciones transitorias, 42; Trayectorias alternativas del nacionalismo, 43; El primer impulso inicial, 45	
CAPÍTULO IV. <i>El impulso inicial</i>	50
El logro del crecimiento normal, 50; Definición y delimitación del impulso inicial, 53; Comprobación de tasas de inversión en el impulso inicial, 55; Estructura interna del impulso inicial, 61; La oferta de fondos prestables, 62; Las fuentes del espíritu de empresa, 66; Los sectores principales en el impulso inicial, 68; El impulso inicial en perspectiva, 74	
CAPÍTULO V. <i>La marcha hacia la madurez</i>	76
Definición y regulación, 76; Normas sectoriales de madurez: los ferrocarriles y sus consecuencias, 77; Suecia, 80; Japón, 81; Rusia, 83; Algunos problemas para definir la madurez, 85; La madurez en perspectiva, 88	
CAPÍTULO VI. <i>La época de alto consumo en masa</i>	92
Triple alternativa de selección, 92; El caso norteamericano, 94; La posmadurez en otras regiones, 102; La relación de intercambio después de dos guerras, 109; Más allá del alto consumo en masa, 111	

CAPÍTULO VII. <i>Crecimiento ruso y norteamericano</i>	115
Un sorprendente paralelo, 115; Las principales diferencias, 120; El problema militar, 122; El problema económico, 124; El <i>locus</i> del desafío, 127	
CAPÍTULO VIII. <i>Las etapas relativas de crecimiento y la agresión</i>	129
La guerra en la historia moderna, 129; El problema de la soberanía nacional, 130; Tres tipos de guerra, 130; Colonialismo, 131; Agresión regional, 136; Luchas por el equilibrio del poder eurasiático, 138; Decisión para agredir, 142; La fase siguiente: las armas nucleares y una nueva extensión de la industrialización, 145	
CAPÍTULO IX. <i>Las etapas relativas de crecimiento y el problema de la paz</i>	147
La revolución de los armamentos, 147; La difusión del poder a largo plazo, 150; El problema de la paz, 153; El interés nacional ruso, 154; Problemas de Moscú para la aceptación, 156; La gran tarea de la persuasión, 158; Más allá de la paz, 161; Significado para Europa occidental de la difusión del poder, 162; Los impulsos iniciales, pasado y actualidad, 164; Tres implicaciones principales para una línea de política, 168	
CAPÍTULO X. <i>El marxismo, el comunismo y las etapas de crecimiento</i>	172
Las siete proposiciones marxistas, 172; Similitudes con el análisis de las etapas de crecimiento, 175; Temas centrales de las etapas de crecimiento, 176; Marx en perspectiva, 185; La evolución del comunismo moderno, 187; Comunismo: enfermedad del periodo de transición, 191; Una afirmación de valores, 193	
APÉNDICE: <i>La difusión del automóvil particular</i>	197

Este libro se terminó de imprimir el día 20 de junio de 1961 en los talleres de Gráfica Panamericana, S. de R. L., Parroquia 911, México 12, D. F. Se tiraron 7 000 ejemplares y en su composición se utilizaron tipos Granjon de 11:12, 9:10 y 8:9 puntos. La edición estuvo al cuidado de José C. Vázquez y Martí Soler.



Los documentos que integran la Biblioteca PLACTED fueron reunidos por la Cátedra Libre Ciencia, Política y Sociedad (CPS). Contribuciones a un Pensamiento Latinoamericano, que depende de la Universidad Nacional de La Plata. Algunos ya se encontraban disponibles en la web y otros fueron adquiridos y digitalizados especialmente para ser incluidos aquí.

Mediante esta iniciativa ofrecemos al público de forma abierta y gratuita obras representativas de autores/as del **Pensamiento Latinoamericano en Ciencia, Tecnología, Desarrollo y Dependencia (PLACTED)** con la intención de que sean utilizadas tanto en la investigación histórica, como en el análisis teórico-metodológico y en los debates sobre políticas científicas y tecnológicas. Creemos fundamental la recuperación no solo de la dimensión conceptual de estos/as autores/as, sino también su posicionamiento ético-político y su compromiso con proyectos que hicieran posible utilizar las capacidades CyT en la resolución de las necesidades y problemas de nuestros países.

PLACTED abarca la obra de autores/as que abordaron las relaciones entre ciencia, tecnología, desarrollo y dependencia en América Latina entre las décadas de 1960 y 1980. La Biblioteca PLACTED por lo tanto busca particularmente poner a disposición la bibliografía de este período fundacional para los estudios sobre CyT en nuestra región, y también recoge la obra posterior de algunos de los exponentes más destacados del PLACTED, así como investigaciones contemporáneas sobre esta corriente de ideas, sobre alguno/a de sus integrantes o que utilizan explícitamente instrumentos analíticos elaborados por estos.

Derechos y permisos

En la Cátedra CPS creemos fervientemente en la necesidad de liberar la comunicación científica de las barreras que se le han impuesto en las últimas décadas producto del avance de diferentes formas de privatización del conocimiento.

Frente a la imposibilidad de consultar personalmente a cada uno/a de los/as autores/as, sus herederos/as o los/as editores/as de las obras aquí compartidas, pero con el convencimiento de que esta iniciativa abierta y sin fines de lucro sería del agrado de los/as pensadores/as del PLACTED, ***requerimos hacer un uso justo y respetuoso de las obras, reconociendo y citando adecuadamente los textos cada vez que se utilicen, así como no realizar obras derivadas a partir de ellos y evitar su comercialización.***

A fin de ampliar su alcance y difusión, la Biblioteca PLACTED se suma en 2021 al repositorio ESOCITE, con quien compartimos el objetivo de "recopilar y garantizar el acceso abierto a la producción académica iberoamericana en el campo de los estudios sociales de la ciencia y la tecnología".

Ante cualquier consulta en relación con los textos aportados, por favor contactar a la cátedra CPS por mail: catedra.cienciaypolitica@presi.unlp.edu.ar